

L U I S D U R A N D

TIERRA DE
PELLINES

Cuentos del Sur

IMPRESA NASCIMENTO
SANTIAGO 1929 CHILE

L U I S D U R A N D

TIERRA DE
PELLINES

Cuentos del Sur

IMPRESA NASCIMENTO
SANTIAGO 1929 CHILE

A MI MADRE

*Que duerma su último sueño, allá
en la tierra que evocan estas páginas,*

LUIS DURAND.

LUIS DURAND

Conoci a Luis Durand hace tres años en la redacción de un diario. Llegó con un cuento, que obtuvo favorable acogida del director.

De vez en vez llegaba este personaje gordo y simpático, cuya vista se ocultaba en unos gruesos anteojos. Dejaba allí un cuentecito, hablaba un poco, con pausa y mesura. Luego se iba y no lo encontraba nadie, ni en cenáculos de escritores ni en parte alguna.

Pronto el público, que suele demostrar buen gusto, acogió los relatos camperos de la nueva firma. Decimos mal. Durand se presentó a la vida literaria, después de haber vivido duramente, con amplitud de horizontes, la verdadera existencia. Estaba ya maduro cuando se decidió a escribir, arrastrado por su espíritu observador, pleno de ponderación y de medida.

Es curioso tal ingerto de francés en criollo, cuya presentación se hace aquí. Transcurrieron los más sazonados años de su juventud en las grandes haciendas del sur, entre hombres rudos de campo, al lado de vaqueros, de peones, de inquilinos y de los amos, duros y despreciadores amos de la tierra, desprovistos, casi siempre, de la más elemental humanidad. En ese ambiente de dureza y de trabajo, de abnegaciones heroicas y de sufrimientos callados, plasmó Durand las emociones literarias. En su corazón de escritor, más de una vez golpeó con energía el eco de las tragedias rústicas, de los infinitos padecimientos de esos anónimos y olvidados seres.

Durand tiene un sentido latino de la composición literaria. No se exalta ni adquiere el tono de predicador. Late, sí, en el fondo de sus intensas creaciones una piedad humana legítima, un sentido social firme, aunque desprovisto de toda declamación.

El ambiente, el paisaje, los personajes, las pasiones rurales de los hombres de TIERRA DE PELLINES no recuerdan la influencia de otros escritores chilenos. Ni la poesía emotiva de Santiván, ni la rudeza catalana de Marta Brunet, ni la sensualidad descriptiva de Latorre, ni el espíritu de aventura que mueve a los hombres sureños de Manuel Rojas. Durand se

complace en pintar sus campesinos con serena objetividad, sin sacarlos de su destino fatalizado, casi determinista. No los arranca del terruño en que viven, no se complace en buscar esos rotos diablos y cambiadizos, que tan pronto trabajan en Punta Arenas como sudan en las calicheras de la Pampa.

La falta de exaltación de Durand es quizá su defecto literario. Pero, a la vez, en su mesura, en el gusto medido y en la tranquila visión propia, late su mejor calidad. Sus descripciones son vigorosas sin ser detenidas; sus paisajes son ricos sin caer en la manía detallista; sus tragedias son intensas sin lindar con lo folletinesco.

Durand publicó antes una novela breve, muy justa y apretada, de contenido emocional: LA CHABELA. Se la di a conocer en Europa a Víctor Catalá, quien expresó interés por este hábil pintor de la vida campesina nuestra.

En TIERRA DE PELLINES hay relatos sencillos y justos de colorido y resonancia, como "Doña María de los Perros", "El Reni" y "La Chascuda".

En ellos nuestro prologado vació lo mejor de su alma, lo más rico de sus innegables cualidades intelectuales.

Durand posee otros méritos. Ha buscado con calma

la vida literaria sin ningún deseo de notoriedad y no persiguiendo recursos de propaganda efectista. Su obra es tranquila, todo su ámbito se halla saturado de un realismo criollo de la mejor ley.

El estilo de Durand es coloreado y nada de corriente. Parece bebido en los modelos españoles como Miró, Valle Inclán y Pérez de Ayala. En cambio, su manera de componer, su técnica se acerca a la de los cuentistas franceses. Esa propia falta de exaltación que se nota en sus relatos, revela el equilibrio de una raza, la tranquila ponderación de su sangre gala.

Durand entra a la literatura un poco tarde, pero con creaciones vividas y reales. La falta de publicidad que tuvo antes se explica por su mismo carácter, por ese desgano que lo caracteriza, pero que sólo es la costra de un vivo fervor hacia la vida y sus manifestaciones más agudas.

En TIERRA DE PELLINES los relatos transcurren en una región que sólo uno que otro escritor, como Santiván y Latorre, ha desbrozado.

Son asuntos, teñidos de la viva tragedia del sur. Malleco, Arauco y Traiguén son algunas de las comarcas en que acaecen sus novelas cortas.

Poco más habría que decir. No se trata de presentar a un hombre primerizo, a un joven presuntuoso que

espera la consagración. Una obra vasta y tesonera, un carácter honrado y vigoroso, la tranquila vocación de toda una vida, dicen más que las palabras. Tal es Luis Durand, hermano tardío de Maluenda, Gana, Lillo, Santiván, Latorre, Manuel Rojas y Marta Brunet.

RICARDO A. LATCHAM.

EL RENI

(El Encanto)

—**M**E creo qu'es por el camino del bajo que hay que seguir—exclamó uno de los hombres, deteniendo su cabalgadura.

—Yo no estoy bien seguro—contestó su compañero—pero pá mi que vamos perdíos pu aquí.

—¡Güena cosa con el vaquiano éste! Tanto que se echaba viento de que era tan conoceor d'estos mapas, y ahora no sabe ni por onde vamos.

—Es que hace tantísimos años que no trajinaba por aquí... Lo encuentro too tan cambio... Contimás que de noche no es tan fácil agarrar camino.

—Mm... Asina no más es—repuso socarrón el otro—más luego se pilla a un embustero que a un lairón.

En la débil y difusa luz de la noche estrellada, los ojos de los hombres vieron el camino dividido por un cerco, junto al cual se alzaban algunas matas que enredaban sus ramas en el alambrado. A ambos lados del camino, susurraba el trigo, con suave aroma a yerba fresca.

—¿Tenís juego vos Maucho?—interrogó Juan Ulloa, el Peuco, como lo llamaban por su fama de ladronzuelo.

—Me pancuca—repuso el aludido.

Junto al tranquero grande, desde donde se descolgaba la serpiente oscura del cercado, con las riendas cogidas bajo el brazo, el Maucho frotó el pedernal, del cual brotó una llamita azulina, donde encendió Ulloa, su largo cigarrillo de hojas, chupando apresuradamente de él.

Los dos eran camperos del lejano fundo de "Los Avellanos", situado cerca del puertecito de Tirúa, e iban a Purén en busca de una partida de novillos flacones, que estaban en uno de los fundos del patrón, para llevarlos a la montaña, que en ese mes de Octubre tenía un talaje de primera. Debían llegar al amanecer para dejar descansar los caballos, y salir a la media noche siguiente con el arreo.

—Pa mí, qu'este es un cerco viejo—exclamó el Peuco.—Pero echémole p'ailante no má. Puea ser que por ey encontremos alguna casa onde preguntar, y echarle un algo por debajo del bigote.

—Aconviniente sería—contestó el Maucho.—No me gustó naíta este viaje cuando supe la nombrá de que me mandaban a mí. Y tan d'improvisio que jué. La Donisia no alcanzó ni a echáme en las prevenciones unas tortillitas, porque tocó que el rescoldo taba bien frión. Lo único que traji fué un piacito de charqui suasao, y ya me lo despabilé.

En cada chupada que daba Ulloa a su cigarrillo, podía advertirse a la luz fugitiva de éste, su aspecto de ave de rapiña. Era escaso de cara, pómulos prominentes y meji-

llas estrujadas. El mentón agudo y la nariz de aguilucho. Los ojillos redondos eran de mirar penetrantes. Advertíase en él, al huaso ladino, malicioso y desconfiado.

Al revés, el Maucho. Ancho y abundante de cara, tenía los ojos grandes, mansos y exentos de malicia. La rosa negra del cordón de su fiador, parecía una araña pegada bajo el rojo chorizo de sus labios gruesos. Era un buen hombre. Excelente corazón, humilde y sufrido, sus rebeliones eran, no obstante, violentas, y su puño fuerte estaba siempre del lado del más débil para defenderlo; pero era temeroso de las cosas fantásticas y sobrenaturales.

La noche era oscura, y rumoreaba sus misterios entre los montecitos próximos al camino. Un vientecillo juguetón se enredaba en los cercos, y enrojecía la obscuridad, con el chispear del cigarrillo de los hombres.

—Oye vos, Ulloa, ¿qué no vivirá gente por estos caminos? Hace tantísimo rato que vamos andando y ni por equivocación los ha lairao un quiltro.

—La misma iba pensando yo—replicó el nombrado.—No me lo quita naide que vamos perdíos. Si juera éste el camino, ya habríamos encontrao alguna casa o algún trajinante de pu aquí.

Sin embargo, siguieron caminando. La noche era, a ratos, tan silenciosa, que resonaban con extraordinaria sonoridad los trancos de los caballos. Eran peñascos lanzados a las paredes impalpables de la noche, que rebotaban rodando por los senderos. El campo después se poblaba de rumores y el viento ululaba entre los peñascos y tranqueros, alineados en la parte baja del cerro que alzaba su mole junto al camino. En la lejanía, la noche se desteñía en un desga-

rrón lechoso, cual si despuntara un amanecer de brumas. Del fondo de las quebradas subía un viento fresco, casi helado. Sus alas leves trajeron el grito aterido de un pájaro nocturno que hizo un largo houioo... tembloroso y desmayado de distancia.

Súbitamente, en un recodo, emergió el ladrido de un quiltro asmático, que se alargó en un aullar lamentoso, coreado por varios quiltros más, entre ellos uno de voz gruesa, cuyo ladrar más reposado, puso una nota de calmada autoridad al lado de los chillidos convulsos de los otros.

—Hasta el fin encontramos gente—dijo el Peuco.—Ya me estaba resabiando tanto andar a la sin rumbo. Aquí mesmito vamos a averiguar cómo anda la dá, y si vamos por buen camino.

Debía estar próxima la media noche. Y cosa extraña, en esa casa había luz a aquellas horas. Entre el alboroto de los perros asediados llegaron los viajeros junto a la puerta entreabierta. Un chonchón humeante colocado sobre un travesaño de tablas, que había en un rincón, alumbraba la estancia. En el medio ardían los tizones de una fogata, a cuyo alrededor dormitaban los chiquillos y una mujer.

—Espanten los perros por un favor—clamó la voz de pito del Peuco. La vieja alzó su rostro obscurecido de años, para fijarlos en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Somos nootros—habló la voz gruesa del Maucho.—Güena gente ñora. Por un favor dígalos: ¿llevamos güen rumbo pá Purén?

Se alzó la mujer. Ondearon sus faldas vueludas, como las de una gitana. Dos largas trenzas, unidas en los extremos por una tira cayeron sobre sus espaldas. Daba la impresión de ser flaca a primera vista, pero en realidad era membruda, con el pecho ancho y los hombros huesudos. Afirmó la mano en la puerta para preguntar a su vez:

—¿Pa Purén van Uds.? Van equivocados. Este callejón va pa las máquinas de on Juan Dominguez. Tienen que volver al cruce y agarrar p'al lao del puelche.

—¡Por la cola—refunfuñó el Maucho.—No te icía yo, Ulloga. La media tirá que tenemos que desandar ahora.

El Peuco, hambriento, sólo atinó a preguntar:

—Oiga, ñora, ¿no tendría un algo que los vendiera pa la fatiga? Las tripas ya los hablan.

—¡Qué les vamos a conviar, cuando tamos tan afligidas, con el dueño e casa enfermo! Parece que no pasa d'esta noche. Ahora tábamos esperando a m'hijo mayor que jué a uscar la meica, que vive en las máquinas. No tenemos ni una ná.

—¡Cómo no han de tener alguna cosita!—insistió el Peuco, anhelosamente esperanzado.

—Harina tostá... es la única mantención que hay... —ofreció la mujer, con las palabras vacilantes.

—¡Regüeno, pué!—exclamaron los hombres, desmontándose apresurados.—Pa quien no tiene ná...

Y ante el plato que la mujer les presentó, insinuaron:

—Atoraora no más tá así seca. ¿No tuviera un tachito que los prestara, pa echále una goteritas di agua...?

—Tengo vino—contestó la mujer,—pero ese es vendió—agregó súbitamente, invadida de desconfianza.

Un fulgor codicioso brilló en los ojos de los hombres. En la carnosa boca del Maucho hubo un estremecimiento de alegría casi voluptuosa.

—¡Y cómo no había dicho antes, por las remáquinas! Póngalos altiro un doble, aquí hay plata. Por nootros no tenga ni un cuidao, somos sirvientes de don Antonio Rivas, y vamos p'al Manzanal a uscar un ganao flaco.

Feliz la mujer, cogió las monedas y las miró a la luz del chonchón. Sedientos los hombres, se bebieron un jarro de vino. La poderosa garganta del Maucho produjo un glú glú, que no concluyó hasta secar el tiesto. El Peuco, más refinado, lo tomaba a sorbos cortos, pasándose su lengua larga de quiltro flaco por los labios humedecidos. Después, en el resto, mojaron la harina, que comieron ansiosamente.

En el cuarto del lado se oía el quejido de un hombre enfermo. A ratos espasmos de tos, le conmovían doliente, hablando palabras confusas. La mujer, en tanto, se había puesto en cuclillas junto a las brasas. Uno de los chiquillos, vencido por el sueño, cabeceó decidido a irse sobre el fuego.

—¡Eja! Despierta, no te quemís, condenao. Ahora con tanto sueño. A ver si jueara una fiesta, segurito qu'iban a estar así.

El muchacho abrió la boca, con los ojos estúpidos de sueño. Entre su modorra vislumbró a los hombres, y curiosamente se despabiló del todo, para mirarlos asombrado.

—¿Y siguen viaje ahora pa Purén, ustedes?—inquirió la

vieja.—¿No le tienen miedo al encanto que sali frente a la quebrá de Los Lingues? Hoy es Sábado, y los brujos andan toos sueltos. En este día salin de la cueva de Salamanca, a hacer otomías con los pasajeros.

—¿Que hay algún encanto por estos laos?—exclamó el Maucho, dejando en suspenso la cuchara llena de harina que se iba a echar a la boca.

—¡Chit! Claro—repuso la mujer sigilosamente. — Pero en esta noches así en calma, el Reni sólo canta. Canta entre los montes, o si no parada en los tranqueros. Arriba de los árboles. Son mujeres lindas como reinas, vestías de la pura sea, es que... Yo las vide cuando era medianita, pero casi no me acuerdo, porque del puro susto apenitas las miré. Tocan una guitarra con cuerdas de oro, y a onde se encuentran el perjume es tan rico, que la gente se llega a quear dormía de gusto cuando lo siente.

El chiquillo, ahora, abre toda la boca como si por ella oyerá. En el alambre del cual pende la olleta sobre el fuego, el humo ha puesto un zarcillo que arriba se ensancha, para dibujar las hojas de una vid misteriosa.

El Peuco, también, ha quedado sorprendido con las palabras de la mujer, en cuya frente hay ahora un gesto desconocido de posesía. Con los ojos ausentes y las manos sarmientosas, ha seguido conversando a los hombres, que la escuchan hondamente interesados.

—El Reni, no para e pu aquí. Hay noches que anda triste. Entonces llora a l'orilla de los esteros. Llorá con una voz que se oye de bien lejos, aunque es delgaíta, pero es linda y clara. Cuando lo sienten los pájaros que duermen en los árboles, no queda uno sin contestarle, piando bien

lastimoso. El estero icen que se pára, y el agua se retuerce como culebrillas qu'estuvieran peliando, y con una sonajera tan bonita como si aventaran cincos di oro. Siempre llega cuando asoma la luna. Sali d'entre los montes montada en un caballo alborotao y tan lúcio como si lo hubieran peinao. Monta caballos alazanes cuando viene alegre. Alazanes con la cola y el mechón como un sol de relumbroso. Entonces el encanto se sienta en los brazos di un árbol, o en un peñasco cerca del agua. El Reni es una mujer jovencita y linda como princesa. Ice mi marío que cuando si oye la música, dan ganas de irse con ella. Dan deseos de llorar, de reírse, de cantar o de gritar del puro gusto. Pero no se puede ver, porque son doncellas encantadas que tienen presas los brujos. Mientras canta, el potrillo trota y trota dando la güelta, cuidándola pa que naide vaiga a entrar en la ruela de brujería que hace. Porque estos son hombres que han tenido tratos con el diablo, y si han ido pa la cueva de Salamanca, di a onde salen en cuenta de alimal. Pero están obligados a sacar a las doncellas que tienen prisioneras, a ver si el Angel de la Guarda las puede libertar. Las que lloran icen que son princesas malas di otros lugares que han hecho sufrir mucho a los pobres, y están condenás a no volver más al mundo, pero las alegres, esas las puede sacar del encanto cualquier joven de veinte años, que no haiga pecao y no haiga pensao en mujer tampoco.

La estancia ha sido invadida de misterio. En el cuarto vecino al enfermo catarrea su tosecilla tenaz, sin dejar de quejarse dolorosamente. El Maucho ha pedido otro doble, y sus ojos mansos, tienen ahora un reflejo audaz. Ulloa,

por el contrario, se ha tornado más enjuto, y los ojillos apenas se le ven a la escasa luz del chonchón. Los muchachos, sobrecogidos de supersticiones y leyendas, se han aproximado a la mujer buscando amparo. La noche es propicia para narrarlas. Un vientecillo serrano gime desconsolado su balada, en la que rueda, en onda de nostalgia, la tristeza de la raza de Arauco, vencida allí en sus propios lares. Aquella mujer y esos hombres tienen más de mapuche que de español y sienten con toda la fuerza ancestral el bagaje fantástico, herencia del indio melancólico que aprendió a soñar, en medio de la fronda opulenta de los bosques maravillosos que ampararon su vida.

Han quedado en suspenso. En sus cabezas la leyenda cabrillea sus alucinaciones. Princesas encantadas, brujos malignos, caballos alados, cueros de colores desconocidos y pelaje sedoso, tendidos a la orilla de los ríos, han sido los espíritus del mal, venidos a esta tierra, a robarse doncellas, para hacerlas sufrir, y luego convertirlas en el terror de los viajadores timoratos. Y estos espíritus del mal luchan por las noches en su mundo de ensueño, gimen entre la fronda olorosa de los montes, y cantan en las noches de luna los amores terrenales que añoran sus almas hechizadas.

—¡El Reni!—Así lo llaman los mapuches, y lo repiten los campesinos, dándole una atracción más fascinante aún con este nombre, que parece salido de entre las peñas bravas, salpicadas por el agua cristalina de los torrentes habladores de secretos.

Y este murmurar del agua, cuenta mentirosas historias, de príncipes y princesas de ilusión, que sufrieron y

fueron malos a impulsos de amores contrariados. Ahora son fantasmas que vagan por los caminos oscurecidos para extrangular a los viajeros con su lazada de terror. Otros, espíritu hermosos, que lograron esquivar los senderos del mal; como único consuelo para sus penas, cantan sus dolientes añoranzas a la orilla de los ríos. Ponen su sortilegio de musicalidad entre los quilantares, alma sensitiva de la montaña.

Hay un largo silencio. De pronto los cascos de un caballo han roto este callar, sacando de su abstracción a los que están en el rancho.

—Ey viene Fermín—dice el chiquillo, asomándose a la puerta;—oña Toma tamién viene.

Se han desmontado los que llegan. La médica, una vieja cargada de años y mentiras, ha penetrado en el cuarto. Con maneras sigilosas pregunta:

—¿Tá más aliviao on Paredes?

—¡Tá lo mesmo, nomá!—replica la dueña de casa, indiferente.—No li han obrao ná los tomas.

—Entonces hay que hacéle las flotaciones, con el ingüento de la gallina gira... ¿La sacó ya?

—Sí—responde la interpelada, buscando algo entre los cacharros de un rincón.

—Tamién traigo la uña del lión, pa hacéle las cruces a onde tiene las dolencias. Con esto tiene que amejorarse no má.

El Maucho y el Peuco, observan en tanto curiosamente la escena. La médica se ha levantado las polleras, para sacar de un bolsillo que tiene colgado en la pretina un paquete sobre el cual hace la señal de la cruz. Los hombres,

a pesar de todo, tienen un espíritu alegre y retozón, y luego se aburren de observar la escena.

El Peuco, previsor, dice:

—Los va a vender un traguito p'al camino aquí en esta copuchita.

Mueve la cabeza melífluo y beatífico, para agregar:

—Es cosa lape el vinito éste.

Y se relame los labios con su lengua de quiltro hambreado, mientras la mujer, más preocupada de su negocio que del enfermo, vierte el obscuro caldo en el cuero soplado.

* * *

Otra vez van los dos hombres por el camino. Cuentos y consejos se agolpan en sus cabezas, donde ya hay eferescencia de alcohol. Con ellos van, también, cuatro litros de aquel vinillo áspero de un amable sabor para sus paladares que no han gustado nada mejor. La noche ahora es tan hermosa y encalmada, que sólo junto a las piedras enormes del faldeo se oye rezongar el viento. Hay una levisima claridad que va destiñendo las estrellas.

Oscilante y sin fuerzas, como un flechazo disparado antes de tiempo, el canto de un gallo ha cruzado la noche con un suave dejo de melancolía. De vez en cuando una piedra aburrída de estatismo rebota contra los troncos, y su rodar es perseguido por un reguero de terrones y cascos.

—Tamién había oído yo hablar, ahora años—dice el Maucho—de que el Reni salía pu aquí por estas serranías.

En el puente que hay en el estero de Caicupil, sali otro. En ese lugar jué a onde mataron cuantuá al hermano de misiá Delfinita Osses, una noche qu'iban pa las casas de San Juan. Jué por picacena con unos forasteros, y éstos se la sentenciaron a on Peiro. El no pensó nunca que lo iban a patraquiar y no llevaba ni una ná di armas. Era valiente el jutre, y les hizo la colcha como pudo, pero no le valió de ná, porque de un culatazo con el choco le desparramaron los sesos, y después de dejar botao en el camino al pobre, se llevaban a misiá Delfinita, cuando apareció como un ventarrón un jinete, en un caballo negro tapao. La tierra llegó a temblar cuando le pegó la sujetá al manco, que relinchaba mordiendo el freno con un bramío como el león. Los pobres chuzos de los bandíos, espantáos, partieron a la sin rumbo, y ellos ni supieron cómo el fantasma les quitó la niña. Como locos se tiraron al raudal, al lao abajo del balseaero, y hay mesmo se jueron a fonduco. . . . Ahora el lugar a onde cayeron los pobres—yas tan muertos y hay que perdonarlos— lo pasa lleno de velas que las prenden los vivientes pa que tengan tranquilidad en la otra vía. Hay noches que se siente aullar bien triste a los perros y después vuelven gimiendo desasosegaos, como si anduvieran con el malo aentro. On Reyes, el campanisto de Quidico, ice que algunas noches se sienten las lamentaciones de misiá Delfinita, suplicándole misiricordia a los perros sin alma. De ella no se supo más, porque ta presa e los brujos y tuavía no si ha podío libertar. . . .

La llamarada del pedernal ha pintado las facciones mezquinas del Peuco. Se advierte en sus ojillos una especie de idiotéz alucinada alumbrando sus ojillos con un

reflejo extraño. Van ahora los dos hombres descendiendo los flancos del Nahuelbuta. Torrentes bramadores se quejan con hondo rebotar en el fondo de las quebradas. Hacia el sur hay en el cielo una estrella resplandeciente, que oscila suspendida en la altura.

—Ya salió el lucero—dice Ulloa.—Ha de ~~rajar~~ poco pa que amanezca. ¿Sentíste cómo cantó un potrillo? Esos son más madrugaores que los gallos. Vamos a llegar a rayando el sol a Purén.

El ¡cau, cau, cau! sorprendido de la gallineta negra, que mora escondida en los quilantos, vuelve a rebotar en las sombras con desconocida vibración. Después los carpinteros martillean los árboles como si fueran los brujos de la fantasía, golpeando en el misterio de la puerta de la cueva de Salamanca, donde, según la creencia de los campesinos, habitan todos los brujos.

—Los quea la última cachá—advierte el Peuco, con la voz apenada.—¿Vos tenís sé?—pregunta al otro, esperando que le diga lo contrario.

Pero el Maucho inflexible, responde:

—Claro pus hó, tengo harta sé. Tré pa acá la copucha.

Pero su compañero, desconfiado, ha tomado primero su parte y le alarga el cuero casi vacío.

—¡Chís!, no me dejaste ná... Pucha qu'estaba regüeno. Hasta el cuero quedó alorosito.

El Peuco no responde nada. Parece haberse dormido sobre la montura.

—¿Que vái meucando? ¿O te curaste yá?

—¡Qué esperanza! Me iba acordando de que allá en "Los Batros" tamién se sentían muchas cosas raras en las no-

ches. Mi paire contaba qu'el rico que ante era dueño había tenío tratos con el malo, y mató al suegro pa quedarse con toas sus riquezas. Lo hizo comerse una cazuela di un cabro negro embrujao, y el viejo si atoró con un hueso e la costilla que se le ensartó en el guare. Se puso negro como si lo hubieran untao con alquitrán espúes de muerto. El méico de Tirúa que lo vió, cuando lo echaron al cajón ice que no se podía aguantar la pestilencia a azufre, ond'estaba con la brujería aentro. Pero al jutre le empezó a venir ligerito la mala. Primero se le quemó la casa, y él mismo salió mal herío del incendio. Espúes l'entró la picá a las bestias; y en el invierno se le pizotió toitito el ganao. Los güacho que nacían les entraba el pirhuín, y quedaba la tendalá no má. Total: que al jutre le vino la ruina más grande, porque las hipotecas se le comieron vivo. Después tuvo que pagarle su dita al diablo con él mismo. Al utual, por onde estaban los corralones, hay una láuna regrande, y en las noches se siente cómo gritan los camperos aentro de ella. Los carrerones de las bestias; el pataleo de los terneros y el bramío de las vacas mesmamente que cuando las tan apartando en los apiñaderos. Pero no se ve una ná, Apenas uno se acerca quea el silencio más grande.

La montaña no tiene ahora ninguna sonoridad. Es muda, pero con una mudez levemente susurradora. Y este silencio grandioso se ha entrado en el pecho de los hombres semi embriagados de vino y de leyendas, que marchan sobrecogidos de temores extraños. Las freneras del rendal tintinean suavemente haciendo un dulce compás a los trancos de las bestias.

El alba debe irse acercando, aunque la obscuridad es

siempre densa. Hace frío. En la atmósfera hay cien mil perlas de rocío que vacilarán al amanecer, deslumbradas con el beso del sol al borde de las hojas de los peumos y de los avellanos. En cada rama hay un trino dormido y en cada rincón de la umbria un signo de esperanza, un hálito de amor, un pedazo de vida, que ha dejado su ritmo acelerado de luz para encalmarse en un palpitar de suavidad dormida. En la lejanía se oye un fragor enronquecido y tormentoso. Los dos campesinos conocen bien ese ruido. Saben que es el mar de Arauco que, también, canta sus leyendas de esmeralda, para escribirlas después sobre la costa con el encaje irisado de sus espumas.

Aquel vinillo grueso pero amable, suele ser traicionero en las alturas de los cerros. El viento es su aliado, y sopla sobre el cerebro su hálito alucinante. El Maucho tiene la borrachera sentimental, y le ha dado por romancear a aquellas tonadas que oyó en su mocedad, en los labios de guinda de la robusta prenda de su alma. El Peuco, menos vigoroso, va dando cabezadas a la obscuridad en forma tan decedida, que no tardará para estrellarse en el suelo, y quedar tendido boca arriba en un lecho de musgos y de hojas, tapado con la sábana azul y estrellada del cielo.

El Maucho, en tanto, ha seguido caminando, con la cabeza afiebrada de vapores de alcohol, que tejen en su mente alegorías estupendas. La noche insensiblemente parece haberse ido adelgazando, pues todo adquiere una resonancia inaudita. Hasta el gri-gri, misterioso que canta su canción de horas en los vericuetos de los tranqueros se oye nítidamente. El hombre no sabe si va despierto o va durmiendo, pero siente, de cuando en cuando, cómo la sensa-

ción de vértigo lo toma entre sus brazos angustiantes. Entonces, instintivo y desesperado, se coge de las riendas.

Repentinamente, la noche se ha convertido en un escenario maravilloso. La luna ha caído como un disco de oro refulgente, junto al estero cuyo caudal canta cristalinas melodías, que brotan del iris de sus aguas. Los canelos tienen el follaje rojo y transparente. Los quillantos son una inmensa maceta de filigramas doradas.

El Maücho, traspasado de admiración, se siente flotar en un mundo delicioso, que lo mece en una onda suave y perfumada. El silencio ha terminado, para tornarse en musicalidad. Una voz de ensueño, un canto de dulzor divino, un trino de pájaro en la garganta humana, pone toda su poesía melancólica en aquella visión paradisíaca. El campero ha visto a la doncella que lo canta... Es alta, fina y flexible. Se parece a esas vírgenes que él ha admirado en las iglesias. Y ésta es más bella aún, porque está vibrando de vida. Tiene los cabellos negros hasta el suelo y los pies breves desnudos. Sus ojos son más claros que el lucero rutilante que guía a todos los viajeros de la noche. El potrillo alazán es también hermosísimo, pero con algo de diabólico. Tiene la crencha encendida de reflejos que infunden terror. Va trotando, trotando, para no cortar el círculo de brujería, mientras la doncella canta tan deliciosamente, que el Maücho siente inmensos deseos de ser otra vez niño: de no haber pecado ni pensado jamás en mujer alguna, para estar en condiciones de libertar a aquella divina criatura, de su encantada vida.

Entonces experimenta una ansiedad enorme de ir a librarla, de romper el embrujo, de tomar a aquella hermosa

mujer y huir llevándosela sobre el cuello de su caballo en una carrera enloquecida. Y es tal el ímpetu, tan vigorosa su arremetida, tan terrible su envión al vacío, que siente un vértigo de espacio, demasiado fugitivo, pues termina en el suelo, en el cual se da un feroz encontronazo.

La noche otra vez densamente oscura. Todo se ha ido en vertiginosa fuga. La luz radiante, la mujer hermosa y el cantar dulcísimo: todo ha desaparecido. Sólo ha quedado la obscuridad, y su brisa de penetrante frescor. El hombre, estupefacto, permanece en el suelo deteniendo del rindal a su caballo, que lo espera pacientemente. Siente un agradable enervamiento que le impide levantarse.

Cuando por fin se puede incorporar, y monta nuevamente en su caballo, es invadido de un sobresalto extraño. A voces ha llamado a su compañero, que ya, despabilado, viene a su encuentro descendiendo el faldeo.

—¿No viste al Reni vos?—lo interroga el Maucho, con un raro temblor en la voz.

—No ey visto ná—responde el otro restregándose los ojos.—Mi había quedao traspuesto.

—¡Por la recola, que cosa más boñicha hó! ¡Relinda, guacho! Pero no le tuve naita e miedo. Taba ey en el bajo, junto a la mancha de junquillos, a la orilla del agua. Andaba alegre el Reni hoy, y ni me latió siquiera—concluye, todavía, extasiado.

—¡Que no lo haiga visto yo!... La perdí no má por quearme dormío—dice el Peuco tristemente.

Van de nuevo los dos hombres por el camino. Ahitos de fantasías y de ingenuas creencias, se han perdido entre la obscuridad y la leyenda...

EL RODEO

A MANECER. Sol radioso de Diciembre. Brisa olorosa a pastizal maduro. Frescor de rocío junto a las alamedas, cuyos pies se desliza con suave rodar el agua de las acequias, oculta bajo las tupidas matas.

Pedro Juan tiene el Bayo amarrado del jaquimón en la esquina del rancho. Bajo la pequeña ramada, el Tafetán, el otro corralero que hace la pareja, devora triturando con sus poderosos dientes el pasto jugoso de que está llena la canoa. Verdes están los potreros. Las elevadas siluetas de los álamos se yerguen con suave ondulación en las ramas altas. El sol pone su luz dorada entre cada sombra que se alarga temblorosa sobre el suelo. El mozo está tusando su animal. Lo hace con cuidado, poniendo todo su amor propio en ello. El que tiene fama de ser el mejor peón para la media luna, debe cuidar que su caballo vaya tan bien presentado como sus arreos de montar.

—Hay que ponéle mucho empeño—se dice para sus adentros.—Esta tarde veremos quién es más pión. A ver si el mentao Baudilio es tan afamao como dicen.

Abstraído en su pensamiento y preocupado de su trabajo, ha olvidado al otro caballo, que de pronto da un fuerte estornudo, coceando satisfecho.

—¡Por la setenta! ¡Que soy bien caballo yo tamién! Por tar pensando vanidaes me le había olvidao este chuzo. ¡Vení pa acá, tragón! ¡Te llenaste como un costal! Así no vay a poder ni trotar en la media luna.

Ha puesto el bozal al caballo, hermoso animal de pequeña y erguida cabeza con enormes ojos inteligentes. De regular alzada, es vivo de movimientos. A un ademán del hombre que lo amenaza con la punta del ramal, se revuelve estremecido de energías con las fauces resoplantes. Amarrado junto al tranquero, vuelve a ratos la cabeza hacia la canoa llena de pasto que lo llama con su aroma deleitoso.

El frescor de la mañana ha ido disminuyendo. Todo el campo está ardidado bajo los rayos abrasadores del sol. Algunas gallinas espatarradas bajo los perales, picotean la tierra, revolcándose voluptuosas bajo el follaje. Cerca del rancho unos patos negros, con ojos ribeteados de sangre, disfrutan felices del barro de una acequia. Mueven la cola con todo el cuerpo sacudido para levantar después la cabeza y hacer un huiiii... huiiii, embriagados de placer. Después un cá... cá... cá... amplio y alegre es la máxima expresión de su felicidad.

Terminados ya todos sus preparativos, va ahora el mozo ataviado con sus mejores prendas de vestir, a través de las largas alamedas, al tranco de su airoso caballo bayo. Lleva del jaquimón al Tafetán, que, buen cabestreador, marcha a su lado con trancos ligeros, cabeceando vivaracho al lado del jinete, cuyas espuelas tienen un claro tintineo. Hay

en el mozo un vigor nuevo, una robusta ansia de lucirse ese día en aquel torneo, que es una hermosa manera de evidenciar las energías de la raza. Pero por sobre todo, el deseo recóndito de lucirse ante los ojos de la Rosa. Poder demostrarle que él es el hombre a quien debe entregarla la pulpa encarnada de su boca, jugosa como un durazno maduro. Embriagado de sol y de aire, que le entra en los pulmones con delicioso rebullir, apura el tranco de su caballo para alcanzar a pasar donde aquélla, que hace las horas hermosas de su vida.

—¡Güenos días, Rosita!

Ella lo ha visto, pero, coqueta como toda mujer, ha seguido lavando el mote rubio en el cedazo por donde se filtra el agua cristalina del estero, a cuya margen está en cuclillas. Sus brazos robustos y hermosos están arremangados hasta más arriba del codo. Morena, con los senos hinchidos bajo el corpiño, los ojos oscuros y profundos, levanta la cabeza para mostrar el rostro reidor.

—¡Güen día! ¡Por Dios que venís chatre! Ya se las tay ganando al patrón...

—¡No será tanto!—dice él.—El pobre como pobre... — agrega, luego, sin poder reprimir el deseo de echar una mirada a sus atavíos nuevecitos.

El agua del estero se desliza con clara y dulce canción. Entre los sauces próximos hay un zorzal que deshila en el espacio la hebra melodiosa de su trino. Arriba, en la colina, emergiendo del rancho, azulea la espiral del humo, que se eleva retorciéndose para diluirse en la luz. Se ha desmontado el mozo. Sentado sobre un tronco seco, cuyo extremo

refresca inútilmente el agua del estero, observa a la muchacha que ha seguido lavando el mote.

—¿Vos vay a ir pa la media luna, Rosita?

—Hay que ir pa ver cómo se portan los guainas. Pa ver quiénes son los más hombres.

Luego, coqueta e intencionada, pone inquietud en el alma del muchacho, sabiéndolo enamorado con todo el ímpetu de sus años mozos.

—¡Icen que on Baudilio tamién va ir!

—Ojalá. Ey veremos quién sabe gobernar mejor su bestia. ¡Ni así de respeto le tengo!

Y con gesto desafiador muestra la punta de la uña.

Sonríe ella. Es una pícara morena que goza de ver al hombre prendado de toda su gracia de hembra joven. En son de broma añade en seguida:

—On Baudilio es muy afamao. Por muy hombre lo propalan los hablantes.

—Esta tarde lo veremos—responde él, reconcentrado y súbitamente taciturno.

Rosa también se ha puesto seria. Se ha tornado afectuosa cuando lo ve triste. A tiempo de montar, él le dice:

—Parece que vos tuvieras ganas de que yo quede desafamao...

Dulce acento de cariño hay en la palabra con que ella lo desarma:

—¡Tonto!

Y luego:

—¿Querís mote?

En el cuenco de su mano pequeñita y regordota se lo ofrece. Feliz el mozo, lo recibe alegremente. Hay lumino-

sidad desconocida en los ojos de ambos. En los de él un ruego. Bailadores los de ella, traslucen una promesa.

—No vay a dejar fea a la hacienda, Peiro Juan; mira que entonces no te güelvo nunca más a mirar.

—No hay cuidao—replica él, arrogante.

Y más audaz, agrega:

—¿Qué me vay a dar si salgo bien?

—Una cosita...

—A ver qué...

—¿Qué querís vos?

—Un beso.

—¿Uno? Si te portay bien, ¡así tantos te doy!

Y al abrir los brazos para expresar que serán muchos, parece que el ánfora de sus caderas se hace más amplia y todo su cuerpo adquiere una armoniosa vibración.

* * *

Resuenan los caminos con el galopar de las cabalgatas de jinetes ataviados con sus mejores prendas de vestir. Tintinean las espuelas y vuelan las puntas de los grandes pañuelos de seda. Nerviosos los corceles se alborotan sudorosos, con el hocico entreabierto y los ijares palpitantes. Chamantos multicolores y sombreros de borlas frondosas se lucen ese día. Las chaquetillas cortas refulgen de botones de concha, y cada jinete tiene un lazo encendido que aprisiona su cintura.

En los ranchos se ven las carretas listas para salir en dirección a la media luna. Percaladas chillonas ostentan sus colores en las mujeres, en cuyas mejillas el sol y el viento,

tiñó la carne de auténtica rojez. Los mozos arreglan sus caballos, vigilando cuidadosos que el lazo vaya caído con elegancia sobre el anca relumbrosa. Nubes de polvo dorado se han inmovilizado en las ramas altas de las alamedas.

Pedro Juan ha cruzado en su camino a don Baudilio, el famoso peón venido del Norte, que marcha acompañado de un grupo de sus admiradores. Moreno y esbelto, de facciones enérgicas y simpáticas. El guarapón echado al ojo le da un aire arrogante y desafiador. Se detiene un momento en el callejón para conversar sobre la fiesta, donde lucirán su destreza ante la "riquería".

Baudilio monta una yegua colorada, nerviosa y fina de cabos, graciosamente proporcionada. Con fría amabilidad los dos hombres se refieren a la faena que habrán de ejecutar ese día.

—Con tal de que el ganao no haiga sío corrió—dice Baudilio—too va andar bien. Porque esos novillos correteados, son muy molestosos con sus resabios.

—Es güeno el ganao—responde Pedro Juan;—tocante a eso no hay cuidado. Ta too en que las bestias afirmen las paletas no má.

—Y que los piones no aflojen—replica el otro con acento zumbón.

—En el trabajo se verá—contesta el aludido en el mismo tono, despidiéndose.

Junto a la media luna, hecha de ramas blandas, pero trenzadas en tal forma, que hacen un parapeto con cierta flexibilidad, capaz de soportar los recios estrellones de los jinetes, se ha levantado el tabladillo, donde estarán

los patrones y sus convidados. Las cantoras también se instalarán allí. En la puerta del apiñadero se ven los capataces y sus ayudantes, con quienes sacarán los animales a la pista. Dentro, los novillos bravíos e impacientes, se estrechan dándose de cornadas, en un ondear de carne palpitante, sobre la cual flota un áspero olor a estiércol fresco y a cuerpo de animal. Es un jardín inquieto, de novedosos matices, aquella novillada que se revuelve huera. Colorados, claveles y negros, cariblanco, todos miran con estupor, empujándose unos por encima de otros, con los belfos blanqueados de baba, y en los ojos sanguinolentos algo de estúpido sensualismo.

En brillante cabalgata llegan los dueños de la hacienda, luciendo chamantos hermosísimos. Los apuestos jinetes visten cortas chaquetillas negras, azules y blancas, adornadas profusamente de botones. Los pies calzados con finos zapatos de altos tacos, hacen vibrar las espuelas con un chasquido fugaz, semejante al del arpa, cuando una mujer arranca de ella los primeros acordes de la tonada, de esas tonadas que, como trasunto fiel del alma de la tierra, son un grito cálido y apasionado. En coches abiertos vienen las señoras y las niñas. Risas y voces alegres llenan el espacio, con rumor de cascabeles. En una carreta florecida de sayas caprichosas y extravagantes, han llegado las cantoras.

Buenas mozas y jóvenes algunas. Viejas y feas otras. Alegres todas, bajo la luz del sol. Tienen el pecho ancho y los ojos chispeados de júbilo. Los jinetes caballeros se confunden con los peones, y rodean la carreta con alborozadas exclamaciones de entusiasmo.

—Aquí mismo—gritan—la primera tonada, con un cogollo de esos que llegan a sacar fuego!

—Claro, eso es lo lindo—exclaman las chiquillas desde los coches—y una cueca con tamboreo y huifa!

La Cantalicia López tiene el arpa junto a ella. La Chayo Jiménez y la Rosa Insunza sus guitarras. Sonrientes se miran con un rodar de luces en los ojos; los labios húmedos y encendidos. Súbitamente, cual obedeciendo a una consigna, el arpa, honda y vibrante; como un grito acallado de pasión, hace melodioso el espacio. Las guitarras, de armonía romántica y quejumbrosa, la acompañan, y luego, a un simultáneo movimiento de cabeza, surgen las voces un tanto estridentes y ásperas, pero llenas de frescura e intención, con todo el saber del alma chilena, en que hay rebeldías, amores y dolientes desvíos:

¡Prenda querida del alma!...
Que has sido mal pagadora,
¡cómo tanto te quería...
te tenía en la memoria!...

Clamorosos gritos de júbilo y entusiastas aplausos acogen la tonada. Arremolínanse los caballos junto a la carreta. Grandes potrillos de rubia chicha cocida, dulce y aromosa, se sirven a las cantoras.

—En un pie no podemos seguir—dicen todos.—¡Una cueca para el estribo!

No se hacen ellas de rogar. Gime el arpa, con acordes claros y hondos. Las guitarras, en tanto, hacen el acompañamiento, juguetonas, haciendo rebullir un deseo de

bailar en el cuerpo de todos los presentes. Angel Larrondo, guapo jinete caballero, ha echado pie a tierra, para sacar a bailar a la María Faúndez, muchacha rubia y flexible como una espiga dorada. Bajos los ojos de ella. Cabrilleadora y dominante la mirada de él. Surgen las voces y ondean los pañuelos. Asediándola él, con sus rondas y sus pupilas de fuego. Tímida y rendida ella, bailan los dos armoniosamente la danza graciosa de la tierra.

¡Queridó... ! ¡Queridó, vente a mis brazos! La vida y hasta cuándo... me querís tener penando... !

Entre tanto, ya se oyen los gritos de los jinetes que han lanzado el primer novillo del apiñadero. Es un clavel con la cara salpicada de blanco, que sale avisgado, impetuoso como un ventarrón. Al lado afuera lo esperan los peones, cuyas bestias, atentas, ágiles, lo estrechan junto a la quincha, azuzándolo con sus gritos estentóreos. Cual un estampido formidable resuena la voz de ambos:

—¡Au... au... au... ! ¡Toro lobo!

—¡Ah, hombriiii! Vaca loba... !

Uno a la paleta requiriendo a su cabalgadura en el flanco exterior con la enorme rodaja tintineante, para no dejar alejarse al novillo de la quincha. El otro al anca del corrido, hostigándolo con su grito y los pechos de su caballo. Es una carrera loca y vertiginosa. El delantero va pendiente de atajar en el lugar preciso donde está la bandera. Es éste el momento emocionante de la faena; el caballo ha sido requerido enérgicamente, y aunque pequeño y ágil, es una barrera formidable que detiene al novillo junto a la bandera. El animal casi se da vueltas en el aire

con las manos en alto para volver grupas. No ve otro camino que el abierto entre los dos jinetes. El de la paleta ha pasado al anca y el otro va ahora estrechándolo. La atajada se ha hecho en forma espléndida. Estallan los aplausos y los gritos de admiración. Son tres animales y dos hombres lanzados en un vértigo de velocidad, con los músculos tensos y en el alma un fervor inaudito de energía. A la tercera vuelta, el novillo extenuado, con los ijares temblorosos, los ojos sanguinolentos, y el belfo rezumante de baba espesa, es recibido por los capataces para lanzarlo al potrero. En seguida los peones, que han iniciado el torneo, con el chamanto al hombro, se han acercado al tabladillo para recibir el gran vaso de chicha espumante.

Con entusiasmo sin igual, la faena ha seguido desarrollándose bajo el oro del sol, y junto a las alamedas que ya empiezan a proyectar su sombra sobre la media luna, refrescando un poco el bochorno fatigoso que invade a los hombres y a las bestias. Han alternado en la fiesta los dueños y convidados, con los sirvientes de la hacienda, todos convertidos en magníficos jinetes.

Pedro Juan ya se ha estrenado, pero con una suerte negra. Le ha tocado un huacho mañero, que se ha ido res-tregando junto a la quincha, sin salir de su trote empa-cado. Así, las atajadas fueron sin ningún interés y com-pletamente deslucidas. En cambio a Baudilio le han lar-gado, para suerte suya, un novillo ágil como un pensa-miento. Medio a medio de la bandera, que se ha desple-gado ondeante, para saludar su triunfo, montando su ye-gua colorada, ha detenido al novillo en forma tan magis-

tral, que arranca una verdadera ovación. Esbelto y bien montado, es un verdadero centauro de alas rojas, que corre como una ilusión junto a la quincha. Hasta su voz de clara tonalidad, tiene orgullosa arrogancia cuando la lanza fieramente.

—¡Juera, lobito, juera!...

La Rosa Insunza, a quien pretenden los dos hombres, lo ha saludado con una tonada cuando se acerca al tabladillo, para recibir el trago que le brinda el dueño de la hacienda. En la canción hay promesas que gritan las palabras y surgen de los ojos:

¡Es en vano, no puedo olvidarte,
por tu amor he perdido la calma,
ya no puedo vivir sin mirarte,
sólo tu cariño entortura mi alma!

En el intervalo, los jinetes han salido al semi-círculo, para demostrar sus acrobáticas destrezas, "tirando en rienda", y ejecutando arriesgadas maniobras con sus caballos, para evidenciar su maestría.

En un extremo de la media luna, están todos nerviosos esperando su turno. Pedro Juan tiene un puñal de hielo clavado en medio del pecho. El deberá vencer al final. Los jinetes, rápidos como un proyectil, han disparado sus caballos con tal ímpetu, que parece que no van a detenerse jamás. Pero, en la misma raya trazada para el objeto, detienen sus corceles, revolviéndolos en un puñado de tierra. Una, dos y diez veces el hombre evolucionan su animal, sin más gobierno que las piernas y el movimiento de su cuerpo.

A Pedro Juan los nervios le tienen perdido. Con el ceño endurecido y en los ojos un fulgor extraño, se ha lanzado también a tirar su rienda, ejecutando varias pruebas en forma impecable. Ha hecho con su animal un número "8" sobre la pista, que ha ido achicando hasta retorcerlo en el cuerpo mismo de éste. Pero, bruscamente, al disparar su bestia, para probarle la rienda, ésta falla de las cuatro patas, rodando por el suelo, perdiéndose con esto toda la belleza del trabajo ejecutado anteriormente.

Baudilio, en tanto, junto a la Rosa, descansa allá en el tabladillo. Su actitud de vencedor se refleja en la sonrisa alegre y confiada con que pretende dominar a la moza, en quien, a pesar de corresponder a sus requiebros con coquejería, se advierte no obstante viva inquietud. La Cantalicia López, mientras tanto, acompañada por las demás mujeres, canta una festiva tonada muy celebrada por la concurrencia:

Y hácemela con chancaca
y la cama bien anchita,
y hácele tuto a la guagua...
y hácele li-li-lu-lá...

¡Papas con luche, hartito ají,
me querís negra, no me querís...
me echas al agua, no me echarís!...

La tarde ha ido refrescando y con ello la fiesta ha cobrado mayor entusiasmo. Una alegría desbordante hay en todos los pechos. La faena se hace con mayor empuje, con

mayores bríos y seguridad. Los caballos, enardecidos, responden ágiles al requerimiento de sus amos, que ahora, con algunos vasos dentro del cuerpo, se tiran con despreciativo coraje sobre la quincha.

Baudilio ha estado de suerte ese día. Los mejores aplausos han sido suyos, y las muchachas tienen encendidas miradas de admiración para él. Pedro Juan, amargado, no ha cesado, sin embargo, en su empeño de triunfar. Ha hecho hermosas atajadas, pero casi siempre algún tropiezo ha deslucido su trabajo. Pero hay en él una confianza invencible. Cuando ya quedan los novillos más hambreados en el apiñadero, ha ensillado al Tafetán, que nervioso manotea impaciente, por aquietar los ímpetus que le acometen antes de comenzar aquellos trabajos, en que es caballo maestro. La Rosa Insunza ha visto con misterioso fuego en las pupilas, de cómo el muchacho ha quitado las riendas a su animal. Correrá en él gobernándolo únicamente con las piernas y el impulso de su cuerpo.

Sale veloz el novillo y el Tafetán, con salto flexible de felino, parte tras él, alcanzándolo en seguida para paletearlo con gallarda elegancia. Junto al trapo flameador, la atajada es soberbia. Jinete y caballo, un solo cuerpo, cambian la postura y van ahora arreando, para recibir al otro extremo al animal, que les entrega el compañero, que también ha tenido fortuna en su trabajo. Hay un entusiasmo tan indescriptible, que la cueca alarmante y estrepitosa ha cesado, para fijar todas las miradas en el peligroso juego. Vuelven a la tercera vuelta, y en mitad de la carrera el vacuno, con un esfuerzo inaudito, se ha recogido bruscamente para saltar sobre la quincha, tratando de salvarla.

Pero fracasa en su esfuerzo, y su mole palpitante se derrumba sobre el jinete, cuyo caballo, con las manos en alto, se ha detenido junto a él. Es tan espantoso el instante, que todos, silenciosos, experimentan el anhelo de un segundo de angustia.

Sobre el caballo ha caído el novillo, y en un montón han rodado hasta el suelo. El hombre no ha alcanzado a saltar de su montura, y ha caído bajo los animales. Un grito de horror ha brotado de todos los pechos.

—¡Se chupó el huacho bruto!

Atropellándose ha corrido la gente al lugar del accidente. El vacuno se ha incorporado y huye cimbrándose jadeante, en tanto el caballo semi-aturdido, no puede pararse. Bajo él, está Pedro Juan, con los labios crispados de dolor, el rostro bañado en sangre, con los brazos y las piernas rotas.

Y antes que nadie hay una mujer junto a él. Una moza robusta y enloquecida, que ha enderezado la cabeza del hombre para abrazarse a ella sollozando, mientras entrecortadamente sus labios gimen roncamente:

—¡Peiro Juan, mi Peiro! ¡Pura fatalidad la tuya, m'hijito! ¡Pero a hombre; a hombre, naide te la pudo ganar!

LA PICADA

PEDRO Andaur, se puso la mano en la frente, a manera de visera, para poder mirar a contra luz los puntitos negros de los jotes que volaban sobre una quebrada próxima a su rancho.

—Llega a levantar nieblina el joterío—masculló entre dientes;—la tendalá no má debe haber amaneció otra vez.

Luego, con la vista, buscó algo entre los cacharros esparcidos junto a la vivienda, hasta descubrir ensartado en la quincha su cuchillo de ancha hoja, con mango forrado en cuero.

—Hay que hacéle empeño a un parcito de chalas—monologó, limpiando el acero, en su mano áspera llena de callosidades,—ahora que anda el cuero botao, es hasta maldá irle a dar ochenta cobre al llavero por sus chalas apercancás. Ni por muy voltario que uno sea...

Púsose en seguida los dedos junto a la boca, para oprimirse los labios y emitir un agudo silbido, que roturó como un proyectil el aire transparente y puro de la mañana.

—¡Calluza, Calluza!—llamó.

Un perro amarillo, de ancho pecho y cortas extremidades, que dormía bajo una pequeña carreta maderera, se paró de un brinco sacudiéndose las orejas con fuerte tableteo, para ir hacia el hombre haciendo cabriolas, en tanto en un bostezo abría su hocico puntiagudo.

—¿Tabay durmiendo Calluzita?—le acarició con la voz.

Miróle el quiltro con sus ojillos inteligentes, lanzando un aullido de placer, para en seguida desperezarse estirándose, y darse un langüetón por ambos lados del hocico, tal si se lo abanicara.

Eran los principios de Febrero. En los lomajes próximos veíanse aún sementeras en pie, rizadas levemente por el viento del amanecer. Por el callejón cruzaban a esa hora los peones con la hechona al hombro, llevando en la mano el jarro reluciente de lata y la bolsa de harina tostada para hacer el ulpo, con el agua de los esteros que se deslizaban cristalinos bajo la sombra de las tupidas quilas. Con pasos ágiles, dirigióse Andaur hacia la quebrada, sobre la cual el volar de los jotes había cesado. Seguramente estarían ahora en tierra parados junto a los cadáveres de los animales muertos esa mañana, víctimas de la terrible epidemia que los diezmaba día a día.

El Calluza trotaba adelante, deteniéndose a ratos, para meter su hociquillo curioso entre las matas, o husmear bajo alguna gavilla abandonada en el brusco vaivén de los carros emparvadores. De cuando en cuando, algunos pajariños salían volando rápidamente sacados de su reposo por el hocico impertinente del perro, que se daba una vuelta en el aire, para caer las más veces espatarrado sobre el sue-

lo, en su vano intento de darles caza. A ratos esperaba al hombre, para hacerle una manifestación de afecto, que éste correspondía con palabras y caricias.

—¡Gilidioso que te han de ver mirá!

Eran los dos solos. Muerta la madre de Andaur, éste jamás se había preocupado de buscar una mujer que hiciera más agradable la vida en el rancho. Por lo demás, él no advertía esa falta. Borracho incorregible, todos sus jornales iban a parar al chinchel de Cheno Gutiérrez, quien le daba a cambio, vino suficiente para llegar casi a gatas a su vivienda; cuando no quedaba tirado por los caminos abrazado a su perro romanceando la borrachera. Allí dormían ambos, tapados sólo con el telón inmenso del cielo salpicado de estrellas inquietas. Al despertar, cuando el lucero moría en el nacer de la alborada, era sólo un breve tiritón, y cuando más un estornudo, la única señal que dejaba en ellos la noche al raso. Calluza era dormilón. Vivía aún sus primeros años, y su amo casi siempre había de despertarlo con un tirón en las anchas orejas:

—¡Levánte guachito, con eso vamos a componer el cuerpo!

Alzabase el perro perezosamente sobre sus patas delanteras, y bostezaba dejando escapar un aullido de mal humor. Después, dando un alto ejemplo de abstinencia y buenas costumbres a su amo, íbase a disfrutar de los tallitos tiernos que escogía entre el pasto. A veces Andaur debía apremiarlo a que le siguiera:

—¡Andale pú hó! ¿Que no tenís ganas de hacel la mañana?

Calluza adoptaba una tranquila indiferencia, continuan-

do en su búsqueda, y sólo cuando había concluído sus quehaceres matinales tomaba un trote alegre y retozón tras de su amo.

Esa mañana, había sido uno de los pocos amaneceres tranquilos, pues habían alojado en el rancho. Cheno se mostraba rehacio a seguirle fiando, por más reiteradas peticiones de Andaur en ese sentido.

—Yas tay muy himpotecao conmigo vos. Tenís que bajar algo la dita pa poderte valer otra vez.

Y Cheno cuando se negaba era inflexible. No había quién le hiciera poner el tiesto negro en que medía los litros, bajo la llave de la barriguda pipa del tinto.

—Hay que dar buenos cumplimientos primero—era su invariable respuesta, mientras se secaba el sudor que inundaba su cuello apoplético, con su gran pañuelo floreado.

Y para Andaur aquello era un suplicio. El no podía pasarse un día en blanco. Su más gran pesar era tener la boca seca, y ni un cobre en el bolsillo. Entonces consultaba al Calluza sobre la manera de conseguirse algo para el litro, pero éste no demostraba gran interés por estas ruines preocupaciones de su amo. Cuando más, si estaba de buen humor, movía la cola como incitándole a aprender de él, a quien no apremiaban tales vicios. Con un nidal de huevos frescos, o un polluelo peloteado al pasar junto a una cerca, tenía el día hecho.

Mientras caminaba, una idea asaltó de pronto al hombre, circulando dentro de él, con rebullir alegre. ¿Y si le sacara el cuero a uno de esos animales que morían como moscas todos los días? Recién muertos, ésto se podía hacer, sin

que se rompiera con las pústulas malignas que a veces no alcanzaban a reventar bajo la piel.

—¿Y si me da la picá?—razonó temeroso.

Pero el demonio de la tentación le espoléó entonces con mayor ímpetu. Todo estaba en alcanzar a hacerlo sin ser visto. Y cualquiera de esos toros, daban como nada cuarenta o más kilos de gruesa piel, que significaban otros tantos dobles de aquel vinillo guardado en las olorosas vasijas de Cheno. Esta última idea le hizo restallar con fruición la lengua contra el paladar, lamiéndose después los labios en ambos sentidos como lo hacía el Calluza. Imaginó la llave abierta de la pipa del tinto, vertiendo su obscuro caldo que exhalaba un aroma áspero y fuerte. Vióse dándole el primer sorbetón al litro para bajarlo, y poder echarle un "muño" de harina tostada. ¡Ah, qué chupilca tan rica sería esa!

Y su pensamiento, acuciado por la oportunidad que se ofrecía al paso, hubo de transformarse luego en la realidad del hecho.

Las reses muertas por "la picada" (carbuncló bacteriano) eran innumerables. El mal venido en un piño de la feria estaba en todas partes. Por más que se quemaban los muertos y se aislaban los vivos, era inútil. Dos, tres, hasta seis vacunos diarios, amanecían con el testuz rendido; el hocico encajado entre sus fuertes remos delanteros, heridos en pleno corazón, por la terrible enfermedad que se transmitía también a las gentes en el más leve contacto. Las pobres bestias caían junto al estero, o metidos entre las quilas, buscando su frescor, asediados por la terrible fiebre.

Y esa mañana Andaur, estupefacto, vió cómo los jotes se habían dejado caer sobre el cuerpo inanimado del Solimán, uno de los más hermosos toros de la hacienda. Había caído bajo un coihue sombrero, junto a cuyo tronco sus recias pezuñas hicieron un hoyo escarbando el suelo en las supremas y angustiosas rebeldías de su próximo fin. Estaba intacto aún. Los jotes ahitos con la carne de otros animales, no le habían sacado ni los ojos todavía. Lo contemplaban con repugnante aspecto de borrachos; las alas caídas, el cuello recogido y los ojuelos turbios. Calluza les ahuyentó a tarascones, arrancándoles algunas plumas grasosas. Huían con pesado estrépito de aletazos hasta poder volar sin alejarse mucho de allí, atraídos por el intenso hedor de las reses muertas, que acicateaba en ellos su insaciable voracidad.

Y como lo pensó lo hizo. En medio del pecho tenía el Solimán la terrible hinchazón por donde reventaba el mal. Era como una ampolla gigantesca, ya madurada, y un tanto deshecha, después de expeler la pus infecta y fétida que estriaba el pelaje de rayas amarillentas. Pero Andaur estaba decidido. Sin ninguna repugnancia trazó con el cuchillo un círculo alrededor de aquella vejiga, y en seguida, con una expedición y facilidad asombrosa, empezó a descuerar el animal.

—Tá intautito tuavía—monologó alegre, pensando en los pesos que obtendría en la venta del cuero;—ni van a rochar que es de la picá que ha muerto.

El olor penetrante y nausabundo expelido por el animal abierto, atraía de nuevo a los jotes, que, con una impavidez asombrosa dejábanse caer sobre él, graznando deleitosa-

mente, entreabriendo el garfio de sus picos tinto en la sangre de sus recientes hartazgos. Era tal su atrevimiento, que el hombre hubo de quebrar un grueso colihue para ahuyentarlos a palos. El Calluza le secundaba mordiéndolos enfurecido hasta dejar a muchos moribundos.

Muy alto estaba el sol, cuando terminó su faena. Preocupado de ella apenas advirtió que, al enderezarse, una rama le cruzó la cara haciéndole un rasguño. Instintivamente se la restregó con rápido manotón. Después, con su fardo bajo el brazo, se alejó velozmente de allí, seguido por el Calluza, a quien el olor de la carne, hacía alejarse de mala gana del cuerpo del Solimán.

* * *

Al atardecer de ese mismo día, se lo vendió a don Polidoro, el viejo comprador de huesos y cueros, a quien encontró en las cercanías del pueblo.

—No vaiga a ser de algún alimal muerto de la picá—le dijo el hombre lanzándole una mirada de desconfianza.—Mira que vos soy muy picaronazo.

—¡Como se li ocurre on Polito por la vía que con usté iba a cometer una aución así! A los amigos no se engaña... Si éste es el cuero del toruno colorao que se le fatalizó ayer a mi compaire Lupercio...

Macuco Andaur, a fin de no despertar sospechas, se regodeó con el precio ofrecido por aquél. Después de muchas cuentas y discusiones, convinieron en partir la diferencia en que se estrellaban. Pero al recibir los billetes mugrientos, contados varias veces por don Poli, no le fué posible ocul-

tar un estremecimiento de gozo, atenuado por una exclamación entre alegre y rezongona:

—¡Me trabajó no má on Polito! . . .

Y nervioso, temiendo que el viejo llegara a descubrir la maula, convidó al perro:

—¿Los vamos Calluzita?

Este, que observaba atentamente la escena, al sentirse nombrado, brincó con tales ímpetus de gusto, que fué a dar un hocicazo en plena cara del hombre. Al fin y al cabo eran los dos solos, y la suerte del uno era la del otro; él, por solidaridad con su amo, debía estar contento, aún cuando no fuera mucho lo que disfrutara con el dinero obtenido por aquél.

Siguieron en dirección al pueblo, por el camino, ya envuelto en las sombras de la noche. No era posible con aquella sed, y a tales horas, andar casi cinco leguas para llegar a donde Cheno. Claro que allí estaba mejor que en su casa, pues éste conocía todos sus gustos. Habiendo dinero, lo atendía mejor "que a un hijito de rico", según su propia expresión. Pero donde doña Antuca, tampoco se pasaba mal, y por una parte mejor, pues vivía con una muchacha que sabía tocar unas tonadas muy alarmantes. Y estaba allí cerquita, a unas cuantas cuadras, en el barrio de las casuchas.

—Esta va a ser con vihuela, pues guachito. ¿Qué tal? ¿Te gusta?—consultó al perro.

—¡Claro!—pareció responde el Calluza, con ladrido tan expresivo y jubiloso como era todo en él.

Iba con trote liviano. La cola enroscada en alto y las orejas recogidas. Fué el primero que se introdujo de ron-

dón en el negocio, con tales bríos que hizo salir disparado a un gato que dormitaba junto al brasero, cerca del cual tomaba mate doña Antuca.

—Ya llegó este hombre de los diantres con su quiltro molestoso. Salí p'allá entrusidá... Este es más satisfecho qu'el amo.

—No me insulte a la compañia oña Antuquita, mire que aquí hay muchos billetes pa pagar todos los perjuicios.

Contenta la mujer con la llegada del hombre, a quien sabía rumboso cuando tenía dinero, le invitó a sentarse pidiéndole noticias de su "mapo", donde ella tenía muchas amistades y algunos parientes. Más Andaur, por el momento, no estaba para preguntas.

—Póngame primero un doble, oña Antuquita. Espués le daré razones de too lo que se li ofrezca. Al Calluza me le trae una trola de charqui que nos'té muy grasosa.

El Calluza aprobó la pedida de Andaur, dándose un languetón en tanto avizoraba atentamente de dónde sacarían el charqui.

Poniéndole fuerte y duro al trago, y comiendo sabrosos causeos preparados por la Antuca, transcurrió gran parte de la noche. Una moza rolliza, enferma, seguramente, de sed crónica, pues secaba los vasos con un entusiasmo sin igual, chicharreó en la guitarra, entonando con voz chillona y monótona, algunos aires de la tierra, que eran rubricados al final con un:

—Relindo m'hijita—del hombre—en tanto con el vaso lleno en la mano, la obsequiaba, diciéndole:

—¡Pa su casa voy!

—Esperándolo estoy—replicaba ella.

—Ojalá me hiciera el servicio...

Y las copas se vaciaban rápidamente, tal si se dieran vueltas en un chuico.

A ratos se conversó con gran interés de las novedades ocurridas en el campo. La Antuca era la más alborotada en sus comentarios, celebrando con risotadas o exclamaciones consternadas, según fuera el carácter de los sucesos narrados por el campesino. Luego las graciosas aventuras de Pedro Urdimales, divirtieron a las mujeres, tanto como causaban su admiración y temor las imaginarias visitas efectuadas por algún embustero amigo de Andaur a la cueva de Salamanca.

Pero el hombre, por más empeño que ponía, no estaba tan alegre y locuaz como otras veces. Sentía una vaga molestia; y a ratos una comezón en toda la piel, tal si un rosario de espinas circulara por todo su cuerpo. Mientras más bebía con el ánimo de alegrarse, notábase más decaído y a momentos se tornaba triste y febril. Después experimentaba la sensación de irse elevando, hasta llegar al techo, de donde se derrumbaba bruscamente, para ver todo a su alrededor girando en un círculo vertiginoso. Era como si la habitación se diera vueltas, y las mujeres, incluso el Calluza, fueran muñecos tiranteados por un ser invisible que los hiciera contorsionarse en las más estrafalarias posturas.

Y al recobrar un terror recóndito le turbaba. Una voz lejana parecía gritarle una amenaza, que después leía en los ojos de su perro, cuando éste, con el pescuezo estirado sobre sus rodillas, le miraba con extraña expresión.

—No sé qué diantres tengo—explicó quejosamente a la mujer, con la voz desmayada.—Parece que tuviera toilito

el cuerpo ortigao. Me ha caído mal el vino. ¿No tiene un poquito de aguardiente? Pudiera ser que con eso afirmemos la chapa.

Pero el aguardiente le hizo el efecto de haberse tragado un fierro ardiendo que le quemaba dolorosamente las entrañas. Una sensación de vacío le acometió entonces, cual si la pieza fuera un hoyo, y él estuviera en el aire pugnando por no irse al abismo. Semi embriagado, su dolor era oscuro y denso, privándolo de razonar y determinar la causa de aquel repentino mal.

—Quisiera acostarme—rogó desfallecido.—Es como “solazo” el que me ha dao.

Las mujeres le arreglaron junto al mostrador unos ganchochos, sobre los cuales se tendió quejiqueando. El Calluza vino hasta él a lamerle la cara cariñosamente. Pero el contacto del animal, lejos de calmarlo le produjo un estremecimiento de pavor. Estaba impregnado del olor a la res descuerada. Del hedor nauseabundo del Solimán, muerto de la picada aquella mañana. Un lazo de angustia, le estranguló una exclamación:

—¡La picá ha de ser! ¡Tengo la picá!—gimió despacito.

Se tanteó el cuerpo para cerciorarse si el mal ya había reventado en él. Pero nada aún. Sólo en la cara sentía un ardor insufrible, y la piel como una lámina tersa y tirante.

Ya los pájaros chispeaban de trinos la alborada, cuando logró dormirse con sueño visionario y doloroso. Vióse en el fondo de la quebrada junto al Solimán que tenía ahora proporciones descomunales. Tan inmenso era, que su lomo arqueado sobrepasaba las copas de los árboles situados en la cima de un cerro. Dos aguijones curvos, largos y amena-

zadores, eran sus cuernos que lo iban a reventar, hundiéndose en sus entrañas. Y él no podía moverse, no podía huir, estaba como enterrado en el suelo, sin poder evitar el estrellón del toro que venía a su encuentro con el belfo rezumante, y los ojos inyectados de sangre.

Hasta que de súbito la terrible bestia le hirió en el medio del vientre. El rayo vengativo de sus ojos también se clavó en él. Sintió su aliento denso y quemante, su resoplar ahogado con las fauces chorreantes de su propia sangre, saltando a chorros de sus heridas. Despertó aterrado. Una franja de sol le cruzaba la cara. Contra su costumbre, el Calluza, de ordinario tan dormilón, ahora le observaba con inquieta curiosidad. Al verlo despierto fué hacia él con aire medroso. Hubo un desgarramiento en la voz del hombre al expresarle su caricia.

—Tamos en la mala guachito. Parece que los vamos di acabuco.

Inútil fué cuanto hizo la Antuca para convencerlo se curara en su casa, donde no faltaría voluntad para atenderlo, y los remedios estaban más a mano. Pero el hombre se obstinó en irse

—Si me muero, me muero en mi casa—dijo.—Mi compaire Lupercio es muy comprendió en estas dolencias. Toy seguro qu'el me va a mejorar. Con la fresquecita me las emplumo. ¿No es cierto Calluzita? Si los morimos los morimos los dos, vos no desamparái a tu amo.

Tal como lo pensó lo hizo. Aún cuando había pasado un día horrible, a pesar de los remedios que le hizo la Antuca, al atardecer de ese mismo día emprendió el regreso a su rancho. Sentíase más refrescado; el dolor había declinado

un tanto, como si el mal se hubiese adormecido en él. Su naturaleza robusta lo resistía bien, y su firme voluntad le daba bríos para marchar. Afortunadamente un campesino que iba hacia la montaña lo llevó en su carreta hasta el cruce del camino que debía seguir.

Había ya anochecido cuando siguieron a pie. El Calluza marchaba mohino con la cola entre las piernas, y las orejas colgantes. Nada quedaba en él de su airoso aspecto del día anterior. Al principio el hombre marchó bien, reanimado por el fresco de la noche, más a poco de una legua sintió que sus fuerzas se debilitaban. Parecía tener el estómago retorcido en un nudo que pugnaba por escaparse de su boca amarga y reseca. Tiritaba sintiéndose transido de frío, hasta los huesos, y luego un sudor pegajoso le inundaba todo el cuerpo. Después el hormigueo doloroso, le recorría entero, tal si millones de insectos caminaran dentro de él enterrándole una espina en cada movimiento. A ratos sentíase estrangulado como si el cuello se le fuera oprimiendo hasta no dejarlo respirar, mientras la cara se le inflaba adquiriendo proporciones descomunales. Al levantar los brazos para tratar de tocársela fué como si el filó de un cuchillo se le introdujera en las articulaciones con un dolor cruelmente agudo.

—¡Ay Callucita!—gimió rendido;—ahora si qu'estamos pa nunca.

El perro dió un aullido lúgubre, que pareció encaramarse en la noche como una huiña herida al saltar sobre un árbol. Luego acesando con afligida inquietud, comenzó arañar el suelo, tal si quisiera demostrar su impotencia para calmar el dolor de su amo.

Pedro Andaur, sentado al borde del camino, rindió de pronto su busto hasta el suelo, buscando la frescura del pasto, cual si quisiera beber en un torrente imaginario. Así permaneció largos instantes, anhelando roncamente, retorciéndose como un culebrón herido, mientras el perro lanzaba agudos aullidos, yendo y viniendo, buscando a alguién que amparara a su amo.

Pero no había nadie. Sólo estaba con ellos la noche silenciosa y huraña. Apenas alentaba entre los cardales, un viento tibio que restregaba sus ásperas hojas. Lejos, como si fuera el alma errante de la obscuridad, sentíase deshecho en la distancia el eco de un grito, a veces semejante a un lamento humano, otras como el alarido de un animal.

Como pudo levantóse con actitud de ebrio, estirando la mano al perro, como si fuera un hombre que pudiera ir de su brazo. Marchó tambaleante, temeroso de estrellarse con un obstáculo desconocido, o hundirse en un abismo. Ligero despejo veníale a ratos, para tornarse casi inmediatamente en fuertes tiritones alucinados.

Entonces veía que el cerco era una serpiente monstruosa, que venía hacia él, retorciéndose sobre el camino, con la cola crispada sobre su lomo en innumerables flecos, abierta la boca que se lo iba a tragar. Después los árboles eran extraños e inmensos animales y marchaban a su encuentro, con cien brazos extendidos para aprisionarlo, en tanto levantaban nubes de pedruscos y de tierra que le azotaba la cara cegándolo. Y tras ellos galopaba el Solimán con la cola extendida y los ojos fosforescente de furor.

Se detenía, entonces, con el cerebro espeso, donde su voluntad y su razón se hundía en un vano esfuerzo, para afe-

rrarse al perro con las manos contraídas y dolorosas que le clavaban la carne a la menor presión.

—¡Calluza, Callucita!—imploraba.—Los llegó la mala, guachito.

Desorientado, se internó en un potrero de rastrojos, cortado a poco por una quebrada cubierta de follajes, a donde el viento susurraba melancólicamente. Intentó descender hacia el estero, pero no pudo caminar cuesta abajo. Dobláronsele las piernas hasta derrumbarse entre las quilas. El perro, afligido, le tiraba de las ropas y le lamía la cara. Con ladridos nerviosos trataba de infundirle ánimo hasta hacerlo arrastrarse junto al torrente, a donde hundió la cara bebiendo ansiosamente.

Imaginó que el agua le daba de súbito una energía nueva, que recobraba toda su salud, que la mejoría tan ansiada venía por fin a su cuerpo dolorido. Le encontró un sabor delicioso, y hubo un rato que temió secar el torrente, tales eran sus ansias de beber. En un instante de claridad mental se asombró de haber sido tan enemigo de ella durante toda su vida, tan refractario a su sabor, incomparablemente mejor que el vino, que recordó con repugnancia.

—Toma agua, Calluza,—murmuró bajito—toma agüita, esto los va a mejorar.

Mas, de pronto, entre temblores de vértigo, sintió que el líquido era rechazado por su estómago, expeliéndolo violentamente en convulsiones de muerte, que le acometían una tras otra en sucesión agotadora. Hasta que al fin, rendido sobre la arena empezó a sentir una dulce laxitud, un delicioso bienestar, un suave deseo de descansar y de dormir. Vió cómo el estero se atajaba en un árbol y se alzaba por

encima del follaje en un arco cristalino, chispeante de goteritas de sabor delicioso y fresco.

—¡Ay!—suspiró—ahora si que ya estoy mejor.

Sólo la cara le ardía. Le ardía horriblemente. Quiso hablar a su perro y un desfallecimiento infinito se lo impidió. Apenas pudo balbucear, en un estertor ronco y estropajoso:

—¡Lámbeme, Callucita, lámbeme Ca...!

Y su voz se extinguió para siempre...

DOÑA MARIA DE LOS PERROS

ERAN realmente, curiosos tipos de campesinos aquellos dos: marido y mujer, que se presentaron ante Miguel Campos, el joven agrónomo, recién llegado a hacerse cargo de la administración de la hacienda.

Ella, tenía un aspecto repulsivo. Cubría su cabeza con una gran chupalla, bajo la cual sujetaba un trapo blanco, que le tapaba hasta los hombros. Su rostro cetrino, veíase cubierto de costras, y en la boca tenía algunas manchas blanquecinas, semejantes a pequeñas llagas. El, era un hombre de enorme cabezota, y recio corpachón, que parecía vacilar sobre sus delgadas piernas.

Venían o traer la primera dádiva al nuevo patrón. Era un canasto con huevos y un capachito lleno de maqui fresco, que habían cogido—según expresó la mujer—esa misma mañana, en los renovales que se extendían cerca de su casa.

Sentados en un banco largo que había en el corredor, junto al cual se habían echado dos perritos gordiflones y ñatos que les acompañaba, esperaban el "retorno", o sea, en buenas cuenta, el pago de lo que habían traído de regalo.

Sonriendo, examinaban por debajo de sus grandes chupallas al nuevo administrador, un mozo gordo y colorado, de aspecto bonachón y casi ingenuo.

—Tiene cara e güeno el patroncito—dijo la vieja, acentuando su extraña sonrisa de ídolo;—puea ser que sea más considerao con el pobre, y no lo venga a horcar más, que los otros menistros que han habío aquí...

Vaciló en seguida un momento para ver qué efecto producían en Campos sus palabras, y luego continuó:

—El gringo que tenía antes el patrón aquí, era muy sin alma, no ejaba criar un chanchito, ni daba vaquitas pa la leche, como pasaba anteriormente, que los patrones le daban alivio al pobre... Al utual, se pasa una vía muy afligía... Ni las gallinas ponen... Hay verá usted, patroncito, pa juntarle esos huevitos, anduve con Peiro, mi marío, aquí presente, rastrogiando pué entre medio el monte, campióndolos como novillos bravos. Parece que hasta las gallinas si han puesto esconsierás...

Pedro Espinosa, que hasta ese momento permanecía silencioso, dejó oír su voz ronca y estropajosa:

—Es que los tiempos tan muy esterios. Han venío años malos, patrón; antes uno tenía pa un güen pasar, lo cual agora apenas hay pa comer. Su mercé verá; a mi señora antes yo le manijaba de un too, y al presente apenas anda cubría.

—Sí, pué, así no ma era—interrumpió la vieja, mirando

con su extraña sonrisa a Campos, y luego a su marido, como animándolo a hablar.

—Agora—siguió éste—too es malo. A las alverjas les entra el pájaro, no se puéen ni comel y si las come capaz que los pájaros salgan volando con uno. ¡Dan unos dolores de estómo!... Los trigos, casi no hay año que no se apollillen; al ganao l'entra el usano en la cabeza, y al vacuno no lo eja vagar el "pirgüín". Como será, patrón, por la vía, que hasta los pellines tan saliendo huecos agora...

—Por la vía, sis'tá muy mala la chacra—afirmó la María nuevamente, cimbrando las piernas, bajo el banco en donde estaba sentada.

Campos les oía en silencio. Luego sacó un peso del bolsillo del chaleco, y se lo pasó a la mujer. En los ojos de ésta cabrilleó un relámpago de alegría.

—No, patroncito, no si amoleste, si éste era un presente que nosotros le tréidamos...

Pero antes que el administrador desistiera en su propósito, dijo dirigiéndose al marido:

—Recibámoselo, viejo, no vaiga a ser cosa que le parezca mal al rico, sirve pa tabaquito...

Y luego, viendo que ya la conversación no tenía mayor objeto, se despidieron, haciendo grandes protestas de adhesión al joven, el cual podría disponer de ellos, cuando y como quisiera.

Miguel Campos quedóse sólo, mirando, apoyado en uno de los postes del corredor, a la pareja, cuando tomó el sendero que orillaba la montaña próxima que alzaba su mole verdinegra, enorme e imponente, a unas dos cuadras de la casa. Era un Domingo; y de pronto sintió que una honda

melancolía se adentraba en él, sintióse solo y abandonado, y ésto le hizo recordar a su polola dejada allá en Santiago; en ese Santiago ahora tan lejano, y quién sabe por cuánto tiempo inaccesible para él.

—¡Si la tuviera aquí—pensó—cómo sería de linda la vida!

Era un enamorado del campo. Toda su vida no había hecho otra cosa, sino soñar de vivir en él, y ahora que le había tocado la suerte, envidiada por muchos de sus compañeros, de emplearse con aquel solterón millonario, que conocía sus fundos solamente de oír hablar de ellos, a sus empleados e inquilinos, y a donde él sería el verdadero dueño y patrón; sentía que algo le faltaba; algo que hiciera más amable aquel rincón serrano, de una belleza salvaje y bravía.

Hermosísimo el paisaje, lo contempló absorto. Al frente los cerros de Adencul, mostraban sus faldeos blanqueados, por la ceniza de los roces. A retazos la mancha oscura de los renovales de hualles y maquis, escapados a la voracidad del fuego, se extendían entre los altos coihues, que alzaban sus cuerpos de un blancor ceniciento, estriados de rayas negras, dejadas en ellos por las llamas. Al otro lado, altas lomas doradas extendían sus sementeras, en medio de las cuales se alzaba frondoso, un maitén solitario, como un retoño indígena, adusto y melancólico, de no sentir el grito de guerra de la raza aborígen. Abajo, entre el cajón de los cerros, serpenteaba el río, blanco, a la luz del sol, bordadas sus orillas de espesos quilantares; que se miraban en sus agua claras, hasta perderse entre la montaña virgen, donde se mecían los robles magníficos; los canelos y ave-

lianos, los boldos y los olivillos olorosos, en cuyos troncos altos como mástiles, se enrollaba la liana de las copihue-ras, mostrando sus corolas rojas como bocas de mujeres, asomadas entre la espesura fragante y turbadora de la montaña.

* * *

Singular personaje era aquella doña María de los Perros, como la llamaba la gente del lugar, seguramente debido a que siempre iba acompañada por sus perros gordiflones y ñatos, el Copo y el Pequeño, con los cuales recorría todas las casas de las haciendas de la vecindad, llevando y trayendo las nuevas ocurridas en aquel rincón. Ella siempre las adornaba, o abultaba en tal forma, que solían provocar verdaderos escándalos. A pesar de sus años y de la repugnante enfermedad que la aquejaba, jamás dejaba de salir apenas le daba las pancutras a Pinocha, como llamaban a su marido.

Siempre tenía algo con qué llegar, a manera de halago, a la casa donde iba. Ya era una flor, un ramito de albahacas, una fruta o cualquiera insignificancia. A veces, entre los pliegues de su blusa, era portadora de una carta, enviada con ella, por los mozos, a las muchachas que les quitaban el sueño. Cartas ingenuas y sencillas, con una florcita pintada en una esquina del papel, o un pajarito con las alas abiertas, en cuyos renglones torcidos y disparejos como surcos en un roce, las palabras hablaban con voces de sinceridad, la eterna canción del corazón, para decir amor.

No había rancho o rincón en donde la María no fuera

conocida. Los perros siempre llegaban primero: zalameros y juguetones con los otros perros de las casas a donde arribaban. Luego, aparecía la María. Jamás se sentaba en silla, sino que se ponía en cuclillas apoyada en la pared.

—¡Asiento, oña María!

—No, pu aquí no má, "cholloncaita".

Su saludo pocas veces variaba:

—¡Dios guarde a su mercé, señorita! ¿La compañía amaneció güena?

En seguida la primera noticia:

—¿Pu aquí, ya habrán sabío lo que le pasó a oña Sabina Romero? . . . ¿No?

Súbitamente interesadas las campesinas, preguntaban ansiosamente:

—No hemos sabío ná oña María, cuente, cuente.

—Icen que la llevaron p'al pueblo, hoy di'albita. Va pa que la insaminen los deutores. Pero va a ser por demás. Ellos no conocen esas dolencias. Es mal impuesto el que le hizo la bruja porque oña Sabina no le quiso pagar una fanegra y tres almudes de trigo jiuto que l'estaba debiendo del año pasao. Si no le atinan en la contra es por demás, tiene qu'ice a fonduco no má. . .

Los oyentes la escuchaban con cierto gesto medroso, donde se advertía el temor que asaltaba a sus almas sencillas, lo desconocido: esos misteriosos maleficios que producen tantas desgracias. La vieja con su extraña mueca de ídolo, sonreía bajo la chupalla, mientras sus dedos descostrados torcían un cigarrillo de hojas.

Después continuaba:

—Hoy, cuando me venía dejando caer por la falda del

hualiento del viejo Polvillo, vi que venían llegando del pueblo Segundo con la Diomisía al anca. Venía intautita otra vez, como si ni la rara l'hubiera picao. El guachito icen que lo ejó mandao a criar a onde oña Sinforosa Melo, es que...

Y así seguía. Luego, cuando calculaba que su conversación había sido interesante, y había satisfecho a sus oyentes, precisaba el objeto de su visita: necesitaba un poquito de manteca, un puñadito de sal, o unas goteritas de parafina. La noche antes—explicaba—no habían tenido cómo alumbrarse “porque el chonchón taba como risco e seco”. Siempre sus pedidos estaban de acuerdo con los medios que ella sabía tenían los dueños de casa.

Otras veces, cuando era portadora de mensajes de amor, tomaba aires de jovenzuela, con las mozas a quienes iban destinados aquéllos.

Apartábalas con cualquier pretexto: ya, para ir a ver las flores, o para ver si entre las aves había alguna pollita collonca, a fin de cambiarla por un gallo trintre que ella tenía.

El recurso nunca faltaba, y cuando ya estaba sola con la muchacha, tomaba actitudes compasivas y protectoras para decirle:

—Pobrecita, como'starís de afaná por saber algo de tu quebraero de cabeza. El tamién tá sufriendo, y como no puée venir, por temor de tus mayores, te manda esta cartita. Yo siempre soy compaecía con las chicuelas. Una tiene que acordarse que tamién ha sido joven y ha pasao por las mismas trajerías. Al utual mesmo es preciso hacerse la

desentendía de muchas cosas; ¡como una tiene su marío, no le puée faltar!...

Y la María tornábase compunjida y pudibunda, como una doncella, a la cual hubieran robado el primer beso.

* * *

Miguel Campos se consoló muy pronto de la nostalgia que sintiera por la ausencia de aquel amor dejado allá en la capital. Una muchacha de apellido Ramírez, hija de unos campesinos ricachos de las cercanías lo traía con el seso revuelto. Pero aquellas gentes eran de pocos amigos, y él no encontraba pretexto para ir a la casa de los padres de la chiquilla. En las ocasiones que había pasado, don Filemón apenas lo había invitado desganadamente a desmontarse, haciéndolo tomar asiento bajo el corredor. Las mozas no aparecían nunca por allí, de manera que no era ese el mejor camino que podía seguir Campos para acercarse a la Felicia, como se llamaba la chiquilla, a quien había conocido un día Domingo en casa del maestro Schurch, un suizo, dueño de la herrería, donde mandaban a arreglar sus útiles de labranza los agricultores del contorno.

Era la tal Felicia una hermosa muchacha de tez morena y delicada. En sus ojos negros y profundos, ardía la llama de un temperamento ardiente y su boca de labios sensuales hacía la impresión de estar siempre dispuesta a besar. Miguel había oído contar algunas historias de aquella chiquilla, con la cual, según el decir de los campesinos, se podía "comer en verde", sin esperar la cosecha, que en este caso significaba el matrimonio.

Esto lo entusiasmó. Pero la huraña acogida de los padre de ella, lo tenían sin encontrar el medio de acercársele. Hasta que un día, al ver cruzar frente a su ventana a Pinocha, arreando su yunta, se acordó de la María. Ahí estaba lo que él necesitaba.

Esa misma tarde, luego de recorrer las diversas labores del fundo y conversan de paso con Pichurruca, como llamaban al campero, a quien encontró descuerando una vaca tísica, desrriscada en un voladero del potrero serrano de las casas viejas, se dirigió al rancho de la María, enclavado casi en el corazón de la montaña, pues estaba en un claro, cubierto de renovales, de hualles, maquis y boldos, que reverdecían frondosos a despecho de la corta y del roce de árboles, efectuado allí algunos años antes.

Hubo de atravesar la montaña, verdadero oasis de frescura, en medio de los campos emborrachados de sol. Un camino hecho a machete se internaba culebreando en la espesura, para evitar los árboles grandes. En la umbría, ahita de gritos de pájaros, los cohiles se balanceaban entre las ramas, colgando de los delgados boquis. Las copihueras cargadas de flores, salpicaban de manchitas coloradas la verde maraña de hojas y los avellanos frutecidos y semejante a un cerezal montañés, ponían una mancha clara junto a los quilantos, cuyas ramas cruzaban de lado a lado el estrecho sendero. Entre la ramazón sentíase cómo quebraban colihues los vacunos montañeros, que llegaban hasta allí saltando cercos a ramonear. Y en un claro, bajo un coihue frondoso, había un toro colorado, manchado por el oro del sol que se filtraba a través de las ramas; azotándose los flancos poderosos con su cola, mientras con la cabeza en

alto, babeante el belfo, miraba asombrado al jinete, para en seguida, dando un bufido de espanto, internarse en la montaña con gran ruido de ramas rotas.

La María ya estaba de vuelta de su jira por la vecindad. De pie, al lado de la huerta, cercada de colihues, donde coloreaban los ajíes y tomates, daba de comer a los pollos, que salían a su llamado cloqueando con estrépito, de entre las matas.

El Copo y el Pequeño, dormidos bajo la ramada, habían enderezado sus cabezas, al sentir los trancos del caballo de Miguel.

—Cómo le va, doña María—saludóla el mozo

—Para servir a su mercé. Apéese. Pase pa la sombrita a refrescarse. ¡Por la Virgen el bochorno grande! ¿No?

Obsequiosa, con la sonrisa inmovilizada en su extraño rostro, lleno de cicatrices, le tomó las riendas del caballo, que ató a uno de los postes de la ramada.

—Este Rabicano es muy perjudicioso, no lo amarro al reparo e la casa, porque le gusta estironear el techo de paja cortaora... ¿Su mercé es gustoso de servirse un pocillito de agua con harina?

—No se moleste, María, sólo pasaba a descansar.

En el estero que pasaba tras la huerta, golpeando su cristal liviano y puro, lavó la mujer una jarra y recogió agua para llevarle al joven, y puso encima de una mesita una fuente de greda con harina tostada.

—Tá fresquita, patrón, es de triguito blanco, que limpiamos a mano con Peiro, mi marío.

Aunque con repugnancia, Campos, a trueque de lograr

su objeto, se sirvió harina, tratando de olvidar y no mirar las manos descostradas y la cara manchada de la mujer.

Ella lo miraba con curiosidad. En sus ojillos había una pregunta que a cada rato pugnaban por formular sus labios.

—¿Y qué hay, patroncito, ya estará bien acostumbrao pu aquí? Tamién es bonito este lugar. Claro que no será como Santiago, pero p'al rico en todas partes se pasa güena vía. Pu aquí tamién hay varias chicuelas, que son de muy güen parecer... Y usté que es guaina—insinuó.

Miguel, algo corto de genio y poco experto en el conocimiento de la gente del campo y de la manera cómo las estilaban en sus asuntos de amor, empezó con algunos rodeos a formular los propósitos que le habían llevado hasta el rancho de la María, quien comenzó a mirarlo con extrañeza. Por su cerebro debió pasar alguna idea pecaminosa, pues su rostro expresaba más que asombro, cierto gesto pudibundo. Campos le había repetido ya varias veces, que era muy grande el favor que le iba a pedir, pero sin explicarle de qué se trataba.

—Yo se lo voy a agradecer mucho, María. Pero esto debe estar entre los dos no más, no lo debe saber ninguna otra persona. ¿Me entiende?

La mujer acentuaba su expresión de asombro e incredulidad, hasta que al fin le dijo:

—Yo el favor se lo hago; se lo hago, pero siempre que no sea de mi cuerpo, porque usté sabe que yo tengo a Peiro mi marío...

Campos no pudo reprimir un estremecimiento de asco. La sola idea aquella, le hizo subir hasta la boca la harina

que recién se había servido. Por eso se apresuró a decirle:

—¡Pero, cómo se lo ocurre, María! Si de lo que se trata es de llevarle una cartita a una chiquilla de por aquí, que me gusta mucho.

—¡Ah, eso sí! Mande no má. Yo le icía eso como a veces hay jutres tan atrevíos... Cuando una es pobre creen que es muy fautible conseguir lo que ellos quieren. ¿Y cuál niña es?

—La Felicia Ramírez.

—¡Muy güen gusto, patrón! Muy linda niña es. Y tan autera y agraosá con too el mundo. ¿Trae la carta? ¿Usté ya li ha dicho algo?

Después de un largo cambio de ideas, quedó convenido entre Campos y la María, que ésta le hablaría primero a Felicia del joven para ver si aquélla estaba dispuesta a corresponder su cariño. Una vez establecido esto, iría el mensaje de amor.

* * *

Las diligencias de doña María de los Perros, tuvieron pleno éxito. La Felicia Ramírez acogió feliz, primero los recados y luego las cartas de Miguel.

La María llevaba y traía esquelitas encendidas de amor. Luego, algunas entrevistas donde Schurch, el herrero, en cuya casa se tocaba el fonógrafo los días Domingos y se bailaba a compás de la música de este instrumento; y de un acordeón tocado por Fritz Spilman, el ayudante de Schurch, completaron el trabajo amoroso hecho por la María.

Miguel aprovechaba bien estas ocasiones, en las que conversaba tranquilamente con la Felicia, durante el baile, o cuando éste se suspendía para tomar las onces, servidas en una mesa arrimada a la pared, sobre la cual habían siempre enormes macetas de flores.

Allí, tras las flores el idilio era tibio, como las tazas de café con leche, que todos se repetían dos y tres veces, entre grandes tajadas de pan "colono" untado con miel de abeja y mantequilla. Miguel ya no necesitaba a la María para que le ayudara a hacerse querer de Felicia, pero siempre la ocupaba para enviarle recados a ésta, cuando deseaba verla, a donde la moza iba con cualquier pretexto, acompañada de una hermanita chica. Alguien, según las malas lenguas, les había visto internarse en la montaña, lo que hacía presumir que aquello de comer en verde ya había sido conseguido por Campos.

La María, ahora, andaba tanto o más "cubría" que en los buenos tiempos de "Peiro, su marío", gracias a las dádivas de Miguel. Lo más del tiempo pasaba en las casas esperando cualquier orden de éste.

—Usté ya no sali de las casas, oña María—decíanle las mujeres, cuando la veían pasar;—¿que tiene pega, pega, on Miguelito?

—¡Diligencias que nunca faltan!—respondía ella, dándose tono.

—¡Ni qu'es tuviera enamorá del jutre!

—¿Que le gustarán las viejas?—decía el vaquero Rosales con su tono burlón.

Todas estas cosas hicieron ponerse receloso a Pinocha. Fueron algunos rezongos primero, luego protestas francas

en contra de su mujer. Pichurruca, el campero, ya lo había embromado varias veces, diciéndole que su señora lo abandonaba, y parecía tener más cariño por el "jutre e las casas" que por él.

—Lo está mirando como carne e cogote a usted, on Pinocha. No se eje arriar, mire que no hay cosa pior cuando la mujer lo empieza a gobernar a uno.

Hasta que un día Pinocha ya no pudo soportar más. Se fué a donde el administrador, a reclamarle del abandono en que dejaba "su señora" la casa, por andar todo el tiempo tras de él.

—A los hablantes, naide les tapa la boca, patrón. Usted verá que mi señora no es ná perro sin amo. Y yo, hey de mirar por ella. Si a su mercé se li ofrece algo, para eso me tiene a mí... Hasta los perritos, tan alimentáos y lúcios como estaban antes, al utual si han enflaqueció, tanta andar "ruñendo" (1) pa arriba y pa abajo.

Fué así como la María ya volvió a su casa. A Miguel no le interesaba ahora sus servicios, por lo cual decidió ir él mismo donde ella, cuando se ofreciera algo. La vieja volvió a su antigua vida, haciendo de nuevo sus visitas cada tarde a una parte distinta. Todo el mundo se interesaba por "deshabarla" (2), pero ella manteníase hermética. Los pesos de Campos eran la mejor garantía de su silencio.

La más interesada en sacarle algo, era doña Angela, la mujer del tendero del Fortín.

(1) Correteando.

(2) Sacar palabras.

—Pu aquí anduvo muy corruto (3) que usté tenía tratos con el jutre e “Las Viñas”, y que on Pinocha había tenido que prodibirle la ida pa allá! ¿Jué cierto oña María?

—Coilas, oña Angelita; la gente habla tanto. Pa eso tiene la boca—contestaba ésta, con un guiño malicioso en su rostro remendado.—Cierto que Peiro, mi marío, tamién anduvo creendo, pero no era verdá.

—Pero algo habría—insistía doña Angela—como on Pinocha se puso tan cucarro...

La María no podía reprimir una sonrisa de satisfacción. Aún cuando en el semblante de su interlocutora ya iba a estallar la risa burlona, ella, sin advertirlo, casi reventaba de orgullo, gozosa de pensar en que álguien creyera a un joven enamorado de ella. Por eso, asumiendo una actitud sigilosa y casi al oído, no se pudo resistir a responder:

—Vea, oña Angelita, yo se lo voy a icir a usté no má, pero guárdeme el secreto. El jutre algo me habló, y a mí, pa qué le voy a negar, tamién me gustaba el guaina. Pero Peiro las comenzó a parar. ¡Por la vía, si una nunca aprende a tener experiencia! Yo taba bien engañá con él, y si Peiro no se hubiera puesto formal en prodibirme las idas para las casas: capaz que li hubiera faltao a mi marío, y ahora sería yo fatal, y él tamién...

(3) Corrido.

LA CARRETA DE JUAN MARDONES

LA carreta iba bordeando el flanco rojizo del cerro de "Las Minas", cubierto a retazos de frondosos macales y pequeños grupos de hualles, que llegaban hasta la cerca misma del camino, en cuyo lado opuesto se abría una amplia hondanada montuosa desde donde los pájaros ocultos entre el boscaje, dejaban oír la dulce armonía de sus cantos, saludando cada cual, a su manera, la gloria del amanecer.

Brillaba un sol espléndido, que hacía poco había asomado su disco de fuego, descolorando los macizos de rubíes que en los picos de la cordillera prendían su hoguera inmensa.

Juan iba con la garrocha en la mano, sentado en el borde delantero de la carreta, con las piernas colgantes a ambos lados del pértigo. A su espalda la Tomasa, se acurrucaba junto a las barandillas, envuelta en su manto

verdoso, su falda obscura, y tocada con una enorme chupalla que ocultaba su cara casi por completo. Sólo en el mentón rugoso, que se perdía en el surco de su boca desdentada, el sol ponía el reflejo dorado de su luz, dándole un color amarillento.

Habló el viejo con su voz cascada:

—Tan espíaos los bueyes tuavía...

La vieja, a su vez, abrió la boca, y luego replicó:

—Pobres güeicitos, quearon tan mal aveníos con la "pi-zota". Si les dió tan bien juerte... El Pájaro jué el más aporriao.

Juan Mardones asiente a lo que su mujer dice, mientras estira el brazo, poniendo el extremo de la picana sobre el yugo, y hablando a los bueyes, que han empezado a bajar al trote una de las numerosas cuestas del camino.

—Té, té, tezaaa... ¡Pájaro, Venao, chiiist...!

La carreta ha llegado al plan. Va cruzando ahora el potrero de "Las Minas", nombre que toma del cerro. Es Noviembre: a ambos lados del camino, los trigales extienden su manto de esmeralda que riza suavemente el viento del amanecer. Van tomando ya las sementeras un ligero tinte amarillo, anunciador de su próxima madurez. Dentro de poco las máquinas segadoras las cruzarán como bestias malignas para rebanarlas entre el áspero rumor de su ferretería, e ir dejando el campo sembrado de gavillas, como si una bandada de enormes pájaros de doradas alas se hubiera posado sobre él. Las espigas del cerro serán más felices que éstas: ellas oirán el canto de los segadores, y la risa de las mozas que amarran las gavillas formándolas en el molde tibio de sus brazos, y más de un beso dejará oír

su chasquido, cuando la hoz las doble en su caricia blanda y cruel, para cortarlas suavemente a esa hora del crepúsculo, en que la voz melancólica de las esquilas hace temblar su Angelus de paz entre la fronda de los montes aromados.

Los viejos van extasiados contemplando el trigal.

—Güena cosecha va a tener el patrón este año. A los ricos mientras más tienen, más les da Dios—dice Mardones.

—Así no más es—contesta la Tomasa—y al pobre tanto que le cuesta pa ganase la vía.

Mardones refunfuña algo, y apura los bueyes, mientras su mujer exclama:

—Ta güeno que te apurís, ante que queme más juerte el “pañi”.

En efecto, el sol ha salido ardiendo. Un espeso y dorado terral envuelve a la carreta, que sigue rodando lentamente por el camino inundado de su luz, y de todos los perfumes del campo que ofrece la mañana triunfadora.

* * *

—¡Güenos días on Caamaño!

—Güenos, on Mardones!

—¡Qué era de su vida, oña Tomasita!

—¡Viviendo pa no morílos, pue oña Trini!

Es en la entrada del pueblo, donde Juan Mardones ha detenido su carreta frente a la vinería de Abdón Caamaño, del cual es gran amigo.

Después de las preguntas de rigor, la Tomasa con la

mujer de Caamaño se dedican a bajar de la carreta todo lo que traen. Pollos, pavos y patos vienen revueltos aleateando y cloqueando estrepitosamente. Un gallo trintre castellano que ha logrado desacirse de sus amarras, vuela sobre el mostrador a donde bota algunas botellas y un enorme vaso, al tratar de huir cacareando desafortado, en el momento que la Trini intenta pillarlo.

—¡Gallo el diablo—grita Caamaño—me quebró el “potrillo” más lindo que tenía!

Mardones, en tanto, se ocupa de bajar un gran barril que viene en la carreta, tapado con sacos, junto con una damajuana. Ambas vasijas son para llevar los “útiles” que faltan en el negocio. Caamaño pregunta:

—¿Del tinto va llevar?

—Sí; pero me va a dar del más grueso que tenga, porque ese filtrao que llevé “cuantúa” no aguanta mezcla... Y hay que ponéle un poquito no má pa que haga la cuenta. En la mamajuana voy a llevar dos cántaros de aguardiente, d’ese más juertoncito p’al chufly.

Llenando las vasijas, comiendo causeos, haciendo paquetes con las compras que la Tomasa ha hecho en los negocios del centro del pueblo, ha llegado la hora del almuerzo, que es regado abundantemente. Las dos mujeres no tienen nada que envidiar a sus maridos en el arte de empinar el codo. Al negocio han ido entrando algunos obreros que trabajan en “La Obra”: una fábrica de tejas y ladrillos situada enfrente. Piden pan con ají y un litro de vino por cabeza; éste es su almuerzo. Algunos jinetes campesinos que vienen llegando a la ciudad, pasan a la vinería a echar la prime-

ra "remojada al guargüero". Juan Mardones ya ha empezado a romancear una tonadilla compuesta por él, única que sabe y que canta cuando está borracho, para hacer rabiar a su mujer:

La vidá si yo enviudara
otro sería el gallo,
la vidá, que me cantara...

Y después de alargarla con algunas variantes, a manera de estribillo:

Vieja mañosa
muérete di una vez
no siay cargosa...

La Tomasa lo mira riendo, con los ojos encandilados y la faz enrojecida por el alcohol. Dirigiéndose a la dueña de casa, le dice:

—¡Aguaita, oña Trini, el viejo fresco! ¡Quién le irá a hacer caso! Será por lo nuevo y boñicho qu'es.

—Viejo, pero apellinao,—apunta Caamaño, celebrando con el aludido la frase, mientras ellas casi a una voz exclaman:

—¡Miren que yunta se juntó! ¡Apenas se pueden la carretera y ya quieren correr con ella!

La tarde se ha deslizado sin sentir. Como son buenos clientes y viejos conocidos, los Caamaños los atienden bien.

Han hablado de todo. De la trilla donde el "compaire Fidel"; de la bestia mulata que se le fatalizó a don Inostroza; del tiempo que va tan malo para las chacras. De los patrones. ¡Ah! Este es el tema más socorrido, pues han hablado largamente de ello, exaltando las bondades de algunos y las mezquindades de otros. Y llegan siempre a esta conclusión: "El rico no es ná sin el pobre, y tan horcao qu'es con él".

Sin que lo noten, las sombras del crepúsculo han ido invadiendo la estancia donde conversan. Pero de pronto, al darse cuenta que la noche se avecina, se inquietan deseando marcharse.

—El camino es largo—dicen.

—¡Pst! La noche les corre pa andar—contesta la Trini.

—Pero no conviene, anda mucha gente mala ahora—replika medrosa la campesina.

Y mientras Juan, a tastabillones, pone los bueyes al pértigo, la Tomasa envuelve su dinero en el pañuelo, y lo guarda, levantándose la pollera, en un bolsillo que tiene en el refajo. Después, acercándose a la Trini, le dice al secreto:

—Présteme, por un servicio, la mamajuanita chica, pa llevar un traguito, mire que puel camino da mucha sé.

* * *

La obscuridad se ha extendido por completo sobre los campos dormidos en un sueño de silencio y de paz, que sólo turba la carreta de Juan Mardones con su chirrido desapacible que va razgando el denso manto de la noche.

Inertes van los viejos sobre ella, pues el licor ha hecho presa de sus cuerpos sumiéndolos en un sueño pesado y profundo, cual si un poderoso narcótico obrara sobre ellas.

Pero no hay cuidado de extraviarse. Los bueyes van con sus trancos lentos rumiando su melancolía a través de la obscuridad, llevando las testas inclinadas como si fueran listos para embestir a un enemigo que se ocultara en las sombras. La noche, aún cuando arriba parpadean algunas estrellas, es intensamente oscura, dando formas terroríficas a todas las cosas. Los ranchos que aparecen de vez en cuando a lo largo del camino se asemejan a bestias enormes que durmieran agazapadas entre los árboles agrupados a su alrededor como centinelas avizorando un peligro que asomara allá en el fondo del horizonte.

De algunas viviendas salen los perros jadeando un ladrido silencioso como el alular del viento, cuando en la tarde de invierno gime desconsolado su canción de tristezas entre las ramas desnudas de los álamos, y bajo el enorme desamparo de los cielos grises. Así los perros, llegan como seres misteriosos en que rodara el viento de los desconocido, hasta que, de súbito, sueltan junto a la carreta la estridencia de sus ladridos haciendo huir el silencio al fondo de los potreros, donde las reses duermen su dulce modorra, en medio de los pastizales olorosos, soñando, tal vez, en claros esteros y profundos montes que van cruzando entre el crujir del quilantar y el penetrante perfume de los olivillos...

De cuando en cuando, alguna casita muestra su luz humilde, a través del ventanuco abierto sobre la estancia, en cuyo interior la llama humeante del chonchón pinta cen-

dales negros sobre las paredes enlucida de cal. Otras veces la barba enmarañada de algún viejo pone su telaraña obscura, junto a su silueta que se recorta en el fondo de la estancia, con no sé qué de misterioso, evocando a esos brujos que habitan los bosques encantados de los cuentos de Perrault.

De repente un pájaro, volando suavemente, ha pasado casi junto al barandal de la carreta y ha lanzado un grito lúgubre y funerario:

—Tué, tué, tué...

Y este grito tiene tanto poder, es tan intensa su metálica y fría vibración, que hace despertar a Juan Mardones de su profunda modorra, exclamando:

—¡Ave María Purísima! ¡Chonchón dañino, pasa tu camino!

—¿Oyiste Tomasa?

Un ronquido que hace como un recoveco en el pecho, para terminar en un suspiro, es la contestación de la Tomasa, en tanto el hombre hace la señal de la cruz para ahuyentar al malo, mascullando entre dientes:

—Vieja bruta, no má, le pone todo el tiraje, y se cura como una burra.

Después siente la lengua seca, pegada al paladar, y en la garganta el cosquilleo de la sed. Busca a tientas la damajuana chica, pero no la encuentra, hasta que, por fin, la halla junto a la Tomasa, que la tiene pescada ferozmente del asa. Trabajo le cuesta quitársela, y luego se siente el glú, glú, de su garganta en un trago interminable, que, por fin, concluye en un "¡Ah...!" de satisfacción y de descanso. Siente que el sueño ha huído de sus párpados

y tiene deseos de andar. Lo hace poniéndose por delante de los bueyes, llevando la picana al hombro. Camina silbando con ese silbido breve y peculiar del hombre rústico y primitivo, que no imita la armonía de la música sino el grito de algunos pájaros. A ratos, intenta entonar una cueca, y lo hace a retazos inconexos.

Van bajando la larguísima cuesta de Chufquén, y los bueyes se afirman acortando los trancos y recogándose sobre sus patas traseras. La Tomasa, apoyada en las barandillas, sentada encima del cabezal delantero, sigue durmiendo acurrucada. De pronto una de las ruedas se ha montado sobre una gran piedra, que hace inclinarse a la carreta sobre un costado, para irse después en sentido contrario en fuerte barquinazo. La Tomasa se ha ido sobre el pértigo, para de ahí caer en una voltereta trágica sobre el camino, a donde es una segunda piedra que encuentra la rueda, que le pasa por el cuerpo, haciendo un ruido raro como el de algo que se troncha o se tritura. Es el cuello de la infeliz, que ha sido aplastada por su carreta, y que queda durmiendo su sueño sin fin sobre el sendero, sobre esa tierra donde nació y vivió, donde supo del dolor y la alegría, y que ahora la recoge como algo propio a su seno. El viejo, que ha vuelto a su estado de semi embriaguez, con el trago que acaba de tomar, va ahora cantando a media voz su tonadilla:

La vidá si yo enviudara
otro sería el gallo,
la vidá, que me cantara...

Y la carreta de Juan Mardones sigue rodando a través de la noche, con su chirrido desapacible, mientras los bueyes, como buenos filósofos, siguen rumiando su melancolía a través de los campos dormidos. Arriba las estrellas siguen parpadeando indiferentes a todas las visiones del mundo...

EL MAL DE OJO

REPTANDO el cuerpo, como un culebrón extraño, avanzó el hombre por entre las matas, hasta llegar al pie de un espino de tronco deforme y ramas desgajadas. Allí quedóse inmóvil, observando a unas tórtolas que picoteaban los yerbajos en la explanada brillante bajo el sol del medio día. Era un muchacho de unos veinte años, de cuerpo enjuto y facciones tostadas. Brillaban con fulgor inquieto y movedizo, sus pupilas negras, en el fondo blanco de los ojos bizcos. El sombrero de paja roto en la copa, dejaba escapar algunos mechones de su pelo negro, plumizo de caspa.

Con el busto apoyado en los codos, y las piernas levantadas en ángulo, avizoraba hacia el faldeo por donde descendía un senderillo rojo, escalonado por las huellas de los caminantes. El bullicio de una bandada de queltehues que pasaron volando casi al ras de los espinos, le hizo levantar la vista que hirió la luz radiosa del sol de Diciembre. Arriba el cielo estaba celeste. Algunas nubecillas

blancas y tenues se desgarraban deshaciéndose en la atmósfera transparente.

Bostezó el muchacho y luego estiró la mano hasta alcanzar una rama baja del árbol, que desgajó de un recio tirón. Luego rezongó entre dientes:

—Va tener que pasar pu aquí la Delmira no má. Yo la haré a que aprienda a ser vaniosa. No es chanca la que le arrimo. A ver si se va a quear haciendo risa de mí.

Abajo, en las vegas de un verdor ligeramente dorado, pastaban algunos caballos, perdidos hasta las corbas entre el pastizal. Otros soñolientos, sombreaban bajo un grupo de árboles. El muchacho monologó:

—Tá el Huacho, el Gringo, la Chancaca, el Perejil...

De súbito calló, aparragándose junto al tronco del árbol. En lo alto del sendero asomó una mujer vestida de sayas rosadas, que descendía con pasos apresurados. Traía la cabeza envuelta en un pañuelo de colores, y los brazos desnudos. Al aproximarse, en el silencio de la siesta que empezaba, pudo oírse el golpeteo de sus suecos de palo, en los talones desnudos. A media voz venía cantando.

Con agilidad felina, el hombre saltó yendo a su encuentro cuando llegaba frente a su escondrijo. La moza se detuvo sorprendida, fijando sus ojos claros con aire desafiador en él.

—¿Qué tenís Ufrasio? Déjame pasar que tengo que abreviar.

—No te apurís tanto. Tenemos que platicar un poquito los dos. Aquí me tenís que dar unas razones por la güena o por la mala.

—Mé... ¿No se te había frunció otra cosa? Déjame pasar moleéra...

Intentó la muchacha seguir su camino, pero el hombre la asió fuertemente por los brazos, forcejeando por sujetarla. Con recio tirón ella logró desacirse y trató de correr hacia el bajo. Pero el hombre la tomó por el cuerpo, mientras vomitaba insultos y amenazas.

—Suéltame, bandío, con las mujeres si que soy bien alenta. Fascinoso, espérate no má...

Con la faz enrojecida por el esfuerzo, desgredada y loca de furor, la Edelmira se defendió rabiosamente de la agresión. Sus manos se aferraron como tenazas al pañuelo anudado en el cuello del hombre, que, jadeante, trataba de derribarla, golpeándola en el rostro como si fuera otro hombre con quién luchara. Pero la mujer, entre gritos de dolor, no lo largaba, hasta rodar juntos al suelo en una lucha furiosa, defendiéndose ella con pies y manos del muchacho, que trataba de aturdira a golpes.

—Pa toa tu vía, pa toa tu vía, te tengo que dejar marcá bribonaza, yo te enseñaré a reirte de los hombres, yo te enseñaré—bramaba con la voz estrangulada por el lazo que le oprimía el cuello y que la mujer vigorosa y fiera no largaba a pesar de sus chillidos de dolor.

En el suelo ambos se debatieron rabiosos. Varios rasguños surcaban la cara del hombre, que sangraba abundante, exasperado al no poder desprenderse del dogal que lo ahorcaba lentamente. No era fuerte, y en partes la moza lo dominaba. En tanto, ella sacaba fuerzas para gritar agudamente.

—¡Ay, pues, favoréscanme de este perro!

Era día de carreras, y de pronto dos jinetes, camino de la cancha, emergieron tras una colina próxima. Divisarlos Eufrazio, y tratar de huir, fué una sola cosa. Con esfuerzo inaudito logró desprenderse de la muchacha, para internarse veloz como un culpeo asediado por entre la maraña del monte.

—¡Atájenlo!, ¡atájenlo!—gritaba la Edelmira.—¡Virgen Santa, cómo me ha dejao este sirvergüenza!

Estaba a media falda, con los pies desnudos, la cabellera revuelta y el rostro congestionado. Con los ojos casi fuera de las órbitas, mostró a los recién llegados sus ropas destrozadas y sus magulladuras.

—Estos son los hombres di ahora, on Secundino. ¡Pa que usted vea en el estáo que me ha dejao este saltiaor!

—¿Y quién jué, Delmirita por l'amor de Dios?

—¡Quién había de ser! . . . ¿Que no lo vió, entonces, al Ufrasio, al hijo de la vieja bruja di allá del Uraco?

—¿Y por qué jué?

—¿Entonces no sabe que me andaba haciendo la ruela? A la juerza quería el niñazo que lo quisieran. Ahora me salió a pegar. Pero así le jué, porque no se la llevó muy pelá.

Rieron los dos hombres. Uno de ellos ofreció:

—¿Quiére irse conmigo, al anca? Esta bestia es mansita . . .

Arrimó en seguida su caballo a un tronco, sobre el cual se encaramó la Edelmira, para saltar sobre el anca.

—Hay que dále unos chicotazos a ese tontón—comentó el más viejo—pa que aprenda a ser más hombre.

Repecharon la cuesta comentando el caso festivamente.

La muchacha, a pesar de su enojo, hubo de acompañarles en sus bromas, no sin decir de vez en cuando con gesto furioso.

—Pero le va a costar caro. ¡Aguainten cómo me ha de jao el vestío nuevo, puestecito di hoy no más! . . .

Iban cruzando el llano de Cardo Verde. De los espinos floridos levemente agitados por la brisa, se desprendía un aroma intenso. Un rebaño pastaba diseminado en las explanada, en tanto los corderillos lanzaban su balido tembloroso, levantando curiosamente la cabeza para mirar a los jinetes, y luego correr presurosas a reunirse con las ovejas. Como una lentejuela de cristal que el viento fuera enredando en los espinos, sonaba, de vez en cuando, la campanilla de la oveja madrina. Bandadas enormes de chiriguas volaban a ratos, haciendo la impresión de un aletazo rumoroso del viento, que se tornaba luego en una dulcísima vibración de trinos.

—Van a estar bien acompañás las carreras—comentó uno de los hombres.—Bien güeno pa su negocio, pues Delmirita. De las ganancias va a salir pa ir a emplier otro vestío nuevo . . .

Cerca ya, divisábanse los jinetes arremolinando sus caballos y discutiendo a gritos. Otros, en una vara colocada para el caso, los tanteaban topeando en grupos con gran algazara. Los jinetes de los "mancos cancheros" los galopaban despacio para que se fueran desprendiendo.

Junto a una mesa donde había una damajuana y grandes vasos, se desmontó la moza. Próxima a ella, una mujer, ya entrada en años, atizaba el fuego de una olleta de tres pa-

tas, donde ya chisporroteaba la grasa para freír las empanadas. Al ver a la muchacha la increpó duramente:

—¿Y por qué te ilatastes tanto? Mejor que no hubieray venío...

—Tése callá ñora, por la vía... ¿Que no me vé cómo vengo?

Luego, con vehemencia, le contó lo ocurrido. Ella la oía con interés creciente.

—Hay qu'estarse callá más vale—comentó.—No sea cosa que la bruja nos vaiga a hacer algún daño. Esa gente, ya sabís vos, Delmira, como es de maldaosa.

* * *

Realmente, todo su aspecto era el de una bruja. Apoyándose en su bastón nudoso de cacha lustrada por el uso, con la mirada aguda de sus ojos oscuros, bajo las cejas tupidas, la vieja Delfina caminaba lentamente por el faldeo, a donde se agrupaban cuatro o cinco ranchos que formaban la aldehuela del Uraco. Iba arrebozada en un manto verdoso, con el cual cubría también su cabeza. En la entrada del puentecillo que atravesaba el estero se detuvo a observar a otra mujer que, en ese momento, venía a su encuentro. Su rostro moreno y rugoso se abrió en una maligna sonrisa:

—¡Qué a tiempo, oña Jecho! Pa su casa iba a platicar un rato con usté. Alegrándome del verla, pué, oña Jecho.

—A lo propio, oña Delfina,—expresó la otra, un tanto cortada, fijando una mirada de desconfianza en su interlocutora.

Tenía la bruja la voz aguda, chillona y desagradable. En su cara morena había siempre una sonrisa mientras hablaba.

—Vea, pué, oña Jecho,—continuó.—Yo iba pa su casa a dále una satisfaución por la barrabasá d'este condena del Ufrasio, con su niña la Delmira. Como se lo pasa haraganeando, se l'entran en la cabeza no más que malas intenciones. Cómo ha d'estar de agraviá la niña. Y no es pa menos. Me ha hecho pasar tantos bochornos este flojonazo. Pero lo tengo multao de voltiarlo a palos si se asoma por la casa. Yo lo haré a que sea arzoluto. No es capaz de ganarse ni su pan, y con ganas de casáse. No digo yo, pué, oña Jecho. Más vale reírse...

Con su mano sarmentosa levantó el palo, golpeando las ramas de un boldo frutecido, mientras reía mostrando sus encías desdentadas, donde aún quedaba un colmillo carcomido y negruzco.

—Asina le ije yo a la Delmira... Hay habrá de ver usted que no la quisimos ni amolestar en dále parte de la aución de Ufrasio. Pa qué ir a enrabiar a la pobre oña Delfina, qu'es tan bien güena. Naíta de güen agrado habrá tenío ella—le ije yo a la Delmira.—Contimás que no había pa qué formar un descándalo sobre esta custión.

Habían seguido caminando por el callejón rojizo que se encumbraba suavemente entre las lomas pobladas de talhues y quillayes. Una ligera brisilla traía desde las vegas cercanas el aroma de los pastos maduros. En las ramas de los espinos ondeaban algunas notas de lana, dejadas allí por el ganado.

—Pase a descansar un ratito a mi casa—invitó salamera la Delfina;—no faltará un algo con qué hacéle cariño.

—Le doy las gracias, pero tengo que abreviar. Pa otra vez será.

La Delfina la miraba con fijeza, sonriendo enigmáticamente. Aporreando el suelo con el bastón se deleitaba contemplando a la otra mujer, en cuyas facciones se reflejaban la duda y el temor.

—Pase no má, oña Jecho. No se crea de lo que propalan los hablantes. Son puros inventos no má... Entre, entre.

La Jecho no podía ocultar su desconfianza. Todas las gentes sabían de lo que era capaz la Delfina. En su mente desfilaron vertiginosos todos los percances ocurridos a tanta gente de aquel rincón que habían sido víctimas de las maldades de aquella mujer. Habían sido muchas, y ella, por ningún motivo, deseaba ser otra de las víctimas. Pero se afligía pensando que un desaire le pudiera traer el odio de ella. Y de mal grado hubo de aceptar la invitación, aunque aparentando sentirse muy agradecida.

Al despedirse, llena de zalamerías, la Delfina le obsequió las patas de un chanco recién muerto, a fin de que se las sirviera en compañía de la Edelmira

* * *

Poco a poco, la Edelmira había ido cambiando de carácter. De alegre que era; cantora como una loica, y chillona cual una perdiz sorprendida, se había tornado melancólica y enfurruñada. Su mutismo llamó luego la atención de su madre, acostumbrada a verla risueña y locuaz. Ni

con Salvador, su primo, con quien alborotaba la casa en travesuras y gritos, se mostraba expansiva. Ahora lo recibía huraña y mal humorada, y el hombre dejábase ver con menos frecuencia por el rancho.

—¿Qué le pasará a Salvador—preguntaba la Jecho—que ahora no se allega pu aquí?

—Yo qué voy a saber—respondía la Edelmira, de mal talante;—tendrá otras partes a onde ir ahora. Pa la falta que hace tamién—concluía con gesto despreciativo.

La moza habíase ido desmejorando. Su cara ya no tenía la fresca rojez de antes, y en sus ojos no había la brillantez de otros días, cuando la salud refulgía en sus pupilas. Por las noches se quejaba despacito en su rincón y la Jecho la oía supirar hondamente. Una mañana, al volver ésta de lechar la vaca, la encontró en cama. Sorprendida la interrogó:

—¿Y qué tenís vos? ¿Qué estay enferma?

La muchacha se revolvió en su cama, visiblemente molesta. Por fin, ante las reiteradas preguntas de la mujer, expresó entrecortadamente:

—Es que me li ha puesto un dolor en el estómo. Lo paso con fatiga no má. No me dan ganas de comer. Parece como empacho el que tengo. O bien será digestión pué...

—Te voy a hacer una jarra de manzanilla con unos palitos de paico... Sanguinaria tamién le voy a echar. Vay a ver que lueitito se te va a quitar. Son dolencia pasajeras.

Sin embargo, la muchacha, a pesar de tomar cuanta posición le preparaba su madre, no se sentía bien. Habíase puesto de un carácter endiablado, y se mostraba cada vez más huraña.

Esto hizo a su madre pensar en darle aviso a don Cruz,

el famoso "meico" del lugar. Lo fué a buscar una tarde a su casa, sin avisarle a su hija, que se resistía a consultarlo.

—Aquí viene on Cruz a verte. Lo encontré en el camino, y ya qu'estaba tan cerca, le ije que pasara pa acá.

Meloso y hablantín era el viejo Cruz. Llevaba siempre consigo un bolsón de cuero terciado sobre el hombro, donde guardaba todas las yerbas, pomadas y polvos para preparar sus "contras", para combatir el mal impuesto, en el cual era especialista. Se decía que muchas gentes habían sido libradas mediante sus conocimientos. Era una terapéutica misteriosa la suya, y no le era dado revelarla a nadie. Sus ojillos azules con párpados de bordes enrojecidos observaban a la Edelmira sentada en un piso bajo.

—Si es un dolor que me le ha puesto—dijo con cierta cansera en el hablar;—es como si me le anduviera un bulto pa arriba y pa abajo, entre medio del costillar. Espués se me gana pa la espalda.

—Sí, pué,—interrumpió la Jecho compungida.—Se le gana pa la espalda. Hay es cuando es más molesto...

—Mmm... —gangoseó el viejo.—¿Y qué má?

—¡Ay, pué, la fatiga que no me eja vagar...

—Sí, pué, la fatiga no la eja—intervino nuevamente la madre.

—Y una repunancia a la comía...

—No puée ver la comía, on Cruz. No come ni una ná. Y ésta que toa su vida ha sío tan golosa...

Catarreó el viejo, golpeando en el suelo con su palo.

—Es como una lipiria la que me da...

—Mesmamente, on Cruz. Como una lipiria no más es.

—Mm... ¡Hem, hem!... Ta malasa la cosa oña Je-

cho. Este es daño el que tiene la niña. Ta a la vista: es mal impuesto. La custión es saber cómo se lo han hecho pa poder atinale con la contra. Parece que pu aquí ha puesto el ojo oña Delfina.

—¡Creo en Dios Paire! ¡Asina no má será, pué on Cruz! ¿Vís vos, Delmira? Esta vieja condená no má habrá sío, que los mandó el daño en las patas de chancho que los regaló en vez pasá... ¡Hasta cuándo irá hacer otomías esta mujer!

—¡Ey tá!—exclamó triunfalmente el “meico”.—En las patas de chancho ha sío. Ya con eso ta más fácil pa dale la contra a la niña. Eso que ice ella li anda, son cadejos de pelo que se li han formao con el daño aentro del cuerpo. Mm... Por primera, tiene que hacéle unas friegas a onde siente las dolencias, pa insolver el bulto que se li a formao. Las fletaciones deben precipiari al primer canto del gallo, porque esa es la hora, qu’el daño se apodera en el cuerpo del cristiano. Las friegas han de ser en cruz, y hay que rezar una salve para que el malo no si allegue a malograr la contra. Por cada vez que cante el gallo tiene que estar viva el ojo pa contestar redoblando: “Andate daño, y no volvai ni en un año; ni en dos años; ni en cuatro años”, y así... siempre redoblando. La niña ha de ir respondiend: “Santa María, sácame esta brujería”. Antes de precipiar las fletaciones se desparramará un litro de leche en cada esquina de la casa, por si se quiere aposentar otra vez el mal, que muchas veces se mete en cuenta de sabandija, y lo echa con la baba apenas el enfermo se quea dormío. Asina nó, porque se quean lambiendo la leche. Aquí está el ingüento sin sal, preparaito con toos los mistos. Tiene

que tenélo guardao en una olla de grea tapá con unas ramitas de palqui, porque el palqui es bendito. Así va a quear listita pa cuando venga a dale el gomitivo. Me tendrán una braserá grande de juego pa quemar altirito lo que bote. Tamién romero, con eso la fragancia se come la pestilencia. Muy aconveniente es me tenga contra yerba, barraco y hojas de patagua, por si le quea empacho. Tamién unas varillas de paico por si se pega un algo, y sauco por si le baja fiebre. La niña no puée comer ni una ná. Matecito lo único y con un piacito de tortilla sin sal.

* * *

Poco antes de la media noche siguiente, don Cruz, daba dos golpes solemnes en la puerta del rancho de la Jecho. Dentro ardía un brasero repleto de fuego. Era una fresca noche de fines de Marzo. El viento se enredaba en los cercos para jugar con las hilachas dejadas allí por el ganado. En la habitación, la Jecho arreglaba sobre una mesa, a la luz del chonchón, los últimos preparativos, para la operación que debía efectuar don Cruz.

—¿Cómo ha seguío la Delmira?—interrogó éste al entrar.

—Ha estao más aliviá hoy, con las fletaciones, on Cruz. Limpióse el viejo los bigotes en el largo poncho con que se cubría. Bajo éste se levantaba el bulto del bolsón de cuero que le caía sobre la cadera. Luego, entre abriendo la puerta, avizó hacia la obscuridad.

—Ya falta poco pa las doce— dijo entre dientes. — Mm... Si el gallo se ailanta en cantar, es muy güen indicio. Quiere icir qu'el daño ya está blandito pa salir.

Entre tanto, la enferma permanecía en el lecho silenciosa. Su cara no se veía en el rincón obscuro. Apenas se advertía su cuerpo bajo las ropas. Sobre una pequeña mesa ardía el lamparín. Lenguas negras, tal si fueran formadas por crines, que a ratos se abrían como la cola erizada de un reptil monstruoso, proyectaba el humo en la pared. En un jarro de lata había vaciado el viejo su mixtura, a fin de tenerla lista, para cuando llegara el momento de dársela.

--La contra yerba, el barraco y las hojas de patagua póngamelas a hervir. En tiesto aparte la sanguinaria y el sauco. El romero lo tiene a la mano pa quemálo cuando yo le avise. En esta cuestión hay qu'estar muy alberta, oña Jecho. Usté Delmirita alléguese más pa l'orillita de la cama.

No obstante las órdenes, la mujer, sobrecogida, quedóse junto al brasero. El viejo, con su tiesto bajo el poncho, esperaba el momento, refunfuñando entre dientes en forma incomprensible. Había un callar inquieto, pues el más insignificante ruido provocaba en las mujeres un sobresalto angustioso. A ratos el viento se colaba bajo la puerta, con un suave gemir, como el de un ser desvalido, venido del fondo de la noche, para buscar el amparo de la lumbre aquella que, proyectaba su luz roja en la parte baja de la pared. El relinchar lejano de un potrillo estremeció el silencio. Luego el grigri ininterrumpido, como el de un reloj misterioso, lo encalmó nuevamente en un tensa espera. Hasta que de pronto, como palmadas acalladas, se sintieron los aletazos que preceden al canto del gallo. Después, casi en seguida, como un puñal agudo, que se alzara para rom-

per el manto de la obscuridad, éste se sintió recio y vigoroso, para terminar bruscamente.

Don Cruz, inmediatamente, echándose la manta al hombro, había pasado su brazo bajo la cabeza de la Edelmira, mientras con la otra la hacía ingerir el brevaje. La muchacha lo tragaba convulsa, retorcido su cuerpo casi en el acto por las bascas que le producía el gusto de aquel menjurje. Pero el hombre, con una expedición extraordinaria, no la soltó sino después de habérselo dado todo.

Cuando la enferma hubo devuelto todo aquello que había ingerido, don Cruz ordenó apagar el chonchón. La habitación quedó apenas alumbrada por el resplandor del brasero. Otra vez tomó la cabeza de la muchacha, introduciéndole los dedos en la boca. Esta se ahogaba y trataba de desacirse gimiendo:

—¡Ay, pué; ay, pué!...

De pronto un sonido gutural como el croar de una rana resonó. El viejo gritó a la mujer:

—Ya va a salir, ya va a salir. Téngame listo el romero.

Otra vez el mismo grito; y luego una exclamación gozoza:

—¡Ya lo tengo, oña Jecho; ya lo tengo!

La mujer, sobrecogida de terror, se apretaba junto a la puerta con el haz de yerbas en la mano. Cuando el méico se acercó al brasero, no pudo reprimir un grito de espanto. Bajo el poncho éste había echado al fuego algo que gritaba como una rana. Un instante la mujer creyó que era el viejo quien gritaba así. Pero la voz muy distinta de éste la sacó de su estupor.

—Ahora el romero— decía imperiosamente— échelo al juego.

La pieza se llenó de humo, de un olor penetrante y acre. El fuego chirriaba como si hubiera grasa en él.

Después el viejo tornó a donde la Edelmira, que se quejaba angustiada. Tomándola de los brazos se los alzaba hacia arriba, y luego hacia los lados. En tanto ordenaba:

—Abra las puertas. ¡Ahora con las varillas de palqui, azote, azote, azote, oña Jecho, azote too!

Febril la mujer, azotaba los trastos, la cama, las mesas, quebrando varillas que reemplazaba apresurada por otras. Don Cruz gritaba a cada instante:

—Azote, oña Jecho, azote, azote...

En ese momento la luna alumbró débilmente en una esquina del rancho. Junto a unos litros próximos un zorro dejó oír su ¡huac, huac! burlón.

Don Cruz, fatigado, se limpió la frente exclamando:

—¡Asustao gritó el zorro... el malo que va arrancando!...

Desde lejos la mujer gritó aproximándose al tranco lento de su cabalgadura

—¡Cómo le va, pué, oña Jecho! ¿Y cómo ha seguido la Delmirita?

—Bien poca es la mejoría que ha tenío—replicó la interpelada, con aspecto compungido.—Parece que el mal no salió too...

—¿Entonces no li han obrao los remedios de on Cruz? Cuando siempre es tan acertaor.

—Ahora ha sío por demás. No ha podío cundir con la Delmira. La fataliá del pobre será pué.

—Me voy apiar un ratito pa pasála a ver.

—Si nos ta ná aquí. Se jué hoy pa Tomeco, porque, según Salvador, que tamién tuvo cuantuá a su mujer enferma, hay allá una señora que no la yerra nunca pa curar el mal impuesto. Yo la mandé con él por ser más vaquiano pa andar p'al pueblo.

—Mire no má. Como él es más conoceor la va a favorecer un porción. Jué una fortuna que Salvador la acompañara...

—Sí, pué, una fortuna jué que tuviera voluntá pa ir. Continás que siempre han sío primos muy queridos. El la va a guiar bien por que no es naíta e lesó el chicuelo...

LA CHASCUDA

—**B**UTUTUY! Dejó muy gruesasa la tortilla, pué, oña Meche, va a salir bien cruona.

—Con ajicito machucado y calentita, ni se notá. Pasa pa entro suavcito—contesta el viejo Juan Inostroza, al rezongo del Rale, como llaman al vaquero de la montaña; que esa noche, de vuelta del pueblo, a donde fué a dejar una partida de novillos de engorda, ha pasado a conversar un rato con Felipe, el campero de Reñico.

La Mercedes sostiene de canto, junto al fuego, el enorme disco blanco de la tortilla, que ha sacado del rescoldo para ver si está cocida. Es una mujer flaca, de ojos escondidos bajo la prominencia de la frente, y de las cejas un poco erizadas que le sombrean las cuencas. Con una paletita de madera golpea la tortilla y luego replica:

—Parece que está equivocao usted, mi hijito. Tiene güen son, va a quear bien cociita.

Aparta en seguida la roja ceniza de despunte de robles, y luego agrega:

—Hay rescoldo pa cocer diez tortillas al igual d'esta.

Felipe, que está tendido sobre los pellones de su montura, da un enorme bostezo y dice dirigiéndose al Rale:

—Si sali crúa no comís ná, pué. Naide te está obligando.

La vieja Mercedes ha seguido revolviendo el rescoldo. El rojo reflejo de la ceniza colorea su semblante. Da una chupada al pucho, y en seguida lo deja sobre uno de los ladrillos que tiene cerca, para tapar de nuevo la tortilla, mientras comenta llena de confiada satisfacción:

—Va a salir bien güena, ya no se ilata ná.

Es una noche de Octubre: noche de viento que baja de la montaña, retorciendo su lamento entre el follaje de los montes, recién cubiertos de hojas. Hace frío aún. En la cocina los trabajadores, mientras fuman recostados sobre sus "monos", conversan, haciendo humear sus cigarrillos de hoja. Aburto, el esquilador, machaca en una piedra cóncava, unos cuantos ajíes rojos que ablanda con un poco de agua tibia.

Mientras los tizones humean, resuenan de vez en cuando como explosiones, los eructos de los hombres que ya han comido las pancutras, en tanto, en el rincón obscuro de la ranca algunos duermen con poderosos ronquidos, y otros cuentan graciosas historias de Pedro Urdemales. Cerca del fuego duerme el Topacio, el perro de Felipe, rendido de corretear por entre los montes, y de ladrar tarasconeando a los novillos de primera enyuga, rebeldes para recibir la coyunda. Está hecho un ovillo. Es negro, de fino y lustroso pelaje, con las patas amarillas. De pronto empieza a gemir con un gruñir angustiado, que se convierte en ladridos cor-

tos y temerosos como suelen ladrar los quiltros nuevos. Felipe, aparentando enojo, increpa al perro:

—¿Qué tenís, animal gilidioso? ¡Topachón, asosiegate!

El viejo Juan Inostroza, el dueño de la yegua castaña, de la cual vive enamorado, como de una niña bonita, habla con su manera especial, como la de los mapuches, entrecortadamente:

—Pa mí qu'este perro tiene el malo aentro. Yo siempre me hey fijao que cuando se quea dormío, nu es ná como los otros perros; éste se lo pasa gimiendo y de repente se levanta y parte como un condenao pa juera a lairar a la sin rumbo. Lu hallo tan pareció al perro que me salió cuantuá, allá en el Paso Malo. Hace montón di años d'esto. La Muñequita taba bien potranquita tuavía, ni la tusa li había voltiao.

—¿Y cómo jué eso?—pregunta la Mercedes.—Iría bien "pasaito" usté.

—No, oña Meche, sano y güeno; iba yo p'al fundo del "Carpicho" a ver a un patrón que había sido muy regüeno conmigo, cuando en el cruce del camino p'al Pajal me perdí, porque yo no era muy vaquiano en ese tiempo por estos mapos. Taba la noche biën obscura; yo iba en la Muñequita, que tenía bien pocas ensillas tuavía, cuando la potranca me le principió a espantar. Yo créida que como era bestia nueva iba mañeriando, cuando e repente ¡Taitita Dios!, detrás di una huallisá un perro negro con la bocaza abierta, y roncando mesmamente que cuando el líon tá enojao, me salió al encuentro. Era negro con las patas cafeses. Tenía los ojos coloraitos, y parecía que le salían llamas d'ellos. Como sería la clariá que se le veida l'hocico lleno

di un espumarajo blanco, como si tuviera algodones pegaos en él. Jué tan grande el mieo que me dió, que ni supe como me tiré a toitita rienda por la bajá e "Los Culenes", y el perro al láito, no mi aflojaba paletíandome, siempre con el ronquíu, hasta que al llegar a las casas del "Carpicho" se me espareció, dejando un olor a cacho quemao. Pa qué les igo como quedó la pobre Muñequita, casi se cortó. La tuve que ejar largo más de un mes sin atocarla espueés.

—¡Por la vía la coila grande, que echó on Inostroza!— exclamó el Rale, cuando el viejo concluyó de hablar.—Ni la pensó pa largála.

Mientras el viejo relataba el caso que le había ocurrido, habíanse ido acercando a la orilla del narrador los demás peones que conversaban en el otro extremo de la ranca, para oír ansiosamente el relato. Al resplandor rojizo de los tizones, podía verse en sus semblante la emoción con que oían aquello que, su credulidad aceptaba agrandando fantasiadamente lo acontecido. Sólo el Rale sonreía burlón. El no creía en patrañas de brujos ni aparecidos. Eran todas para él, inventos de viejos embusteros y miedosos.

—No te riay hó—habló Felipe,—mira que cuando menos pensís una d'estas noches te va a pasar una mano bien pesá.

—Icen qu'el malo le sali a uno según como si haiga portao en el día—exclamó la Mercedes.—Acuérdate vos, Felipe, lo que le pasó ahora tiempo a on Navarrete, el dueño de la hijuela Larga...

—La purita que así no más es—repuso el campero;—ese jué como un castigo por su mala aución.

Los peones se habían ido sentando como los mapuches,

sobre los talones, y se oyeron varias voces pidiendo se contase el caso.

—Yo se los contaré — dijo la Mercedes.—On Navarrete era el dueño de la Hijuela Larga, que después le vendió al patrón. Era miserable, y siempre les embrollaba algo a los niños que le trabajan. Una vez le dió un trato a on Segurita, pa que le desaguara un pajonal que tenía en la hijuela, y espues li alegó que la acequia no servía, porque no le había sacao bien el chaflán, y se le había errumbao en varias partes. Quería que se la hiciera toa de nuevo y por la mesma plata. Claro que on Segura no li aguantó el salto, y le cargoseó por el pago de su trabajo. Y una tarde que el veterano se puso firme y le ijo que no se movía hasta que no le diera su plata, el gringo se enfureció y le dió una frica e palos hasta ejarlo bien mal herío. Como era amistao con los jutres que mandaban en el pueblo, no le importaba ná hacer cualquier otomía con el pobre. Pero no sabía ná lo que le iba a pasar. Resulta que como dos o tres días espues de la paliza que li allegó a Segura, se le enfermó la mujer. Le dió a media noche un lipiria y espues se estarpó lo mesmo que cuando una acequia se lleva el taco. Toas las tomas que le dió no li obraban, y on Navarrete no tuvo más que cortar p'al pueblo a buscar el deutor.

Tamién icen que estaba la noche bien obscura, y el gringo, pa abreviar camino, agarró a lo derecho, por el potrero de "Los Conejos", pero en lo mejor qu'iba galopando ¡zás! se le apareció una bola e juego más alta que la ruesa di una carreta emparbaora. La bestia comenzó a amujar las orejas, y por más que on Navarrete la azotó y la clavó, no la púo hacer andar. La bola iba dando güeltas y abriendo

como un uraco en el suelo, di a ónde salían llamas verdes y azules. Cómo sería aquello que la zorra comenzó a gritar en el monte. Los pájaros salían volando y aletando a estrellones mesmamente que si estuvieran ciegos. La bestia se le tramó a corcobos, y como el español no era muy di a caballo, luego lo plantó a tierra. La sonajera de las ramas no se entendía, y el juego lo iba encerrando, hasta que on Navarrete apretó a correr como si toos los brujos e la cueva de Salamanca lo jueran persiguiendo.

Cuando llegó a la casa, ya la ñora si había muerto, y él queó tan mal avenío, que ni al entierro pudo ir. Tuvo largo más de dos meses en la cama y apenas se amejoró le buscó la venta a la hijuela, y se las peló e pu'aquí.

Todos han quedado silenciosos cuando la Mercedes calla. Parece que un halo de misterio fuera invadiendo la estancia. Un pedazo de pellín enterrado en la ceniza se ha ido descubriendo y muestra su punto rojo que brilla como un ojo maléfico del cual fuera brotando, una columnita de humo, semejante a la barba de un brujo, cuando se arremolina en lo alto del techo con el aire que se filtra por la quincha.

Afuera el viento sigue aullando lamentosamente. Un zorro lanza su huac-huac, burlón como una carcajada satánica. Apagado por la lejanía, llega el bramido de los vacunos que ramonean en la montaña. Oyese cual si fuera el quejido de un animal herido, que ya fuera a expirar en medio de las tinieblas.

—¡Chist!—dice el Rale;—oña Menche les entró el habla a toititos, con la talla de on Navarrete. Pero ese no será el motivo pa que no los comamos la tortilla. Prendan el

chonchón, pué, hó. Cómo vamos a comer a atentones aquí.

Han prendido el chonchón, pero está tan seco, que empieza a humear espantosamente, y con tal hedor que optan para apagarlo. Para alumbrarse prende la Mercedes algunas "chamizas" de la leña de despuntes, que hay amontonadas en un rincón. Han quedado preocupados y todos los ruidos del exterior parecen hacerlos estremecer. La puerta de golpe situada en lo alto del callejón, por donde se entra al rancho, ha quedado sin su amarra, y se mueve sobre sus goznes enmohecidos por las aguas del invierno.

De pronto el tañido de una campana ha cruzado como un grito de angustia, el silencio susurrante de frondas, de la noche campesina. De cuando en cuanto, el tañido sigue volteando, tan tristemente como si tocara a muerte. Es el viento que empuja la campana, haciéndola sonar. Las casas de Reñico están solas, pues los dueños del fundo se encuentran en la ciudad. Felipe con el Rale y los demás peones se han asomado a mirar hacia ellas, pues están edificadas sobre una colina. En el cielo densas nubes negras viajan hacia el mar, empujadas por el puelche. La luna llena ha abierto un agujero en ellas, para alumbrar el edificio, cuyas galerías se ven iluminadas, como si se estuvieran incendiando.

—¡Creo en Dios Paire!—dice la Mercedes.—Ni que el malo l'es tuviera prendiendo juego a las casas.

Felipe, con su aspecto gruñón y arisco, dice con su hablar ronco:

—Yas tá el viejo Foret, pitando su cachimba. Icen que la noche que se murió no se podía aguantar el olor a azu-



fre, onde el diablo se lo llevó, porque tenía tratos con él, es que...

Foret era el apellido de un viejo francés que había sido largos años administrador de Reñico, y había muerto en las casas del fundo. Los campesinos contaban que en las noches, cuando la luna alumbraba las galerías, lo habían visto después de su muerte, fumando su cachimba, en los rincones de éstas, y en seguida, acostumbrado en vida a tocar la campana al primer canto de las diucas, iba a tirar el cordel de ésta haciéndola sonar quejumbrosamente.

El Rale ha quedado un tanto serio ahora, sin embargo, aparentando gran indiferencia, ha tomado su chicotera para marcharse a la montaña. A manera de despedida, dice al salir:

—Me voy ante que sigan isparatiando más.

—Veremos si voy a estar tan guapo cuando te salga la Chascúa, en el bajo del Guindo—le contestan desde dentro burlonamente.

* * *

Hermoso caballo el de Ramón Miranda, el Rale, como le dicen por su barba escasa. Es de firmes remos y altiva cabeza, que vuelve relinchando despacito, cuando su amo descuelga las riendas del garfio, adherido a la vara, para montar sobre él. De un brinco está arriba, haciendo rodar en sus flancos las grandes rodajas de sus espuelas.

Cuando llega al alto, lo acoge el viento de Octubre cargado de fragancias. La noche es rumorosa, entre los montes que hay a la vera del camino, desde donde bajan las que-

bradas misteriosas, en las que hay ruidos extraños, como si seres encantados laboraran entre la espesura de los árboles. Los trancos del caballo, resuenan firmes sobre el suelo endurecido por el seco viento primaveral. Con sus patas va desmoronando terroncitos, que ruedan por el camino, con un ruido semejante a las pisadas de un caminante oculto en las sombras, que viniera tras el jinete, siguiéndole cautelosamente.

Tiene su melancolía esta noche de primavera; es como si todos los perfumes de la montaña turbaran el espíritu del caminante. Ramón Miranda, con las riendas apuntadas junto al pecho, ha liado un cigarrillo que prende diestramente contra todo el viento. Hay un leve sobresalto de su espíritu, que va aumentando gradualmente mientras repecha los cerros adustos, en cuyos flancos se ven cerca del camino los árboles secos erguidos entre las pequeñas sementeras extendidas en los claros de la montaña. Parecen fantasmas arrebuajados en un manto negro vigilando los caminos. Los hay erectos como si estuvieran preocupados de contar las estrellas; otros agobiados de soledad se inclinan bajo el peso de sus cuerpos sin vida. Algunos en actitudes extrañas, el tronco retorcido y los brazos abiertos, parecen felinos monstruosos listos para dar un salto espantable sobre el viajero que no tiene otro amigo ni otro amparo que el camino. Arriba las nubes han tapado la luna, y sólo hay un levísimo halo de claridad. El tragal se besa en ondulante susurración de caricia sin fin. La seda de su verdura no se ve, pero es como si el viento tomara formas corpóreas y ondeara casi al ras de la tierra.

El bramido de un ternerillo llega con el viento, como una

súplica desesperada en medio del campo que a ratos clarea, con un claror levísimo y fugaz, que apenas da formas a los tranqueros de palos redondos, recostados a la orilla del camino. Hay olor penetrante a ulmos, a canelos y a boldos, a tierra abierta de cuyos surcos brota un aroma áspero y fresco, que a ratos parece humedecer, evocando al pajonal, el cornetín aflautado y retorcido de un pidén que lanza su riu, riu, intermitente.

Ramón Miranda ha plantado las espuelas, derecha y enérgicamente a su bestia, cuando ésta, nerviosa y robusta, da un bote bufando y amuzgando las orejas. Como un lampazo que súbitamente hubiera adquirido vida, un zorro se desliza a través del camino, para ir a detenerse a media falda, donde lanza su grito burlón, que es como un mal augurio al caminante.

Sin embargo, el Rale es valiente: no tiene miedo a la soledad de la noche, ni a los aparecidos que rondan los caminos, en acecho junto a los troncos, o colgados del brazo de un árbol, contorsionados en una danza grotescamente macabra. No obstante se siente turbado. Las historias de Juan Inostroza y de la Mercedes, de las cuales él también tenía una vaga idea, han puesto una inquietud en él. Recuerdos de cosas semejantes se van agrupando en su mente, retorciéndose como si fueran culebrones negros, que subieran hasta él, desde las laderas cubiertas de helechos. Negras nubes impiden obstinadamente que la luna inunde de blancura la serranía, enrollando en su lazada de tranqueros, al cerro que nunca concluye de encumbrarse.

Un palo alto que hay en un recodo le recuerda una no-

che, en que después de haber asistido al velorio de un montañés, llamado Gregorio Tapia, creyó verlo parado, sobre las trancas, por donde se entraba al rancho donde éste vivía.

El Rale se siente molesto y fastidiado. Le da rabia pensar que él puede tener susto. El, que ha andado noches enteras, sin otro amparo que la obscuridad, cuando ha ido a la frontera argentina, a buscar arreos y nunca ha sabido tener miedo a nada.

—Esos tontos aucioneros me han puesto así—rezonga.

Y apuntando las riendas firmes al caballo, lo pone al trote mientras silba. Pero su propio silbido es como una aguja que le penetra en el cerebro. Ya va a llegar al bajo del Guindo, donde los maquis pródigos en el estío salen a ofrecer sus frutos a los viajeros y donde los avellanos se abrazan con los peumos. Es allí donde aparece la Chascuda, y Ramón Miranda, entre sobresaltado y resuelto, ha dejado de silbar, para refunfuñar entre dientes:

—Ojalá me saliera, porque la esparecía di un rebencazo.

La punta de una rama se ha enganchado en su poncho, y como por arte de encantamiento, junto con el recio estirón con que ésta se desprende, ha caído sobre él, el cuerpo largo y ondulante de la Chascuda, que se le ha sentado sobre la cabecilla del avío. La luna a través de las nubes menos densas ahora, ha extendido su claridad, que hace ver a Ramón, con los ojos agrandados por el espanto, el cuerpo delgado y negro de aquel fantasma, envuelto en una falda larguísima, que ondea junto al cuello de su caballo. En la cabeza desgrefñada sólo ve dos ojos pro-

fundos que le miran con una fijeza abrumadora y terrible desde el fondo enigmático de sus cuencas oscuras.

Enfurecido enarbola el ramal, tirándole un feroz golpe, que va a dar junto a las orejas del caballo, el cual dando un bote, sale resoplando, disparado al galope. El Rale, poseído por el terror, viendo que por más golpes que da a la Chascuda, ésta se allega más a él, no atina sino a clavar las espuelas al caballo, que se ha lanzado en una carrera vertiginosa y loca, estironeando las riendas a través del accidentado camino de la montaña.

Ahora el hombre no piensa en nada. El mismo mechón flotante de su bestia lo ve agrandado, y como un pájaro negro en medio de las orejas de éste, ondea con sus alas rizadas por el viento. Sin darse cuenta ha entrado al campo abierto, donde están, silenciosas e inmóviles, las máquinas del aserradero, cansadas de aullar todo el día dolorosamente, como si expresaran el rugido angustiado de la selva.

Lleno de palos, el potrero hace tropezar varias veces al caballo, que, vigoroso, se ha enderezado desde el mismo suelo, a donde ha revolcado su hocico babeante de jadear, palpitantes sus ijares por la fatiga. Hasta que, por fin, sus cuatro patas se enredan entre los lampazos para dar en tierra con su jinete, a donde quedan ambos, extenuados de cansancio, el uno, y enloquecido de terror, el otro.

La luna llena ahora, desprendida de las nubes, cuyo convoy obscuro sigue flotando hacia el mar, ha alumbrado todo el campo, dándole un aspecto fantástico. Los montes, con su fronda oscura, son los únicos que manchan el lago blanco, en que la luna lo ha inundado todo. Caprichosa-

mente esparcidos los trozos de pellines botados, como gigantes vencidos en descomunal batalla, yacen sobre la explanada del aserradero, desde donde bajan las quebradas de helechos, entre los cuales un torrente reza su interminable letanía.

Tarda algún tiempo el cerebro del hombre en volver a recobrar el dominio de sus facultades, hasta poder darse cuenta de cómo la Chascuda se ha diluído en el silencio nocturnal. Sus ojos de abismos se han perdido en la blancura del campo, y de toda ella, no ha quedado otra cosa que la tira larga del pañuelo negro del hombre, extendida sobre su rostro, donde flota ligeramente estremecida por el viento...

EL CASAMIENTO DE LA ROSA LASTRA

IBA yo saliendo del potrero de "Los Cardos" cuando me encontré en la puerta con Otárola (Tarula como lo llamaban todos allí), el amansador de la hacienda que venía por el callejón, montado en un potrón negro que andaba domando. Apenas el potrillo me divisó, dió un bote sacando el cuerpo, poniendo las orejas como agujas y resoplando asustado, mientras el hombre lo tranquilizaba, sin usar de la espuela, palmeándolo en la tabla del cuello, y chistándolo en voz baja pero enérgica. Luego, sin darle mayor importancia a la cosa, me preguntó:

—¿Qué hay patrón, y usted no va p'al casamiento?

—¿Qué casamiento?

—¡El de la Rosa Lastra, pué ñor! ¿Qué no sabe que estaba de novia con Goyo Monsalve?

—¿Quién es ese?

—¿No se acuerda del dueño de la bestia alazana, aquella que echamos a correr allá en la Villa, p'al dieciocho? Ahora si que se acordó, ¿no?

En efecto, me acordé de Goyo. Era un campesino gordo rechoncho, que trabajaba en la fragua del fundo como ayudante del maestro Herrera. Me extrañó lo desigual de la edad de ambos. La Rosa era una muchacha que no pasaba de los dieciocho años, en tanto el hombre con quien acababa de casarse andaba bordeando los cincuenta.

—Hombre—dije a Tarula—qué barbaridad la de Goyo, casarse con esa mocosa.

—Es que on Monsalve—me explicó éste—es muy pasionista. De que se monta en el macho no hay quién lo apee. Agarró el carpicho con la chicuela y jué inútil too lo que dijeron d'ella. No paró hasta que salió con su porfía.

—¿Y tú vas a la fiesta ahora?

—¡Claro, pues, patrón! Son tan escasas estas cuestiones pu aquí que no hay que perderlas. Continás que icen que va estar muy lapé. Han acarriao muy buen licor y harto que comer

—Oye Tarula—dije al amansador—me gustaría ir a la fiesta, pero el asunto es que a mí no me han convidado y temo que no sea bien visto que vaya a meterme allá así no más.

—¡Chis! Las cosas del patrón. Si entre los pobres no es ná como entre los ricos, que cuando se casan mandan un propio con la carta p'al convite. Entre los pobres se convida así de boca no má, y al que no se ha visto, no

importa, en sabiendo la "dá" se allega a lo bueno sin más aviriguaciones.

—Pero yo ni amigo soy—le objeté aún.

—Oiga, patrón. Yo le diré que estoy envitáo. Y como icen que un conviao puede llevar a cien, lo llevo yo. Pero primero voy a ir a darles parte, pa que estén sobre aviso y no pasen un acholo. A los pobres siempre les da vergüenza cuando llega un jutre a su casa.

Y sacando al trote corto al potrón, para que no se "prendiera", tomó el atajo que conducía a la casa del viejo Lastra, a donde se celebraba el casamiento.

* * *

Ya estaba cayendo la tarde, y el sol iba huyendo a las alturas de los cerros, cuando llegamos a la fiesta. Abajo corría un fresco viento del sur, que arremolinaba junto a los tranqueros las primeras hojas con que el otoño iba alfombrando el camino. Desde éste, ya se notaba un movimiento inusitado en la casa de Alvaro Lastra, de ordinario tan tranquila. Junto a la vara se agrupaban los jinetes ya entusiasmados, con las libaciones del día. Había caballos amarrados por todas partes; bajo los perales, en los tranqueros y en las ramas de la cerca viva, que separaba la huerta del patio, junto a la cual en los demás días vagaban los chanchos y se revolcaban las gallinas, dando placidez y singular encanto a aquel rincón.

Ahora se oía dentro el rasgueo de la guitarra, y la voz gangosa de la cantora, que empezaba una de esas cuecas bien alarmantes y acompañadas:

En Santiá... En Santiago cantó un gallo,
y en la Sé... Y en la Serena se oyó...

Apenas me acerqué al grupo que había junto a la puerta, pude ver a muchos conocidos. Allí estaba Clodomiro, el campero; Ponce, el mayordomo; Lucas Rebeco, el capataz; don Vidal, antiguo mediero del fundo, y muchos otros sirvientes y empleados de la hacienda. Todos al verme se acercaron a saludarme, ofreciéndome el primer trago en un "potrillo" rebosante de chicha.

—Es de la crúa, patrón. Póngale sin miedo, que con ésta es capaz de sacar un ánima del purgatorio.

En la estancia grande del rancho estaba el grueso de la concurrencia. En ese momento Ernesto, el vaquero, bailaba una cueca de punta y taco con la Simona Garrido, que no se rendía al mozo, el cual, con la vista iluminada de intención y el pañuelo en alto, la asediaba persiguiéndola al compás de la danza, mientras ella con los ojos bajos escobillaba, graciosamente, la cueca, llevando la falda arremangada a prudente altura.

El clamor era de un entusiasmo indescriptible. En la guitarra las ganaba Julio, el llavero, con tal furia, que era de admirarse cómo podía resistir la caja del instrumento sin romperse. Los demás, formándole rueda, aplaudían a rabiar, palmoteando y animando con dichos y epítetos entusiastas:

- ¡Voy a ella, un estrella!
- ¡Voy a él, un clavel!
- ¡Cómetela picho! ¡Voy a la pollita!
- ¡No le aflojís, Simona!

Cloro, ya completamente borracho, canturreaba débilmente con la cabeza caída sobre el pecho:

—¡Arribita! ¡Abajito!

De repente se oyó la voz ronca de don Vidal:

—¡Aro, aro, dijo el traro, cuando me canso me paro!
Una copa a la salud de los novios.

Ponce, entre tanto, ofrecía tragos gritando entusiasmado:

—Póngale gente a la loma y perros a la quebrá, hasta que la ñebla tupa, y si la zorra se arranca, póngale chincol de tranca, patroooooon...

Hasta ese momento yo no había visto a los novios. Estaban sentados junto a la pared, tras unas macetas que habían sobre la mesa, en unos tarros de salmón, que servían de floreros.

La Rosa Lastra, alegre como siempre, aunque un poco "acholada", se adelantó al centro de la pieza, para servirse el trago. El marido, ya a media mona y maltratado con el viaje al pueblo, que recién había efectuado, estaba quedándose dormido. Hubo de llamarlo la Rosa entre alegre y enojada:

—¡Andele, pué, on Goyo!—Y por lo bajo:—¡Qué irán a icir los de la compañía!

—¡Que vivan los novis!—gritó la concurrencia.

—¡Una cueca pa los recién casaos!

Y la pareja hubo de comenzar la décima, por lo menos, cueca del día. Tenía cierta gracia picarezca la Rosa. Con su pañuelito rojo en alto que ondeaba como una llamarada, y su vestido lleno de chaquiras, arremangado con donaire, bailaba con provocativo desplante, encerrando a Goyo, que

jadeaba, haciendo temblar el piso cuando intentaba zapa-tear la cueca. La moza, como un venadito salvaje, se escurría de su lado engañándolo con la sonrisa burlona de su boca desdeñosa, rojos los carrillos por el esfuerzo, mientras a sus ojos asomaban como dos lucesitas las saetas de malicia que parecían decir al hombre:

—¡Connmigo no te vienes a jugar!

Sin ser hermosa la picaruela, tenía, sin embargo, ese encanto un tanto áspero y fresco de las flores campesinas. Amplia la frente, de nariz regular, con el pelo castaño, peinado en dos trenzas, una de las cuales le caía sobre el seno henchido bajo el corpiño, tenía un atractivo singular que residía más bien en su simpatía que en los rasgos de su cara.

Y había sido muy historizada en la hacienda aquella Rosa Lastra. Decían los malas lenguas que cuando estaba en el pueblo sirviendo en casa del patrón, hubo éste de mandar a dejarla al fundo, porque descubrieron que estaba con "encargo", aunque no se supo de quién era, pues ella no lo confesó jamás. La guagüita—según Tarula—había muerto, pues la chicuela era como las pollas de primera saca, que no sabía cuidar la cría. Luego—y ésto se decía cuando yo llegué como empleado a la oficina de la hacienda—se había enredado con Ernesto Aguilera, y después con Domingo Pérez el "arreglador". Pero todo eso era lo de menos. Goyo la quería ahora "pa bien" y no había más que averiguar.

La fiesta seguía cada vez más alegre y ruidosa. A doña Petrona se le había ocurrido que bailaran un "chapecao o malambito", como llamaban un baile que consistía en ir

saltando a compás de la música, cuatro danzantes: dos hombres y dos mujeres. Era como un paso de la polka, pero más largo, el cual iban bailando en un ritmo igual y sostenido, persiguiéndose en giros y rondas, que a veces equivocaban haciéndolos estrellarse con gran alboroto y celebración de parte de los asistentes.

La Susana, la vieja colchonera del contorno, había sido obligada a tocar la música del bailoteo aquél. Regocijada, viendo que aún la tomaban en cuenta, decía:

—¡Güeno que son diablos, que me vaigan a hacer cantar después de tantos años!

Luego entonó, con voz afónica, que apenas se oía, haciendo una pausa en cada palabra y acentuando el final de ella, para darle la entonación especial:

Sí, Salomita mía
de mi corazón,
tú, me has robado el alma,
el alma y el corazón...

La danza era viva y ligera, y aunque el ritmo no variaba, era interesante, por la agilidad que debía desplegar el hombre y el mañoso desgano de la mujer, que sin afligirse mucho, se dejaba asediar por aquél.

Pero este baile no podía durar mucho, pues requería mayor esfuerzo que la cueca. Por tal razón, ésto se bailaba de preferencia en las largas noches del invierno, y comúnmente en el velorio de algún angelito. Al final los aplausos estallaron entre risas y gritos de alegría, entanto

afuera los jinetes, agrupados a la orilla de la vara, allegaban los mancos a ésta, para ver si "tomaban el palo".

Allí estaban los Cepeda; Juan Rosales y Nemesio Paredes, el mejor peón corralero del lugar. También Tarula allegaba su potrón: "pa que se jueara encachando".

Los jinetes maniobraban con gran cuidado, poniendo todos sus sentidos en la faena de colocar los caballos en la clásica postura del animal topeador. Bien afirmada la rodaja en el flanco exterior de la cabalgadura, en tanto la otra pierna montada sobre el palo, lucía todos los lujos de la bota calzón, llena de puntillas relucientes con correas y tientos vistosos. Con el busto ligeramente inclinado hacia adelante, el sombrero alón cargado al ojo, sujeto con el fiador apuntado bajo el labio inferior, y el chamanto de colores caprichosos y llamativos sobre el hombro, para lucir la corta chaquetilla llena de botones de concha; acomodaban los caballos en la vara. Estos comenzaban a sudar copiosamente, en un forcejeo que casi los inmovilizaba, uniéndolos en un solo cuerpo, hasta que de pronto y como de común acuerdo, un grito estentóreo los lanzaba al esfuerzo máximo:

—¡Yegua vieja e "Los Lirios"!

—¡A manco malo!

—¡Hórcate, malito!

—¡Hoombri!...

* * *

Adentro, mientras arreglaban la mesa para servir la cazuela de ave, y las demás viandas, la Simona Garrido cantaba una tonada muy celebrada en aquel rincón:

Estaban las diucas cantando
arriba de unos perales,
y no me dejan dormir
estos malditos zorzales.

Abran quincha, abran quincha, abran cancha
por la orilla del cerro e Playa Ancha!

Por aentro del ojo e la plancha
por debajo de la cola e la chancha...

La fiesta comenzaba ahora a declinar. El mucho trago y bailoteo habían extenuado a los concurrentes, amainando un poco su entusiasmo. En los rincones conversaban algunos amigos, recriminándose por hechos pasados. Vidal con Clodomiro se abrazaban enternecidos.

—Yo siempre lo hey apreciao a usté, compairito.

—Mesmamente yo, compaire. Pero aquella vez jué usté el que me ofendió, no me iga que no.

—Ya están con sentimientos cochinos—les gritó la Peta.—Vamos a comer un algo, será mejor.

En la mesa todos se acomodaban como mejor podían, cuando entró la Rosa gritando:

—¡Güena cosa con el hombre, a ónde si habrá metió!

—¿Quién, on Goyo?—preguntaron.

—Sí.

—Yo lo iré a buscar—dijo Julio, que salió acompañado de otros dos más en busca del novio.

Después de mucho traginar lo encontraron, detrás del chiquero de los terneros, junto a una carreta. Dormía tan profundamente, que fué inútil cuanto hicieron por llevárselo. Estaba como muerto

—¡Por las revías!—exclamó Julio—el novio bien achocao. No sabe ni de su alma. Le va a dar un trabajo a la novia...

—Pa la Rosa está bien güeno—advirtió el otro—porque así en este estao, on Goyo ni las va a parar, cuando ella le pase catas por loros!...

UN LACITO AL ANCA

EN el alto del repecho, el hombre se detuvo para sacar su gran pañuelo de vivos colores y enjugarse la frente, que traía inundada de sudor. En seguida, paseó la mirada en torno suyo, y viva satisfacción se pintó en su semblante, al encontrarse de nuevo y después de larga ausencia en aquel rinconcito que había recordado siempre con cariño.

Se dominaba desde allí el inmenso anfiteatro de montañas envueltas a esa hora por azulado cendal de oscuros tonos, en tanto los cerros más próximos se iban llenando de las sombras del crepúsculo, que caía dulcemente sobre el campo. En el fondo distante, la luz muriente del sol incendiaba la línea del horizonte con la púrpura lujuriosa de sus rayos que iban a hundirse ya en las lejanías del mar.

Y a la luz vacilante del atardecer, que se extinguía en

medio de una vaga tristeza que parecía trasuntar el doliente balar de los recentales, el viajero vió un ranchito que se alzaba en un faldeo cercano. Hacia allá se encaminó. Los perros dormidos cerca de la quincha, despertaron súbitamente al sentir pasos en el sendero, y salieron ladrando furiosos, con tal alboroto, que hicieron asomarse en la puerta de la vivienda a un muchachito que trató de aquietarlos, gritándoles:

—¡Corbata, Chocolate! Asosieguense, les igo.

Y como los perros persistieron en acometer, hubo de corretearlos a peñascazos, obligándolos a refugiarse entre el huallento que poblaba el faldeo, en tanto que rezongaba:

—¡Porfiáos no más, estos quiltros e mure!

Era el recién llegado hombre joven, de vigorosa contextura, moreno, de ojos negros, que relumbraban como ascuas, bajo el arco, también negro, de las cejas. El saco de sus 'monos' que traía al hombro, delataba al peón forastero. Su voz entera y de agradable tonalidad resonó con meloso acento.

—Güenas tarde, m'hijito.

Cual novillo montarás, que viera gente por primera vez, el chiquillo le echó una mirada recelosa y huraña al responder casi terco:

—Güenas tarde.

Entonces el hombre dejó su saco en el suelo, y luego de respirar con hondura, entabló la conversación:

—¡Por la vía, la repechá bien relarga!

Y como el muchachito permaneciera silencioso, continuó en el mismo tono, para explicar su presencia en el paraje:

—Vengo di Angol, y voy pa Peleco, porque icen que están muy güenos los trabajos pu'allí, ¿no?

—Quiensabe, pué; yo no voy nunca p'allá.

La faz morena y un tanto arrugada de una mujer entrada en años, se asomó en la puerta del rancho. Vestía pollera negra y blusa blanca, y su cabeza la cubría con una gran chupalla, sujeta a la usanza hombruna, con un fiador que le pasaba por debajo de la barbilla.

Llamó al chiquillo para preguntarle:

—¿Quién es ése?

—Un forastero qu'ice que va pa Peleco—repuso el chico.

Iba la mujer a seguir preguntando, cuando la detuvo la presencia del hombre, que ya estaba junto a la puerta saludándola con su hablar meloso. Y como advirtiera su mirada de desconfianza, se apresuró a explicarse:

—Soy trabajador honrao, iñora. No tenga na cuidao por mí. Yo créida qu'iba alcanzar a llegar al lago ante que m'escureciera. Pero me l'hizo tarde en dar la güelta al cerro... Ta retiraón pa allá tuavía—agregó después de una pausa, señalando la ancha y blanca cinta del Lago Langué, que retorcía su caudal al pie de los cerros, perdiéndose a ratos, para reaparecer más lejos.

Doña Adela (así se llamaba la dueña de la rancha) asintió a las últimas palabras del forastero.

—Ta retirao p'al lago; pero yéndose a lo derecho sali más cerquita.

—¡Sí, pué! Pero yo, aunque soy nació por estos mapas, ya no mi acuerdo de las cortás del camino.

—¿Entonces, usté tamién es de pu'aquí?

—Soy nació en el lugar, pero taba medianito cuando los

juimos con mis mayores pa Pellamenco, porque el rico di allá los ofrecía más galantías. Desto que le igo, hace ya una punta di años. La puebla de nootros taba en too el filo del cerro e "Los Pinales".

Pareció recordar algo la mujer, pues luego de mirarlo con fijeza, le preguntó:

—¿Y cómo era el apelativo e su paire?

—Cacino...

—Peiro Cancino, ¿el casao con la Jilumena Mora?

—El mesmito.

—¡Creo en Dios Paire! ¿Entonces vos sos Rosamel?

Y antes que el hombre le alcanzara a contestar, lo abrumó a preguntas que, una vez satisfechas, dulcificaron su fisonomía al convencerse de la identidad del mozo, el cual era hijo de una vecina suya de muchos años atrás de la que había sido "amigaza". Le invitó a entrar al rancho, en cuyo interior ardía un fuego alegre, y luego, volviéndose a alguien sentado en un oscuro rincón de la estancia, gritó:

—Melia, mirá quen t'aquí. Es l'hijo de on Cancino. ¿No te acordái?

Y como la interpelada no respondió tan luego, rió alegre.

—Jí, jí... ¡Será vieja lesa! ¡Qué te vay acordal vos, si tabay chichica cuando se jueron di aquí los Cancino.

Hecha ya la confianza, pónense a conversar junto al fuego, cuyas llamas lamen el asiento de la olleta, colgada en un garfio pendiente del techo, y en la cual hierven las pancutras. Sentados gravemente entre ellos, los perros también toman parte en la tertulia, mirando de vez en cuando

la olleta y lamiéndose el hocico, excitada su hambre por el olor de la comida.

Afuera la noche ya ha llegado, envolviendo en su manto a la montaña poblada de rumores y arrullada por un suave viento de travesía, que canta entre el follaje su ronda llena de armonía grandiosa. Oyese a lo lejos un rumor sordo y ronco, cual si en lontananza una tempestad misteriosa galopara sobre el horizonte ennegrecido por la noche, estrellando sus truenos con ecos retumbantes atenuados por la distancia. Es el mar lejano, al batir la costa de Arauco y estrellarse con el Paicaví, por donde desagua el Lanalhue su cauda de plata, perdida ahora entre las sombras. Sobrecoge el espíritu la majestad de la montaña con su murmurante quietud. Su susurro es ratos como largo sollozo que retuerce su queja entre la fronda, y otros se asemeja a millares de voces de bronce que cantaran a la sordina una nostálgica balada de la grandeza de ese Arauco legendario, cuya epopeya ya no es más que un recuerdo...

Y en medio de toda la melancólica sinfonía de los montes, surge de pronto en el pajonal cercano, el grito estridente de un pidén trasnochador, cuyo sonido queda vibrando como el tañer de una campana de cristal que dijera:

—¡Viva el Rey!

—¿El Rey?

Debe ser el rey de la noche, pues el día ya ha muerto, dando paso a las sombras que envuelven a la montaña, que empieza a dormir su sueño de gigante...

* * *

Era doña Adela, la viuda del viejo Tomás Andaur, reputado en su tiempo como el mejor carbonero del contorno, pues jamás se le había fundido una "pelcha", como llamaba la pila de leña, lista pra ser convertida en carbón, y era el suyo siempre el de mejor calidad y el más granado. Pero a on Chuma (mote de sus amigos) ésto no era lo que más le satisfacía: todo su orgullo lo cifraba en su destreza para hacer lazos, jaquimones o manea que fabricaba de fino tiento de cuero, sobado a mano con paciencia inagotable.

Y era su amor propio tan grande en estas habilidades, que si álguien le iba a reclamar el haberle durado poco un pegual o una manea, hecha por él, on Chuma, lejos de excusarse, respondía agriamente:

—Ná, ni como asinita—decía mostrando la punta de la uña—tenís que sacále a mi trabajo; sólo vos tenís la culpa que no te duren tus aperos, porque no sabís cuidálos. Los látios son como los fierros. Hay que manijálos bien acitaitos pa que duren.

Pero el viejo estaba enfermo, y de pronto se agravó, de una afección al pecho, de que venía padeciendo de mucho tiempo atrás, debido al "vaporizo del carbón", como le decía la médica de Peleco, quien por más caldo de gallina "Flor di haba" que le había recetado para la "rebustez", por más "tomas y flotaciones", hechas con variados y extraños ingredientes, no había conseguido mejorarlo. El viejo murió de un agudo ataque de asma.

Doña Adela quedó sola con la Amelia y Militino, que era casi una guagua por aquel tiempo. La obligación a la hacienda la pagaba, en vez del peón, con una yunta de sus bueyes que iban al aserradero a arrimar trozos al banco, y a los cuales los peones trataban con cariño por ser "güei-citos e pobre".

Cuando Rosamel Cancino llegó al rancho, Amelia ya era una vigorosa y agraciada muchacha de veinte años, y Militino (nombre que era ocurrencia de on Chuma), bordeaba los catorce. Pronto se hicieron inseparables el hombre y el chiquillo. Este gozaba celebrando los graciosos dichos y embustes del otro, que tenía mucha "labia pa empalicar", según el decir de doña Adela. Y como había desistido de su viaje, pidió posada a doña Adela, la que, al principio, habíase negado redondamente.

—Es un servicio que yo le pido, oña Adelita—rogaba Cancino, sonriendo con su cara de ojos bailadores y su hablar zalamero.—Hágalo por on Chumita, a quien Dios tenga en sus santos reinos y que me quería tantísimo.

—¡Igale que güeno, mamita!—intervenía Militino.

—Callá la boca, vos, indino, que tenís que metel siempre l'hocico en la conversa e tus mayores.

La Amelia callaba, y cuando su madre, buscando apoyo en ella, le preguntó:

—¿Qué decís, vos, Melia?

Esta, con mal disimulada alegría, repuso:

—Pa qué me predunta a mí, pué, mamita, si usted lu halla aconveniente, bien hecho no más tá.

Desde ese día Rosamel entró a formar parte de la familia Andaúr, y como era alegre y dicharachero, logró en

breve plazo captarse todas las simpatías de los moradores de la puebla. Por las noches, después de haber comido, quedábanse junto al fuego y entonces el forastero daba rienda suelta a su fantasía, contándoles mil historias, siempre a pedido de Militino, que le decía:

—Eche una talla, on Rosa, antes que los queemos dormíos.

—Si ya te las hey contado toas—se regodeaba Rosamel.

Entonces Amelia insistía, mirándole con sus ojos profundos y pestañudos, y su rostro pleno de simpatía iluminado por una sonrisa.

—Abreeve, pue, on Rosa; eche juera luego una de esas leandas tan boñichas que usted sabe.

Y Cancino, sin negarse jamás al pedido de Amelia, comenzaba su cuento, sin omitir nunca el inevitable: “Para saber y contar, y contar para saber: éste era un Rey que tenía tres hijas...”

Pero a Militino lo que más le gustaba, eran las aventuras del propio Rosamel, que éste contaba con una gracia que hacía gritar de risa a sus oyentes, y en especial al chiquillo.

Una de esas noches les contó sus andanzas:

—Después qu’ice mi servicio melitar en el Húsares di Angol, yo pensé pa mis aentros, qu’el hombre es güeno que conozca tierras, y no lo pase toa su vía a l’orilla del pulchen: y así mesmamente que lo pensé lu hice... Apenas me dieron de baja me las pelé pa Talcahuano con otros concritos qu’eran de pu allá. Ey tuve trabajando e jornalero en el muelle, y cuando me cuerié, me las eché de caita pa Antofagasta, ayudándole a los fogoneros di un

vapor caletero. Tamién tuve trabajando en la bahía, lo que llegué allá y espueés, junto con otros guainas, las raspamos pa las salitreras, a onde la vía es muy retriste, porque son unos pelaeros en que no se merece un pastito ni por anotojo di una mujer con encargo. Pero se ganaban más billetes que muelas e gallo, y tamién se gastaban al igual: la plata s'esparecía como l'humo; no duraba ni lo que la langosta en el pico el pavo. Hasta que cuando empezaron a guerriar los gringos queámos e pára, y tuvimos que bajar otra vez pa Antofagasta. ¡Hay que ver cómo estaba e mala la chacra allí! Pa un trabajito cualquiera se juntaban los niños como los jotes a l'orilla di una yegua muerta. Yo me había hecho amigazo de unos guainas, con que habíamos tao gustando ante que se los acabara la plata. Eran marineros di un buque qu'iba pa Panamá, y p'allá e las peló con ellos este guachito muy sin noveá!

—Güeno con el condenao—decía doña Adela.

—Jó, joó, por la vía qu'es bien rechoco—reía Militino.

—Y me las pelé no má, hasta el mesmito Panamá—continuaba Cancino.—Viera, oña Adelita quería, pu'allá son casi toititos unos negros jetones que da hasta lipiria mirálos. Tienen el pelo como viruta e crespo, y son oji-blancos, en mala comparación, como los ojos e l'Escura, la bestia e la Melita.

—Pero serán lindas esas otras islas ... —inquiría Amelia.

—No me iga ná, Melita. Hacen unas calores que lu hacen súar a uno mesmamente que si estuviera haciendo ejercicio aentro di un horno. Taba como quiltro e flaco, hasta que conseguí venirme en el vaporcito di unos gringos

qu'iban a Puerto Montt, a onde llegando me topé con unos amigotes, que habían salío del regimiento en el mismo tiempo mío, y que entonces iban con un jutre a trer un arreo a la Argentina. Le hablaron al jutre que me llevara; tocó qu'era güenazo, y me llevó no má que pa la compañía, sin ni'un compromiso. Allá en la tierra e los cheyes, mi agarró regüena ley el dueño el puesto a onde el jutre jué a comprar el ganao, y me ofertó que me queara con él pa amansále unos reomones chúcaros que tenía. Se los amansé toítitos, y espúés era buscao en toa la vecindá, pa que les juera amansar sus mancarrones, qu'erán mas tiesos que un paré, porque el caballo cuyano cuesta mucho pa trabajálo, hay que tener pulmones e fierro pa eso. Algunos me querían tantiar y me llevaban unos chuzos, qu'estaban remotos, onde no los ensillaban nunca. Ellos créidan que m'iban a bajar, pero ¡ques'peranza! Alcanzándose a chantar atrás este torito, cuando los chuzos se tramaban a lomo, era por no ejar! Me llegaba a quear dormío penaito, en los bastos.

—Cá, cá, cá, por la chuata qu'es bien coilero;—parecía cacarear riendo Militino, mientras Amelia y la vieja celebraban también con grandes risotadas.

—Hasta que me resabié. Me tenía hasta la tusa el mate amargo y el churrasco medio crúo. M'entró como pensión, y llegaba a difariar qu'estaba tomando un trago e chicha con harina e mey. Otras veces parecía qu'iba galopiando puel medio e la montaña. No aguanté má, y un día ije, pa mí: ¡Qué miércoles! ¡Hasta cuándo paézco pu'aquí!... Me voy pa mi tierrita quería, p'allá pa onde tan mis mayores. Pero me tocó la mala, que cuando llegué mi mamita

había muerto y mi paire no tenía ná puebla allá en Pella-manco. Y como yo siempre mi acordaba d'ese rinconcito, p'acá las eché, y aquí me tiene a sus plantas, oña Adelita, iga no más en qué la puée servil este pobre guacho fatal.

* * *

Los Domingos y días que Cancino no trabajaba, salía con Militino a la montaña, a darle una vuelta a los animales "del rico" y ver también las "vaquitas y güeicitos", como llamaba doña Adela los suyos. El chiquillo tenía una vista certera cuando iba a través de la tupida maraña de árboles, para conocer y precisar los animales que divisaba, a veces quebrada por medio o en el fondo mismo de las hondonadas montuosas a donde bajaban los vacunos a ramonear el quilantar y beber en el estero que se deslizaba oculto entre la fronda rumoreando sus quejas, coreadas por el grito incesante de los pitíos y los tordos, que rivalizaban en bullicio con los choroyes, cuyas bandadas se detenían sobre los boldos para hartarse de frutos.

—Ese qu'está etrás del palo quemáo, es el Güitre—decía Militino;—y ese otro es el Venao, el qu'está rascándose en el coihue. Allí en la falda del huallento andan el Maravilla, el Solimán y el Lucero. Son casi toititos los güeyes del rico los qu'están aquí. L'único que no es de l'hacienda es el Tomate, aquel güey hastigacho, qu'está al lao e la vaquilla rosá. Los dos son de on Faustino Paéres.

—Güeno que tenís fijeza pa conocer los animales—decía Cancino al muchacho, admirándole su vista, pues él no

distinguía ni la mitad de los vacunos que Militino iba nombrando.

Se habían detenido en un sendero que serpenteaba los flancos rojizos del cerro del Natri, desde donde se divisaba el espléndido panorama que ofrecían los cerros de Nahuelbuta, cubiertos de montañas vírgenes de un verdor sombrío. En los faldeos limpios por el roce, el ganado lanar sembraba de puntitos blancos las laderas. Abajo el Lanahue, como una larga y dispareja tira de cielo caída entre la serranía, retorció su cinta azul, mientras allá lejos, en el fondo del horizonte, las nubes formaban una muralla oscura teñida a retazos con tonalidades de ópalo.

—Aguaita, on Rosa, onde va el vaporcito pa Contulmo.

—Con siguriá qu'ey viene tu mamita.

—Fijo que on López tamién viene con ella.

—¿Quién? ¿El novio e la Melita?

—Mmm—cabaceó distraído el chico.

—Que se vaiga a casar con ese viejo, la Melita—dijo Rosamel, tanteando al chico, para ver qué opinaba sobre el asunto.

—Es mi mamita la que quiere; pero la Melia no gusta ná; aceuta no más que por hacele juicio a ella.

—Y pa qué sirve ese viejo, cara e bestia cansá.

—Mi mamita lo quiere, porque tiene casas en el pueblo, hartazos alimales, y tamién por qu'es muy bien miráo por los ricos e pu'aquí.

—¿Vos tamién sos gustoso?

—Pa mí es la mesma, l'único porque espues de casaos too lo que ailantemos en la puebla será pa mí, ice mi mamita...

Y antes de concluir de hablar, se lanza falda a bajo, gritando a Cancino:

—¡Ataje la zorra, ñor!

En tanto él, en su caballito, que es como gato para el cerro, corre risco abajo, en el loco y vano intento de alcanzar el zorro, con tanta seguridad como si fuera en lo plano.

—¡Coltro el diantre!—murmuraba Rosamel, contemplando la destreza del muchachito para correr por los difíciles senderos de la montaña.

* * *

Miró el hombre, rápidamente hacia arriba, y viendo que el sol ya estaba en mitad de su carrera, masculló:

—¡Por la maire, ya son las doce!

Y apuró el paso, hasta acercarse al rancho despacito, tratando de no ser visto y llegar a la misma puerta. Asomó con cautela la cabeza, y luego hizo:

—¡Pst... pst...!

La Amelia, que estaba sentada en el centro del rancho, limpiando tostado, alzó la cabeza sonriendo al verlo.

—¿Tá oña Dela?

—Nos tá ná, jué pa Contulmo enenantes.

Rosamel, ya dentro, vuelve a preguntar:

—¿Y Militino, tampoco tá?

—Jué a rodiar los güeyes.

Entonces se sienta al lado de Amelia. En sus ojos cabrillean las saetas de la pasión que siente por la moza, y ella también le mira cariñosamente, al ver que le ofrece un ramo de fucsias y otras florecillas que ha cogido al pasar en-

tre los montes, mezclándolas con un pastito azulejo que las hace ver más hermosas.

—Son pa vos, Melita. Pa que vea qui ando no más que pensando en usté, mi perrita quería.

Amelia toma las flores; las mira, aspirando su fragancia, y luego dice:

—Estas colorás si que son bien reboñichas.

—Pero vos sos más linda que toas juntas.

—¿No serán coilas que m'está contando?

—Cómo van a ser coilas, mi perrita choca, cuando te quiero no más que a vos—contesta el mozo, acercándose para besarla.

Ella, haciéndose que no quiere, lo rechaza sin ganas.

—La purita, qu'es bien propasao usté.

Y, sin embargo, entrega la pulpa encarnada de su boca al hombre, que la besa goloso sin hartarse jamás.

Con brinco de bestia, con el ímpetu y la potencia vertiginosa de las fuerzas ciegas de la naturaleza, surgió de pronto entre ambos, el deseo, la fiebre ancestral. Felizmente la voz de Militino llegó en ese instante de locura y logró traerlos a la realidad.

—Agarra, Corbata, agarra, cómetelo—dice el chico animando el perro a las yuntas que arrea.

Entonces Cancino, que había sido correteado del rancho por doña Adela, al saber ésta que le quería levantar la polla, se escurre hacia el monte, no sin haber dicho antes a la moza:

—Entonces esta noche, sin falta, en la puebla sola.

—Güeno—contesta aún temblorosa la muchacha.

* * *

Y esa noche, en efecto, se juntaron los dos enamorados dentro del cerco que encerraba al goce de la puebla abandonada. Habían sido inútiles los ruegos de Cancino para convencer a doña Adela que él quería casarse y trabajar tranquilo en la puebla. La vieja había contestado agríamente:

—La Amelia yastá comprometá con on López, y con él tiene que casáse.

—Pero si ella mi ha dicho que no lo quiere ná.

—Así será—terminó terca la vieja;—m'hija se casa con quien yo gusto y vos te vay ahora mesmo di aquí, perro bandío.

—No se vaiga arrepentir, oña Delita,—dijo Cancino, al marcharse del rancho, pensando en su destino, que siempre le impelía a andar y andar.

—Vieja condená—masculló entre dientes.—Tan bien qu'iba arrancháme con mi guachita. Y me viene a esmoronar el corte, esta vieja cara e zorra pulguenta. Pero le va a pesar.

Y ahora Cancino, obedeciendo al mandato de doña Adela, se iba, pero no sólo: llevaba "Un lacito al anca", y era Amelia, que lo seguía dispuesta a vivir la vida como ellos la concebían, es decir, quererse, trabajar y tener hartos chiquillos que alegraran el rancho con sus risas y sus juegos.

—¿No tení pena, de desepararte del lao e tu maire?—le pregunta Rosamel, cariñoso, mientras caminan.

—¿Por qué? Cuando jué ella la que tuvo la culpa. Pena tendría si vos mé hubiérai dejao.

—¿Entonces, a mí no más me quiere mi lloiquita?

Restrega ella la amapola roja de sus carrillos en la cara del mocetón, en tanto en el fondo de sus ojos prometedores de dicha, brilla todo el dulzor de su cariño, cuando le dice:

—¡A vos no más, mi güeñi quería, a vos no más!

La Obscura, la yegua de Amelia, que los lleva enan-
cados, ha tomado el sendero de la orilla del Lanalhue, que
la luna va pintando de blanco. En la ribera del lago el
agua entona una canción siempre igual, que tiene un extraño
encanto, cuando se la lleva el puelche, que baja de los ce-
rros, llorando entre el huallento, cuentos y consejas que
hablan de amor y de misterio.

LA RIÑA DE “LOS PRETILES”

DESDE aquella noche que estuvieron juntos en el casamiento de la Rosa Lastra, que Ernesto no se encontraba con Clodomiro, el campero pastor del ganado de la montaña. Por eso se alegró, como buenos amigos que eran, cuando lo vió venir a su encuentro a través del potrero del Maitén.

—¡Quiubo, on Cloro, como le va yendo!

—Ey vamos pasándolo—repuso éste, deteniendo junto a la de Ernesto su cabalgadura, la que apenas estuvo cerca del joven restregó la cara en sus botas, tratando de sacarse las cabezadas de las riendas, cuyas correas blanqueaban en sus bordes, el sudor espumeante y copioso en que estaba bañada, indicando que la jornada había sido larga y dura.

—¡Caramba que trae sudá su bestia, iñor!

Cloro, con el canto del talero, enjuga el sudor en la tabla del cuello de su animal, y luego responde:

—Me le gastó bien la pobre Torcaza. Anduve rodiando a los novillos claveles, que estaban en l'engorda pa traélo pa las casas, porque los van a mandar p'al pueblo mañana di alba. Montón me costó bajálos p'al plan, porque andaban toititos ramoniando en los riscos del Palo Botao. Hasta el Marabú me le anduvo cueriendo tanto guerriar con los Caitas. Aguáitalo como tá.

El Marabú, un gran perro blanco lanudo, echado cerca de ellos, parece darse cuenta que de él conversan, pues les mira con sus ojos inteligentes y cariñosos moviendo la cola mientras jadea aceleradamente con la lengua afuera.

Habían detenido sus cabalgaduras junto al cerco de tranqueros que bordeaba el camino, que se extendía como un culebrón enorme, recostado su cuerpo a través de las lomas de rastros; para cruzar, en seguida, los rubios trigales aún en pie, e ir a perderse entre la fronda oscura de la montaña de los Mandell, unos colonos enriquecidos, dueños de la propiedad colindante a "Los Lingues", como denominaban al fundo del cual eran sirvientes los dos amigos.

—¿Un cigarro?

—Viene bien;—aceptó el viejo, cruzando una pierna por encima de la cabecilla del avío, en tanto desenrollaba la tabaquera que Ernesto le ofrecía.

Conversaban de cosas diferentes; del tiempo, de lo que estaban rindiendo el trigo en las eras donde se trilla, de la vuelta del patrón de Santiago; en fin, de todas esas pequeñas cosas que son de interés para las gentes buenas y sencillas de los campos; cuando un griterío infernal llegó de pronto hasta sus oídos. Eran los carreteros que iban al

pueblo a dejar una partida de granos, que animaban a los bueyes mientras subían la cuesta de "El Guindo", paso a paso, penosamente, las testas inclinadas, el hocico babeante, enterrando las pezuñas en el suelo rojo, con las piernas encorvadas y el ijar tembloroso.

—¡Erre, Mariposa! ¡Clavel! ¡Ah, ah!...

La garrocha, cruel y despiadada, se hundía en los flancos sangrantes de los pobres brutos, que subían lenta pero seguramente la empinada cuesta del camino.

On Cloro observó:

—Ta flacona la güeyá, hó.

Luego, cambiando de tono, y más vivamente, dijo señalando a un apuesto mozo, que marchaba a caballo al lado de la fila de carretas:

—Ey va Juan Ponce, tu rival.

Ernesto requirió las riendas de su cabalgadura, sofrenándola y allegándole las espuelas como si se apercibiera a una pelea.

—¿Rival mío?—interrogó, mientras una profunda arruga le surcaba la frente y sus labios se estiraban con gesto despectivo.

—Asina icen por ey...—repuso Cloro sentenciosamente, brillándole bajo las pobladas cejas el maligno destello de sus pupilas.

—¿Y qué es lo que icen por ey?

Malicioso y socarrón, sonrió el campero:

—Pa qué te vení a hacel leso, cuando vos sabís mejor que yo, lo que hay.

Y como el mozo le hiciera reiteradas protestas de su ignorancia, Cloro se explicó.

—Bien sabís que yo te apreceo, Ernesto. Te quiero como si fueray m'hijo, y por eso es que miro por tu felicidad. No creai qués por cuenta ni por ná. Pero pa mi que la Menche te las ta jugando. En toos los rincones de la hacienda andan propalando que ella le pone óidos al mayodormo Ponce; y yo tamién, pa qué tey de engañar, la vide en días pasados platicando con él, detrás del portón de la arbolera.

La voz del mozo resonó temblona de angustia.

—¿De veras, on Cloro? ¿Es su pura verdá la que ice?

Y como viera, ante su afirmativa respuesta, que el muchacho, pálido y adusto, dejaba escapar una blasfemia amenazadora, le aconsejó:

—Yo que vos, me seguraba bien de lo que hay, y si es asina como icen, le daba el bota no más. No te iré yo que la chicuela no es de güen parecer, pero cuando uno tá guaina, como sos vos, no hay que amarrarse tanto con una mujer que no tiene la conducta muy ordená, qués lo prencipal, pa que la mujer sea amorosa e su casa.

Y con ese razonamiento, un tanto egoísta y rústico del campesino, que sólo ve su propia conveniencia, le estimuló a despreciarla:

—Contimás que no tenís por qué tomálo tan a pecho, Ernesto. Te lo igo yo, que harta experiencia tengo, en todas estas cosas, por las que tamién ey pasao. ¿No te acorday de la Claudina? Cuando ella se desamparó de mi lao yo no hice ni amago a que golviera. Porque íceme vos: ¿pa qué le sirve a uno una mujer así, a no ser pa matála a palos?

El joven no pudo menos de sonreír ante el recuerdo que hacía Cloro, de la Claudina, su mujer. Borracha incorregi-

ble, se había escapado hacía algunos años de su lado, sacándole el cuerpo a las bandarillas, el látigo y otros argumentos demasiado contundentes empleados por el viejo para convencerla de que abandonara el trago, pero, con tan contrarios resultados, que lejos de enmendarse, había huído tras un vagabundo, borracho como ella, con el cual podía hartarse de alcohol sin correr mayor peligro.

* * *

No podía ser de otra manera, Ernesto Aguilera estaba dispuesto a cerciorarse de si era verdad lo que le habían dicho de la Menche, pues no era Cloro el primero que se lo contaba.

No obstante, un sentimiento de temor y angustia le detenía. Era el miedo de que aquéllo fuese verdad, y era doloroso para él exponerse a un desengaño, pues quería a la muchacha con buenas intenciones. Así se lo había manifestado al patrón, que, aprobando su conducta, le había ofrecido mejor puebla y mayores garantías, para formar su hogar.

Y aquella mañana sus acechos a la joven, que era la sirviente de mano de las casas del patrón, daban, desgraciadamente, el temido resultado. Ernesto, oculto tras las tablas del galpón del apero, miraba, apretando los puños de ira, a través de las rendijas, una escena que venía a desbaratar los bellos sueños que le brincaban juguetones en la mente, cuando pensaba en la Menche, que iría a poner un poco de alegría en el rancho triste, donde él vivía sólo con su

madre viejita ya, soñando en que ella lo embellecería con su juventud y amor por él.

Allí estaba, tras el horno de la panadería de las casas, conversando con Juan Ponce, que le tenía tomada de la mano, hablándole cerquita y con la confianza de aquel que maniobra en terreno conquistado. Cerca de ellos, la Ramona, la amasandera, iba limpiando el pan que la Meche había de llevar a las casas, haciendo la vista gorda de la escena y más bien amparándolos con su alegre sonrisa de complacencia.

Y la traidora contestaba risueña a los requerimientos de Ponce, mirándolo con amor, en tanto el otro, el engañado, enterraba las uñas en las tablas, mordiéndose los labios de furor.

Hasta que no pudiendo soportar más, saltó sobre su caballo, y clavando con rabia las espuelas en los flancos de él, salió al patio por detrás de los carretones de la emparva, que estaban en el suelo con el pértigo hacia arriba formando una fila, que se asemejaba a un grupo de piezas de artillería apuntando al cielo; y fué a pararse frente a los culpables. La Ramona lo divisó primero, y casi dejó escapar un grito de sorpresa; sin poder reprimir, en cambio, un ademán tan expresivo, que advirtió a los jóvenes la presencia de Ernesto, aunque trataron de aparentar lo contrario. Pero la Menche, poco entendida en artificios, sin poder dominar su visible nerviosidad, se despidió de Ponce, queriendo parecer tranquila, al decir una chanza a la Ramona cuando ésta le alargó la cesta del pan mirando siempre a Ernesto, como si la tuviera hipnotizada.

Y cuando la Menche pasaba agachada, cimbrando la

cesta, que iba esparciendo una suave y apetitosa fragancia, Ernesto, al ver que ella disimulaba no verlo, se plantó de un salto por delante cerrándole el paso, en forma casi agresiva, que hizo a la muchacha retroceder asustada.

—¿Me tenís miedo ahora, no? Te acusa el pecao, bribona. Pero, andá que me las pagarís bien.

Fué tan sombría su mirada, que ella no se atrevió a contestarle y siguió su camino apurando el tranco, como temiendo que el joven la fuera a seguir. Pero éste, con sonrisa de desdén, aspirando con fuerza el humo de su áspero cigarro, se plantó en medio del patio dispuesto a buscarle la camorra a Juan, que conversaba tranquilo con la Ramona, hasta que a su vez, con repentiná resolución subió a caballo, pasando al lado de Ernesto, a quien saludó en la forma acostumbrada.

Este, sin contestarle, más con el gesto que con la palabra, le retuvo:

—Oye—le dijo—¡con que vos andáy a la siga e la Menche!

Juan, mozo fuerte y bien plantado, le miró con fría altanería.

—No es cierto—repuso. — Y más que así juera, ¿a vos te duele?

Una blasfemia cruzó el aire como un latigazo.

—Tenís que vértelas conmigo primero.

—Cuando queray, íceme no más a onde.

Se miraron a los ojos con odio. El destello de sus pupilas les ensombreció la faz, y las manos nerviosas empuñaron el ramal, prenda que nunca falta en el apero de todo jinete huaso.

—Te espero esta tarde, a l'entrá del sol, en la puerta de "Los Pretiles".

—Bien no más—fué la breve y despreciativa respuesta de Ponce, que dando un talerazo en el anca de su cabalgadura, partió al galope, en tanto que Ernesto, dirigiéndose a la Ramona, le decía:

—Y a vos tamién te va a llegar, por alcahuete, vieja cahuinera.

* * *

Los dos eran robustos y sanos, con ese vigor de árboles jóvenes pletóricos de savia. Hijos del campo y criados en él, habían vivido esa vida sin artificios, sin ese confort enfermizo que se dan los jóvenes de la ciudad que crecen frrados en pieles, en habitaciones con alfombras y calefacción. Ellos, por el contrario, habían nacido en el rancho, techado de barro y quinchado con quilas, por donde el viento se cuele arremolinando el humo de los tizones, que alumbran y calientan en las noches tristes del invierno. Criados sobre el caballo, o con la mano sobre la mancera del arado, sus recios cuerpos sabían de la ruda caricia del viento de Mayo cuando barría los barbechos en los días grises de la siembras, y conocían, también, el rigor del sol de Enero, cuando caía implacable sobre sus espaldas curvadas en la siega, sobre la dorada y ondulante sementera.

Eran valientes. No necesitaron excitarse con insultos cuando se encontraron en "Los Pretiles", punto de reunión indicado por Ernesto, sino que apenas se divisaron, las espuelas rodaron desde las cinchas hasta el ijar de sus cabalgaduras, y

se fueron uno en dirección del otro, con la gruesa penca enarbolada, que cayó al unísono sobre sus cabezas, en tanto los caballos, también poseídos del furor de sus amos, ponían todo su vigor para ayudarlos en la justa en que rabiosamente estaban empeñados.

Giraban los caballos, esquivando a sus amos de los golpes que ferozmente se propinaban; otras veces acometiéndose se empujaban pugnando por arrinconarse en los pretiles cercanos. Se abrían a ratos para acometerse con recios quiñazos, que habían de concluir por resabiar a alguna de las bestias que no fuera tan de ley. Los cortos ponchitos de vivos colores se habían desgarrado en las tomadas al cuerpo, que les hacían afirmar las rodajas desesperadamente, en tanto la argolla, despiadada y brutal, caía sobre las cabezas a impulsos de los brazos que, como martinetas, subían y bajaban implacablemente...

El caballo de Ponce empezó a cejar de pronto. En el ardor de la lucha varios pencazos le habían dado en la cabeza, y un recio golpe le había cerrado un ojo. Entonces Juan, ágil como una huiña, saltó de su montura y gritó a su rival:

—Apéate si sos hombre, porque me le resabió la bestia.

—No tenís bestia, ni tampoco sos hombre pa mí—contestó Ernesto, desmontándose como leal contendor.

Y luego de sacarse la chaquetilla se fué a donde Juan, que ya lo esperaba despojado de ella, acometiéndose en seguida, excitándose ahora con blasfemias e insultos despectivos.

Fué una lucha de hombres primitivos, donde se usaban todos los recursos. Se golpeaban en las canillas, con pun-

tapiés, que les hacían rugir de dolor. Asiéndose del pelo se abofeteaban en el rostro, que tenían bañado de sangre. Rodaron al suelo asidos en una lucha a muerte, hasta pararse abrazados, cabeceándose, mordiéndose rabiosos. Un río de transpiración les inundaba, empapándoles el dorso y el pecho, que tenían completamente desnudo, donde se habían destrozado las ropas. El jadeo se hacía angustioso en ambos, cuando rodaron nuevamente al suelo; y allí principió a finalizar la lucha. Juan, más delgado y flexible, aunque todo alma y pujanza en la brega, empezaba a ser dominado por Ernesto, más amplio de tórax y con unos biceps que le formaban un verdadero rollo de músculos en las contracciones supremas del esfuerzo. Y aquí debía venir lo fatal, lo irremediable, la acción de la fiera salvaje que hay escondida en todos nosotros que se olvidaba de toda piedad.

Juan, debajo de su rival, ya no podía más, mientras éste envolviéndolo como en una tenaza de hierro con sus piernas, enterraba los garfios de sus dedos en la garganta del vencido, que ya se soltaba lacio, estertorando débilmente, sintiendo la angustia de lo irreparable, anegado ya de las sombras de la noche sin fin en que caía, con recios tiritones de su cuerpo joven y ansioso de la vida.

Y Ernesto apretaba, apretaba cada vez más, con el mismo furor, con la misma ansia rabiosa de matar. Más, de repente, pareció que una voz llegaba a sus oídos, una voz dulce y amada: la visión de unos ojos empañados por los años, y una carita amargada a la vez triste y cariñosa, apareció en su imaginación, gritándole dulcemente, suavemente como en un sueño:

—¡No te acriminís nunca; nunca, Ernesto!

Y ante aquella voz querida, un cuadro siniestro cruzó fugaz ante sus ojos inyectados de sangre y de furor. Vióse en la cárcel. La puebla abandonada. Su madre en el camino, sollozante, arrastrando sus últimos años abandonada y miserable.

Entonces sus dedos se aflojaron. Sus manos próximas a mancharse con la roja marca del asesino, perdonaron, y fueron ellas mismas las que mojaron en un charco próximo, un jirón de trapo para mojar la cara del vencido, que volvía a la vida, desde el sendero mismo por donde se va a la región desconocida del misterio...

Lucía su disco de plata la luna, pareciendo aumentar con su luz la embriagante fragancia de la noche campesina, cuando Ernesto llegó al rancho, curado de amores y venganzas, y al ver a su viejita, su único y fiel cariño, "verdadero amor" que nunca engaña, toda su ternura de niño pareció ahogarle al abrazarla, mientras en un sollozo, en que había todo el desconsuelo, de su amor escarnecido, la decía bajito:

—¡Maire, maire mía! ¡Mía, mía!...

INDICE

	Pág.
Dedicatoria	5
Luis Durand. (Prólogo)	7
El Reni (El encanto)	13
El Rodeo	31
La Picada	45
Doña María de los perros	61
La carreta de Juan Mardones	77
El mal de ojo	87
La Chascuda	103
El casamiento de la Rosa Lastra	117
Un lacito al anca	127
La Riña de "Los pretiles"	143